



*¡Préstame a tu
cuñado!*

IRIS BOO

Serie "Préstame" 2

Iris Boo

Préstame a tu cuñado

1ª edición: octubre 2018

© Iris Boo

ISBN: 9781728736679

Imágenes: Jens Lindner

Diseño de cubierta: M.A. Muñoz

Maquetación: Antonio Bustamante

La historia, ideas y opiniones vertidas en este libro son propiedad y responsabilidad exclusiva de su autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Préstame a tu cuñado

Prólogo

Me llamo Susan Lettuce, dentro de poco habré acabado mi residencia como médico especialista en neonatología. Sí, lo sé, tengo casi 25, demasiado joven para decir eso, pero es verdad. Ser así de lista siempre fue un problema, y no digamos a la hora de hacer amigos. Sobre todo, en la Universidad. ¿Quién quiere que una cría sin edad para beber apareciera en su fiesta de fraternidad?, evidentemente nadie. Tampoco estaba tan desarrollada como para atraer la atención de los chicos, y tampoco ayudaba que se considerara estupor si se acostaban conmigo. Así que esa parte, la social, nunca fue, dejémoslo en satisfactoria o completa. Llevaba demasiados traumas encima por culpa de mi edad, así que a veces tan solo me ponía algún año más encima. Ridículo ¿verdad?, las mujeres tendían a quitarse años, no a ponérselos. Pero esa era yo, rara de pies a cabeza. ¿Qué le iba a hacer? Yo lo había aceptado hacía tiempo, pero mi familia no.

Durante años, habían intentado colocarme entre los jóvenes retoños de la alta sociedad de Georgia, pero, aunque me esforcé, nunca llegué a ocupar el puesto que una Lettuce merecía. Por suerte tenían a Eloisse y a Sophi. Mi hermana y mi prima eran el sùmmum de la elegancia y buena presencia. Chicas ricas, de buena familia y estirada nariz apuntando hacia el cielo, como si oler por debajo de su cuello fuera pecado. Su concepto de ayuda al

prójimo, era ponerse elegantemente hermosas, para presidir una mesa de recaudación de fondos para los necesitados. ¿Mancharse las manos?, uf, solo si eran arcillas de tratamiento en el salón de belleza. El objetivo de sus vidas, era conseguir un marido joven y rico que costeara su elevado nivel de vida. Yo claramente, tenía otras ideas.

Mi madre estuvo encantada, hasta después de empezar mi residencia en el Miami Children's Hospital. Creo que pensaba que era una brillante estratagema para atrapar a un buen partido, un cirujano o algo así. Pero cuando se dio cuenta de que aquello no era lo que yo pensaba, empezó a acosarme con su... ¿cómo llamar a una madre que te recuerda constantemente tu fracaso como hija? No era guapa, ni exquisitamente refinada, no llevaba bolsos de diseñador de tendencia, trabajaba con mis propias manos para conseguir mi sustento, y lo más importante, no tenía esposo, novio, pretendiente, amigo con posibilidades.... Nada parecido a un macho de la especie humana que pudiera presentar como "mío", fuera en la calidad que fuera. A no ser que fuera mi monitor de aeróbic, y ni siquiera eso tenía.

Bueno, el caso, es que la boda de una hermana, por distanciadas que estuviésemos, no tendría que parecer el descenso a los infiernos que sufrió el pobre Dante, pero iba a ser así. A ver, como si no estuviese claro. Mi madre pensaba que su hija "soltera y sin compromiso", se convertiría en una vieja solterona, sola y excluida de la vida social. Mi prima, creía que seducir a cada hombre que se acercaba a mí, era su manera de demostrarme que ella era mejor. Pero el premio gordo, era mi hermana. Un año menor, bueno, 11 meses, y se vanagloriaba de estar por encima de mí. ¿Y ahora?, pues asumía que lo había conseguido. Cuando fui a casa por Acción de Gracias, la muy arpía sonreía con arrogante superioridad mientras me ponía al día de su triunfo. Ella sí que había conseguido engatusar a Petter, hasta el punto de arrancarle una proposición de matrimonio. La muy... (olvidemos el apelativo porque uno no puede decir esas palabras cuando habla de su propia sangre), no había esperado ni 4 días desde que él y yo decidimos romper nuestra relación, para atraparlo. Y ahora, dos años después, se iba a casar. Sencillamente genial. A veces me sorprendía a mí misma deseando atrapar una de esas fiebres tifoideas, para tener una "buena" excusa para no ir a la boda. O mejor, ¿Qué tal si iba y se la pegaba a todas ellas? De sueños se vivía.

—Dra. Lettuce.

—¿Sí?

—El análisis de sangre del pequeño Browling.

—Ah, gracias.

El trabajo, al menos eso me hacía olvidar el desastre de familia, y de vida que tenía. Cogí la analítica y comencé a revisar los datos.

Capítulo 1

Tomar una café con María se había convertido en un ritual entre nosotras. Primero compartimos su termo, cosa que mi paladar agradeció con deleite. Ahora, nos tomábamos un descanso en la cafetería siempre que nuestros turnos coincidían. Sí, no era habitual que médicos y enfermeras confraternizaran de esa manera. Los médicos y enfermeras se enrollaban, se insultaban a escondidas o soportaban desaires y miradas asesinas. ¿Una médico de pediatría y una enfermera, amigas?, era una panacea, pero era real. Si tendría que darle a María Castillo un calificativo, sería estupenda, y me atrevía a decir, que la consideraba mi amiga. Habíamos compartido muchas cosas, bueno, ella más que yo, pero puede que eso último hubiera llegado el momento de cambiarlo.

—¿Y cómo va la boda? —Aferré el vaso de café, esperando su respuesta antes de beber.

—Todavía tengo que conocer a la familia de Tonny, darles la noticia y...uf. Cada vez que lo pienso, más ganas me entran de fugarme a las Vegas.

—Sí, se lo que son las bodas.

—Pero tú estás soltera.

—Mi hermana se casa en 20 días.

—Ah, no me habías dicho nada.

—Créeme, es un tema del que no me gusta hablar.

—¿Tu hermana y tú no os lleváis bien?

—Cómo explicártelo. —Dejé el café sobre la mesa y solté el aire.

—Tengo una familia muy “conservadora”, en la que las mujeres tienen como única misión en la vida casarse y traer al mundo herederos de buena familia.

—Entonces tú eres la oveja negra.

—Estuvo bien cuando iba a la universidad. Una mujer culta es un valor en alza. Ahora, que trabajo y encima como médico...

—Ya, entiendo.

—Eso no es lo peor. Para mi familia, no tener pareja, novio, amigo o como quieras llamarlo, es un síntoma más de que estoy perdida para el mundo.

—Y una boda es el peor lugar para mostrarles que no tienes pareja.

—Eso es. Y, además, el futuro marido de mi hermana, es mi ex. —sí, esa era la peor parte de todo.

—¡Joder! Uf, disculpa, se me ha escapado. —María intento contener la palabrota dentro de su boca con una mano.

—No, si yo también solté algo parecido cuando me enteré.

—Y no puedes decir que no, es tu hermana.

—Exacto.

—Mierda, te van a comer viva.

Miré por encima de su hombro, y vi a los dos hombres que caminaban con soltura hacia nuestra mesa. Advertí las miradas apreciativas de las féminas que nos rodeaban, y no pude negar que sabía por qué. ¡Dios!, los dos eran un imán para la vista femenina. ¿Qué mujer no babearía teniendo a Tonny cerca? Era un bombero con un cuerpo duro, sonrisa cautivadora, rostro angelical y un corazón de oro. María era una chica con suerte. Con una tarjeta de presentación así, cualquiera triunfaría. Podía imaginarme a Sophí mojando sus bragas con solo verle. Y entonces una luz se ilumino en mi cabeza. Si llevaba una escolta como aquella, mantendría a todos alejados y sus puyas a distancia, al menos durante un buen rato. Pero no podía pedirle a María aquello, no después de saber lo que había ocurrido con Noah. Sí, lo sabía todo. Un poco que me contó María, y un poco de lo que pude ver por mí misma, me dieron una buena perspectiva de la historia. Aunque la idea era buena, y estaba algo desesperada por librarme de mi patética existencia, al menos en el ámbito familiar. Así que...

—Oye María, ¿me prestarías a tu cuñado? —La pobre casi se atraganta con el café. Sus ojos estaban a punto de saltar de sus cuencas, y no la culpaba por ello.

—¿Quieres... quieres que Marco...?

—Sí, lo sé. Es estúpido. Olvídalo, fue una idea estúpida. Hollywood y la literatura ya se han encargado de demostrar que es algo que nunca sale bien.

—¿Qué es lo que nunca sale bien? —Marco tomó asiento a mi izquierda, dejando en el aire un olor a colonia de hombre de las caras, de

esas, que con solo inhalar tienes imágenes de vacaciones en la India y noches de sexo apasionado. Si, seguramente cada una tenga su propia interpretación, la mía era esa. Lo que sí he de reconocer, que al contrario de lo que ocurre con otros hombres que usan ese tipo de colonias, cuando vuelves tu atención hacia el portador de aquel aroma embriagador, lo que te encuentras es más de la mitad de la fantasía. El hombre no tenía nada que envidiar a su hermano. Si bien no tenía tanta musculatura, estaba claro que compartían la misma genética. En resumen, estaba bien hecho, de pies a cabeza. Moreno, ojos turquesa, piel con un ligero toque oliváceo, seguramente de su herencia italiana, labios... ¿apetecibles estaría bien dicho?, no sé, soy nueva en esto. Cuello para seducir a un vampiro, manos grandes de dedos largos... cuerpo para soñar despierta, y un culo que... ¡basta!, yo no tengo ensoñaciones con hombres calientes, eso solo lo hacen las adolescentes, ¿o no?

—Aquí, mi amiga Susan, que tendrá una mala experiencia que no puede evitar.

—¿Y eso? —preguntó Tonny. Genial, cuando María entrecierra así los ojos, es que su cabeza está pensando en algo, y ese algo seguro que...

—¿Puedo contarlo? —Qué le voy a decir ¡Oh, no!, por favor, no aires mi patética vida delante de estos dos dioses del Olimpo. Era adulta, y ya estaba acostumbrada a ser humillada en público. Una vez más no iba a matarme. Total, no iba a tener ningún tipo de relación con ninguno de ellos dos.

—Adelante, hecha sal en la herida. Va a doler de todas maneras. Así me voy acostumbrando.

—¿La doctora de niños tiene problemas en su perfecta vida?, ¿qué es?, ¿dejaron de fabricar tu crema hidratante favorita? —se mofó el gemelo que no era bombero.

—Marco, eres un gilipollas. —le amonestó su hermano.

—Secundo a tu hermano. —Apoyó María a su novio.

—No, en serio. Tienes un buen trabajo, eres joven y bonita, y tienes buenas amigas. ¿Qué puede ir mal en tu vida que sea tan horrible? —intentó justificarse Marco.

—Mi hermana se casa dentro de 20 días con mi ex. —¿quería saberlo?, pues ahí estaba. Traga eso, guapito de cara.

—Supera eso, cretino. —le soltó Tonny a su gemelo.

Vale, no es que hiciera falta el remate de Tonny, yo ya había dejado

helado al gemelo estiloso con esa respuesta. Si, podría quitarle el puesto a cualquier modelo de Armani, e incluso salir en la portada de GQ, pero era un listillo que sabía que estaba así de bueno, y no le importaba sacarse partido. Seguro que estaba acostumbrado a conseguir lo que quisiera con una de esas sonrisas matadoras, que seguro tenían que dejar temblando a la más pintada. Era un engreído, y con eso, acababa de perder todos los puntos que había obtenido por sexy.

—¡Joder! —logró articular.

—Eso dije yo. —apuntó María.

—Pues yo en tu lugar, iría a esa boda, y le dejaría bien claro que perdió con el cambio de hermana. —sugirió Marco.

—Sí, ya. —¿Y ahora intentaba darme un consejo? Este tipo no miraba a su alrededor. ¡Hola!, soy Susan, la sosa y tímida de las hermanas Lettuce. La doctora con menos vida social que sus pacientes, y trabajo con recién nacidos. No pude evitar matarle con la mirada, o intentarlo.

—No, en serio. Ponte un vestido sexy, lleva a un chico guapo y paséate delante de sus narices con él. —creo que la mirada que le di no fue suficiente. Así que...

—Oye Tonny, ¿tu hermano es así o se entrena? —La carcajada de Tonny me hizo sonreír, era imposible no hacerlo. Era tan fresca y natural, que te arrastraba.

—A ver, listilla, ¿Qué tiene de malo mi plan? Que yo sepa todas las mujeres habéis hecho eso un par de veces antes de la hora de comer. —se defendió Marco.

—Bruto. —le reprochó mi amiga.

—Corrijo, tu no, cuñadita. Tú eres un ángel caído del cielo, que no alberga maldad alguna en su adorable cuerpo. Pero la doctora aquí presente... —pero ¿de qué iba este?

—¿Yo no puedo ser otro ángel sin maldad en su cuerpo? —¿Y el tipo se ríe en mi cara y niega con la cabeza?, ¿pero que se ha pensado que soy?

—¿Sabe tu madre que piensas eso de las mujeres? —Los dos hermanos borraron la sonrisa de su cara, y juraría que perdieron color. Genial, había metido la pata a lo grande. Estaba claro por qué no tenía amigos, y menos hombres. Tenía una forma de ser perfecta para espantarlos.

—Mi madre murió hace años. Pero no, tienes razón. Ella nunca habría dejado que dijera eso.

Silencio, un incómodo y denso silencio nos envolvió. Así que hice lo más inteligente. Prepararme para salir pitando de allí.

Capítulo 2

—Bueno, creo que mi descanso terminó, así que...—empecé a ponerme en pie para irme.

—Marco puede ir contigo. —La voz de María me sorprendió. Deteniéndome a medio levantar de la mesa. Me quedé congelada en esa postura medio de pie, medio sentada.

—Espera, ¿a la boda?, ¿quieres que sea su acompañante en la boda? —preguntó sorprendido Marco.

—En serio, tengo que irme. —No quería seguir con aquella conversación, porque sabía hacia dónde iba.

—Eh, alto, tú no te mueves de aquí hasta que me expliquéis de que va todo esto. —La mano de Marco se aferró a mi muñeca, y me sostuvo en mi lugar. No me hacía daño, pero estaba claro que no iba a dejarme huir.

—No la hagas caso, fue una bobada. Una de esas ideas absurdas, que sueltas cuando estás bajo de azúcar y dices incoherencias. —intenté quitarle importancia.

—No la hagas caso. Su familia la tiene amargada. Ir con un tipo como tú del brazo, sería el escudo perfecto para salir ilesa. —Marco sonrió, pero no me soltó, así que finalmente me senté de nuevo. Entonces, su mano me abandonó, aunque no lo suficientemente rápido. Estaba claro de que no confiaba en que no volvería a intentar escabullirme.

—Sé que soy un partidazo, pero...—El bip, bip de mi localizador cortó su frase, y me dio la excusa perfecta para salir de allí. ¡Gracias dios!, bueno, no. Si mi localizador pitaba, era que había una emergencia, y eso no eran precisamente buenas noticias. Abrí el teléfono y escuché la voz de la jefa de plata de neonatología.

—Lettuce.

—Tenemos un código rojo. El bebé de los Sincler está cianótico.

—Estoy yendo. —No me paré a despedirme, uno de mis pacientes me necesitaba. El resto, simplemente dejó de existir.

Marco

—Desembucha, cuñada.

—¿Quieres la versión corta o la simplificada?

—Ah no, lo quiero saber todo. Si vas a meterme en un embolado así, quiero saberlo todo, todo.

—Tendría que ser ella quién te lo contara, pero sé que no lo hará. Así que ahí va.

Y eso hizo mi cuñada. Me contó todo. La doctorcita no solo estaba en una situación de esas raras. Si ya es difícil afrontar una boda de tu hermana con tu ex novio, peor es hacerlo cuando no tienes una pareja que te sostenga la mano mientras ocurre. Sólo lo primero es incómodo, unido a lo segundo, es humillante.

—Lo haré.

—¿Qué?

—Pues eso, que lo haré. Iré con ella a la boda de su hermana. Seré su protector y galante caballero. —Los brazos de María me rodearon el cuello sin aviso, y me aprisionó en un abrazo de oso cariñoso, que haría enrojecer de envidia a la tía Marcela.

—Eres un sol.

—Lo sé, soy encantador.

—Ahora tengo que decírselo a Susan.

—Ya. No entiendo todavía porque no quería que lo hiciera.

—No lo sé, pero no es por orgullo, puedo asegurártelo. Lo que creo... es que no está acostumbrada a que nadie la ayude.

—Bueno, pues tendrá que aguantarse por esta vez.

—Le daré tu teléfono, para que hagáis planes.

—Sí, genial, dame su número por si acaso. Yo de momento, iré quitándole el polvo a mi smoking.

—¿Tienes smoking? —Tenía que salir mi hermano preguntando aquellas cosas.

—Pues claro que tengo. ¿Cómo crees que va la gente a los eventos de alto standing?

—Pero, ¿tú vas a esos sitios? Me has salido un cosmopolita.

—Lo que pasa, hermanito, es que a ese tipo de eventos va la gente que puede permitirse comprar coches de lujo. Es la mejor manera de pescar potenciales clientes.

—Ya sabía yo que eras un tipo listo.

—No todo es de familia.

—Lo sé, de los dos yo me quedé con la belleza.

—Eh, somos gemelos idénticos, ¿recuerdas?

—Sí, eso es lo que tú dices. Pero recuerdo a cierta doctora que se dio cuenta de que tú, no eras yo.

—Qué manera más retorcida tienes de decir que ella puede diferenciarnos. Es doctora Tonny, ha estudiado el cuerpo humano, puede notar esas diferencias. —me defendí.

—Yo no lo noté, y trabajo en lo mismo que ella. —se entrometió María.

—Ya, bueno. Pero, ¿a qué ahora sí que aprecias la diferencia? —le recordé.

—Totalmente, Tonny es muchísimo más guapo, donde va a parar. —La traidora se tiró a sus brazos, y le regaló un beso de esos que yo necesitaba. ¿Cuánto hacía que no tenía una cita?, tal vez demasiado, si el beso de mi hermano y su novia me encendía. ¡Vaya con la María!, menuda pieza estaba hecha.

Capítulo 3

Susan

—Tenemos que hablar, doctora. —Giré la cabeza para encontrar a Marco de pie junto a la puerta de salida. Genial.

—Ha sido un día duro, no tengo muchas energías para sostener una charla contigo.

—¿Me estás llamando pesado?

—Digamos que no eres de los que se rinde. Y yo ahora no tengo mucha capacidad de pelea.

—Seré breve, lo prometo. —Dejé salir el aire y empecé a caminar más despacio hacia mi coche.

—Tú dirás.

—Iré contigo a la boda, seré tu acompañante.

—No es necesario.

—No estoy totalmente de acuerdo contigo. Así que antes de ponernos a discutirlo, te recuerdo que no tienes energías suficientes para sostener una pelea dialéctica conmigo.

—Eres insufrible. —reí.

—Eso depende del momento y la persona.

—Hombre, gracias por la parte que me toca.

—Eh, que no me he portado mal contigo. No tienes nada que reprocharme.

—Discrepo, pero como dices, no es momento de discutir.

—Ves, si en el fondo nos compenetramos y todo. —hice ese gesto de temblar como si sintiera un escalofrío.

—Eso me da miedo.

—Bien, a lo que iba. María me ha dicho que la boda es en 20 días. Pero necesito más detalles, así que...—Solté un suspiro derrotado y me detuve para mirarle directamente. ¿Quería detalles?, bien, los tendría.

—Es el último fin de semana de este mes. La cena de despedida será la noche del viernes, la boda el sábado, y el domingo estaremos de vuelta a Miami. Es una boda al atardecer, de etiqueta y en el club de campo. Tendría que reservarte una habitación, y decirle a mi familia que llevaré acompañante.

—Lo tengo. No parece tan difícil.

—No, eso es lo sencillo. Mi familia es de Atlanta, concretamente de Tuxedo Park, una zona de gente adinerada. Mis antepasados estuvieron presentes en la guerra civil entre estados, y ninguno fue soldado raso. Decir que mi familia tiene rancio abolengo es quedarse corto. Así que no te sorprendas si te miran como si fueras el camarero. Y lo harán, créeme, porque es difícil superar a Petter Kein. Es un ejecutivo júnior en la central de Coca—Cola. En unos años, tendrá un buen puesto, y sueldo aún mejor. Mi madre te odiará porque eres italiano, mi padre solo verá los ceros de tu cuenta corriente, y mejor dejamos fuera a mi hermana y a mi prima. Creo que ya tienes suficiente con lo que hacerte una idea ¿He sido lo bastante clara?

—Sí, solo te ha faltado decirme cuantos empastes tiene Petter. —al menos él se lo tomaba con humor.

—Empastes no sé, fundas una, la del diente que le rompí cuando le pillé liándose con otra.

—Wow, demasiada información. No, espera, quiero saber más de eso.

—No creo que necesites saberlo. —Desbloqué la puerta del auto con el mando a distancia, y abrí la puerta del conductor.

—Bonito coche. —le dedicó una mirada apreciativa a mi transporte.

—Ya. María me comentó que estás aquí en un concesionario.

—Sí, BMW.

—Así que vendes coches.

—Básicamente, sí.

—Te van a comer vivo. —negué con la cabeza.

—Bueno, soy una pieza de calidad. Seguro que les gusta mi sabor.

—Oh, Dios. Sophi va a pasar por encima de ti como una apisonadora.

—¿Tu hermana?

—No, mi prima la casi divorciada. Eloisse es mi hermana. Aunque puede que te cueste diferenciarlas. Ambas son rubias naturales de peluquería, visten ropas de los mismos diseñadores, y las dos cambiarían a su primogénito por el último bolso de Cristian Dior. Vamos, casi gemelas.

—Ah, vaya. Me parece que vamos a tener que quedar algunos días para limar algunos puntos.

—¿Qué puntos?

—Pues el de conocernos. No voy a meterme en un campo de minas como ese, sin al menos conocer lo básico sobre ti.

—¿Sobre mí?

—Claro. ¿Cómo voy a ser tu acompañante si ni siquiera sé cómo te gusta el café?

—No necesitas saber esas cosas para venir conmigo como acompañante.

—Créeme, lo necesito. He estado en tres bodas italianas, y sé lo que es que destripen tu vida y milagros.

—No voy a contarte nada sobre mí.

—Bueno, lo que no hagas tú, ya se encargará tu familia de hacerlo, por eso no me preocupo. Me gustaría conocer tu punto de vista, pero si no es posible...

—No voy a picar. —le amenacé.

—De acuerdo, siguiente paso. Podemos compartir habitación sin problema. Nos saldrá más barato.

—¡Eh!, ni lo sueñes. Yo no voy...

—Bueno, para ahí. Dormir en mismo lecho no supone para mi ningún problema. He dormido en la misma cama con dos tíos más, no eran mis hermanos y éramos adultos. Así que compartir un colchón contigo, sin que ocurra nada sexual, es algo con lo que ambos, personas adultas y racionales, podemos sobrellevar. —Tuve que darle la razón. No seríamos nada más que dos adultos, sin atracción física, que comparten habitación por un par de noches. Pero mi familia pensaría...

—Que tu familia piense que somos más de lo que somos, puede que

incluso te venga bien. ¿O son de los de la vieja escuela?

—Oh, créeme, mi madre dará gracias a dios por ello.

—Entonces solucionado. Siguiente tema. ¿Cómo vamos a ir hasta allí?

—No te preocupes. Mis padres pagaron el billete de avión en primera, así que supongo que podré cambiarlo por dos en clase turista.

—Me puedo pagar el mío.

—No, bastante haces con acompañarme. No voy a dejar que gastes un dólar de tu bolsillo.

—De acuerdo. Bueno, entonces solo nos queda ir conociéndonos un poco y todo eso. Ya sabes, al menos ser amigos antes de llegar al gran evento.

—Vale, lo que tú digas.

—Bueno, entonces te llamaré para tomar un café en un par de días. Tendré que arreglar lo de los días libres que necesito. Te enviaré mi correo electrónico para que me envíes los datos del vuelo, y los lugares de la boda. Así sabré que tipo de ropa tengo que meter en la maleta.

—Bien, lo haré.

—No te preocupes, haré que sea divertido.

—Si consigues mantener callada a mi madre, me daré por satisfecha.

—Haré lo que pueda. —Subí al coche y antes de dar al contacto, mi teléfono recibió un mensaje. Me extrañó, no suelo recibir mensajes, salvo del hospital, y éste era de un número desconocido.

—“Anota mi número, Marco.”. —Alcé la mirada, y vi su mano saludándome desde un SUV BMW a unos metros de mí. —“Todo va ir bien, tu solo preocúpate de ir guapa”. —Sí, genial. Ir guapa. ¡Era una dama de honor!, se suponía que teníamos que llevar vestidos que nos sentaran mal, para hacer que la novia pareciese más espectacular y bella. Algo en el fondo de mi mente me decía que aquello no iba a salir bien. Pero intenté no hacerle caso. ¿Por qué?, porque el panorama que me esperaba, si no llevaba a Marco, pintaba realmente malo por sí solo.

Capítulo 4

—Para matarla. —Si había una expresión que dijera “te lo dije”, era la que yo tenía en ese momento en mi cara. Estaba parada delante de uno de esos espejos de cuerpo entero, donde veía mi reflejo con total claridad.

—Tu hermana te odia. En serio. —remató la morena que sostenía una

mirada torcida sobre mí.

—¿Crees que podrás hacer algo, Cari?

—María, ¿Cuándo te he fallado? —La prima de María, Cari, giraba a mí alrededor, tirando aquí y allá de la tela de mi vestido de dama de honor. La verdad, ya podía ser un hada madrina, que ni con un milagro, conseguiría que ese vestido luciera mucho mejor. ¡Rosa!, no podía ser de otro color. Claro, que siendo mi hermana una rubia reconvertida, el rosa si le quedaría bien, a ella, y a mi prima Sophi, la otra rubia. A una castaña como yo... en fin, solo sería un día, y el alcohol todo lo cura. Haría todo lo posible para estar pedo antes de entrar en la iglesia con aquello puesto.

—Si pudiera cambiar el vestido lo haría, Cari, pero todas llevaremos lo mismo. No puedo cambiarlo.

—¿Y quién ha dicho que vamos a hacerlo?, tan solo... estoy pensando en darle mi toque. —Verla entrecerrar los ojos y apoyar el índice en sus labios, mientras estudiaba mi vestido, me hizo sentir un ligero escalofrío por la espalda. Pero, pensé, ¿qué demonios?, no puede ser peor que esto. Y si lo es, ya tenía pensado emborracharme de todas maneras.

—¿Y la cena del día anterior?, ¿qué podemos hacer, Cari?

—Oh, Dios, sí, eso déjame a mí. Tengo justo lo que necesitamos.

—¿Ahora es cuando realmente debo tener miedo?

—Cállate, Cari es una excelente modista, por eso te he traído aquí. ¿Sabes que trabajó como costurera para una gran modista, aquí en Miami?

—No lo sabía. ¿Eso debería tranquilizarme?

—Nena, tendrías que ver la de milagros que consiguieron hacer estas manos con un traje de Dolce & Gabbana. La tipa estaba peor contrahecha que un cuadro de Picasso. Pero estas manos, la hicieron lucir mejor que a Jennifer López en la alfombra roja.

—Mírame, no me parecería a Jennifer López aunque me pegaras una foto suya en la cara.

—Tú sólo déjalo en mis manos, algo podré hacer.

—Si no lo hago, María me castigará sin magdalenas de chocolate durante seis meses.

—Un año. —corrigió mi amiga.

—¿Lo ves?, soy toda tuya.

—¡Helena!, por fin llegas. —Una morenita de poco más de metro cincuenta, entró en la habitación arrastrando un enorme y florida maleta

detrás de ella. Soltó una pesada exhalación, y se enderezó nada más soltarlo en mitad de la estancia. Un solo vistazo a su aspecto, y podrías pensar que Eva Longoria la envidiaría.

—Dijiste que era una emergencia, así que he traído todo lo necesario.

—Solo te comenté que mi amiga iba a ir a una boda dentro de 17 días, y que necesitaba que me ayudaras a ponerla guapa.

—Pues eso. 17 días es muy poco tiempo para una boda. No sé si conseguiremos que esté totalmente lista para entonces.

—Helena, que Susan no es la novia.

—No, pero dijiste que teníamos que hacer que la superara.

—Oh, mierda, no me gusta nada esa sonrisa tuya.

—Pues debería. Tu amiga es bonita, y yo voy a convertirla en espectacular. No sé cómo es su hermana, pero la voy a dejar a la altura de una fregona después de limpiar en una fiesta de hermandad.

—María, creo que...

—Tranquila, Susan, confía en mí. Sólo vamos a sacar al cisne que llevas dentro. —Escuché los de los sonidos metálicos al abrirse la maleta, y la sonrisa de Helena me dijo que iba a ser un día muy largo, pero me equivoqué, no fue solo uno, fueron 15 días agotadores. Lo único bueno, es que ese maldito viernes, 2 de junio, alguien iba a hacer las maletas por mí. Si además me metieran en el avión y me dieran una pastilla para dormir durante el vuelo, ya sería el mejor día para mí.

Menos mal que las “citas” con Marco me sacaron del torbellino en el que María me había metido. Entre dormir, trabajar, y la rutina de las primas de María, mi vida se había convertido en una carrera continua para llegar de una cosa a otra. Marco era el único momento de relax que me podía permitir, así que el café con él, siempre era descafeinado.

—Te ves cansada. —advirtió.

—Estoy agotada. —le confirmé.

—Ya, he oído que las primas de María te están “asesorando” con esto de la boda.

—Han tomado el control de mi vida. Dios, necesitaré unas vacaciones para recuperarme de esto. —me lamenté.

—Bueno, piensa en la boda como en una manera de deshacerte de ellas.

—Oh, sí. No más clases magistrales de maquillaje, ni peinados, ni más potingues de olor indeterminado, ni sesiones interminables de pruebas de

ropa, ni retoques y retoques...

—¡Santa María ¡, suena agotador con solo oírlo.

—No tienes ni idea.

—Bueno, entonces cambiemos de tema, aunque sea por una hora, ¿qué te parece?

—¿Lo prometes?

—Háblame de ti.

—No hay mucho que contar. Fui una niña feliz hasta que me hicieron ese test de inteligencia. Mis resultados fueron de un CI de 132, y mi padre hizo todo lo posible por sacarle partido. Lástima que me decanté por la medicina. Si hubiese estudiado derecho o marketing, ahora estaría trabajando en su empresa o en la del tío Carl. Eso de ser la más joven de tu clase, no hace mucho para granjearte amigos. No encajé en ningún grupo ni siquiera en la universidad. Mis amigos de la adolescencia resultaron ser tan superficiales, como la madrastra de Blanca Nieves. Creo que no he tenido una amiga que me tratara de igual a igual, hasta que conocí a María.

—Eso suena...

—Triste, lo sé, hasta yo misma me doy pena.

—No, quería decir... difícil.

—Estoy bien, no me he convertido en un monstruo psicópata ni nada de eso.

—No creo que eso fuese posible.

—Ah, sí, ¿qué te hace estar tan seguro?

—He oído a María hablar de ti, de cómo tratas a tus pacientes. Si algo he sacado de sus palabras, es la seguridad de que eres una buena persona, alguien a quien no solo le gusta su trabajo, sino que intenta hacerlo lo mejor posible cada vez.

—En otras palabras, alguien obsesionado con el trabajo.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensas.

—Sólo pienso que eres una médico increíble.

—Gracias.

—Bueno, a lo que íbamos. De mí no hay mucho que contar. Tengo un hermano gemelo, mi madre murió cuando teníamos 10 años de una enfermedad de pulmón. Empecé a trabajar en el concesionario de mi padre con 15 años, al tiempo que Tonny. Él lo hizo en el taller, y yo en el

departamento de ventas.

—Sí, algo he oído al respecto. Tonny dice que eres capaz de venderle la Torre Eiffel a los franceses.

—Me gusta, y creo que soy bueno, pero nunca me verás venderle a alguien algo que no pueda pagar. Por eso me he decantado siempre por los vehículos de lujo.

—Y supongo que las comisiones serán mejores.

—Esa es una razón mucho mejor que la otra, sí señor.

—Gracias, Marco.

—¿Por ir contigo a la boda?

—Nadie ha hecho algo así por mí antes, y menos un desconocido.

—Bueno, eres la amiga de mi cuñada, y eso te convierte en mi amiga. Ya sabes cómo somos los italianos con la familia y los amigos. —Solté tal carcajada, que la gente de la cafetería se giró para ver de dónde venía el ruido. Con Marco, reír era muy fácil.

—Bueno, vuelve a recordarme el itinerario para nuestro fin de semana en familia.

Capítulo 5

Marco

Era imposible no verlas. En todo el aeropuerto, el grupo de 4 mujeres que corría por la terminal de salidas, era todo un espectáculo para la vista. Las primas de María no podían negar que fueran latinas, melenas oscuras y piel aceitunada resaltaban sobre la piel más clara de Susan, haciéndola parecer más de porcelana de lo que era. María era un término medio, con lo bueno de la genética latina y europea. Mi hermano tenía buen gusto, sí señor.

—Por fin, ¿Dónde está Tonny?

—Nos ha dejado en la entrada y se ha ido al aparcamiento.

—Hola lindo, soy Helena.

—Sí, vaya suerte la de mi prima, dos igualitos. —Tenía que sentirme alagado por el coqueteo de aquellas mujeres, pero saber que estaban casadas le quitaba seriedad al asunto.

—Deja que te ayude. —Tomé la enorme maleta de la mano de Susan, y la arrastré detrás de nosotros hasta la zona de facturación. Era bueno ser un chico y tener menos ropa, yo había facturado hacía 20 minutos, y solo dejé

mi porta—traje como equipaje de mano. Tomé el porta—traje de Susan, y uní los dos, el suyo y el mío, sobre mi hombro.

—Tienes mejor aspecto.

—El maquillaje anti ojeras hace milagros.

—Oh, no la hagas caso. Todo es gracias al SPA. Su piel está suave e hidratada, como la piel de un melocotón. Toca, toca. —La bajita tiraba de mi manga, acercándola al brazo de Susan, impidiendo que me resistiera, así que toqué. Mis dedos se deslizaron con miedo sobre la sedosa superficie, enviando una descarga de electricidad directa a...

—¿A que parece de seda?

—Eh, sí. —Retiré mi mano con rapidez, aparté la vista cogí el asa de la maleta de Susan para salir pitando de allí. Yo no era tímido, ¿por qué tenía que salir corriendo con la mirada baja, como si hubiese hecho algo malo? Facturé su maleta, y volví para llevarla a la fila del control de seguridad.

—Recuerda todo lo que te he explicado. Hazlo con calma, y todo saldrá bien.

—Estira bien la tela, haz que se ajuste a su posición.

—Lo tengo, lo tengo.

—Ven aquí. —María la tomó entre sus brazos, y la apretó con fuerza.

—Lo tienes todo. Vas a estar genial. Marco va a cuidar de ti, ¿verdad? —Y aquellos ojillos de caramelo me miraron con súplica. No iba a fallarle a mi cuñada. Susan estaría a salvo de su familia.

—La novia es la reina de la boda, pero Susan va a ser la princesa de esta. Te lo prometo.

—Bien, príncipe encantador. Confío en ti. La dejo en tus manos. —Cogí la mano temblorosa de Susan, y la llevé a mis labios. Un pequeño beso, y sentí como dejó de temblar por unos segundos.

—No voy a fallar. —Caminamos hacia nuestro avión. El viaje ya había empezado.

Susan

Abroché el cinturón de seguridad, y pasé mis manos sudorosas sobre la tela de mis jeans. No noté que había empezado a respirar deprisa, hasta que sentí el apretón de Marco sobre mi muslo.

—¿Estás bien?

—No. Pero eso ya da igual, ¿verdad? —Soltó una pequeña carcajada y aferró mi mano, dándola un reconfortante apretón.

—No voy a dejar que te hagan daño, lo sabes. —Respiré profundamente y asentí con la cabeza.

—Vale.

—¿Quieres repasar algunas cosas mientras volamos? Tenemos más de una hora de vuelo.

—Vale. Empieza.

—Tu color favorito es el violeta, te gustan las azucenas, y siempre quitas el rabito de las manzanas antes de morderlas.

—¿Eh?, ¿cómo sabes eso.

—Soy observador, y bueno para los detalles.

—Ah.

—¿No me crees?

—Eh...—Marco se inclinó sobre mí, acercó su rostro tanto, que pensé que iba a besarme. Mi corazón se puso a palpar como loco. Pero no, él solo inspiró profundamente en mi garganta, y se apartó de nuevo.

—Be Delicious de DKNY. Sólo una rociada.

—¿Cómo...

—Tengo mis secretos. —Apreté las manos de nuevo, y no dije nada. Si un casi desconocido podía leer tan fácilmente en mí, ¿qué no podrían hacer mi familia y los que me conocía? Sentí la cálida mano de Marco sostener las mías, envolviéndolas ambas en un solo apretón. Alcé la vista y sus ojos me atraparon. Mierda, seguramente estaba leyendo lo que había en mi cabeza.

—Tranquila, voy a estar siempre aquí. ¿Entendido? Te daré un truco.

—¿Un truco?

—Sí. Cuando no tengas claro que responder, o no quieras hacerlo. Tan solo sonrío, y no digas nada.

—¿Así, sin más?

—Créeme, así la otra persona será la que se devane la cabeza, intentando imaginar la respuesta. Y siempre, siempre, es mucho mejor de lo que tú habrías dicho. Y, además, tú no tienes la culpa de la película que ellos se monten. Y tampoco mientes.

—Ya, pero eso no vale para todas las preguntas.

—¿Por ejemplo?

—Ummm... ¿Cuánto hace que os conocéis?

—Pues si quieres ser sincera dirías que hace un mes, ese día que fui a recoger a María al hospital.

—Ya, eso podría sonar como que soy una...

—Por eso, dirás eso de “a veces parece que fue hace una eternidad”.

—Muy poético.

—Sí, de eso sé mucho. —El anuncio de que pronto íbamos a despegar me hizo centrarme en la rutina del avión. “Familia Adams”, allá voy.

Capítulo 6

—¡Susan! —¿Puede una mujer de metro setenta encogerse hasta convertirse en un pitufo?, no, definitivamente no. Yo lo intenté y no lo conseguí. Aunque sentí mi estómago convertirse en un guisante. Odiaba aquella chillona voz excitada. Mi hermana tenía aquella voz cuando perdía el control, y sabía que no era porque estuviese feliz de verme.

Mi hermana Eloisse. Eli, y yo no teníamos esa relación de hermanas, aún estábamos en la fase de odiarnos fraternalmente. Había entre nosotras una eterna competición por ser la mejor, aunque yo no hacía nada por participar, todo venía por el lado de Eli. Odiaba esta absurda competencia, pero imposible negar que a Eli la encantaba, sobre todo cuando ganaba, o cuando pensaba que lo hacía. Como en aquel momento. Ella había conseguido llevar al altar al novio que rechacé, el gran premio. Pues para ella todo entero. Podría parecer un diamante, pero a mí me parecía una de esas piedras de imitación. Daba el pego, pero realmente no valía nada.

—¡Susan, cariño! —Alcé la vista, y la confronté mientras cuadraba los hombros. No iba a darle el gusto de verme como me sentía, vulnerable. Vi a Petter caminar unos pasos por detrás de Eli, genial, el lote completo. Clavé los dedos instintivamente en la funda protectora de mi vestido, apretándolo un poco más contra mi estómago, utilizándolo de barrera protectora. No sirvió de nada. Eli me apretó en un efusivo y educado abrazo, que yo no tuve que devolver afortunadamente. Solo saqué una mano para darle unos ligeros golpecitos a su espalda, mientras deslizaba una amable sonrisa en mi cara.

—Hola Eloisse. —Ella me aferró por los hombros, y me mantuvo a la distancia que daban sus brazos estirados, para estudiarme con detenimiento. Bien, que lo hiciera, esta vez estaba preparada. Mi imagen no se parecía a la de antes, las primas de María se habían encargado de ello.

—¡Dios!, estás... estupenda.

—Gracias. —Alcé la vista para ver los perplejos ojos de Petter saturándose de todos los maravillosos cambios que había en mí. Sí, he

mejorado mucho desde que lo dejamos, y tú has echado tripa. Era mentira, pero me hacía sentir mejor.

—Me alegro de verte, Susan.

—Petter.

—Bueno, ¿y dónde está ese estupendo acompañante que te has traído?
—Sus ávidos ojos buscaban por la terminal, intentando ser la primera en descubrir a la pobre víctima de sus críticas. Seguro que mamá ya se había encargado de dar la noticia a todos, familia y demás.

—Ya estoy aquí. Tu maleta no quería salir. —Sentí el brazo de marco envolverse en mi cintura de forma protectora, y noté como empezaba a llegarme la fuerza que necesitaba para afrontar a esos dos... no pienso caer tan bajo como para decir lo que pienso de ellos.

—Ah, Marco, estos son mi hermana Eloisse y su futuro esposo, Petter.

—Es un placer. —Mi sonrisa se amplió, pero por dentro estaba dando saltitos de alegría, como una niña pequeña. Mi hermana Eli, tenía los ojos a punto de salirse de sus cuencas, y la boca estaba... ¿cómo se dice lo contrario de “elegantemente” abierta?, ¿Y Petter?, no tan evidente, pero que puedo decir, Petter no fue nunca muy de mostrar emociones.

—Yo... puedes llamarme Eli. —balbuceó mi hermana.

—Eli. Susan me ha hablado de ti. —saludó educadamente Marco.

—Espero que bien. —vaya, se recuperó rápidamente.

—¿Crees que Susan hablaría mal de alguien? —buen revés, acompañante.

—Eh, no, claro que no. Mi hermana es demasiado buena para eso.

—Sí, demasiado buena. —Marco me apretó un poco contra su cuerpo, y me dio una sonrisa maliciosa, que estaba segura era más para nuestro público que para nosotros. Dios, ese hombre era bueno con esas cosas. Ya tenía a mi hermana jadeando y quemando neuronas. A Petter, bueno, eso es difícil saberlo, pero tenía un extraño fruncimiento de ceño que me hizo sonreír por dentro. Sí, aquello empezaba bien, suponía.

Metimos el equipaje en el BMW de Petter. No pude evitar sonreír otra vez. ¿Casualidad?, sí, pero no podía esperar a ver por donde se encaminaba esta vez.

—Bonito coche. —Ahí estaba Marcó. Esperaba con ganas lo que venía después. Tenía que ser bueno, seguro.

—Sí, es un BMW serie 1.

—Sí, lo sé.

—Ah, te gustan los BMW. —hombres, ellos y sus conversaciones de coches.

—Si no, no los vendería.

—Así que vendes coches.

—Soy el director del concesionario BMW en Miami.

—Ah, director. ¿Y se cobra mucho ahí?

—No me quejo, pero todo depende de las ventas.

—Ya, supongo. ¿Y eso en que se traduce al mes, si se puede saber?

—¡Petter!, por Dios. Eso no se le pregunta a alguien que acabas de conocer. —Falsa. Tenía tantas o más ganas de saber la respuesta, lo llevaba escrito en la cara. Marco lo notó, seguro, porque sonrió e hizo su jugada.

—Bueno, este mes estoy sobre los 4.000 dólares en comisiones, pero es normal, acabo de llegar y no me he puesto al día aún con el mercado de Miami.

—Ah, así que antes ¿Cuánto alcanzabas? —Petter era un cotilla, para que luego digan de las mujeres.

—Bueno, hice una media de 15.000 dólares en comisiones.

—Vaya, esos son muchos coches. —metió baza mi hermana.

—No creas, con los coches de lujo es fácil alcanzar esa cifra.

—¿De lujo? —Sí, esa era la palabra mágica para mi hermana.

—Sí, me especializo en los vehículos de alta gama. Dan más beneficios. Mi contable está encantado.

—Ya veo. —Y así, Petter cerró la boca hasta casi llegar al hotel. Eso de que alguien gane más que él, le repateaba el trasero, sobre todo si era tan joven como él.

Marco era lo que ellos no esperaban, lo sé. Eli incluso debía pensar que me había inventado lo del acompañante, o tal vez esperaran una caricatura de hombre al que no costaría sacar fallos. Pero Marco era guapo, muy guapo, con una complexión fibrosa como la de una pantera. Tenía un poder adquisitivo alto, mejor que el de Petter, y, sobre todo, era encantador.

Podía escuchar el rechinar de dientes de la “afortunada pareja”. Y aunque estuviese tensa y lista para caerme con todo el plan, sonreía por dentro tan solo por saber que les había dado el primer golpe. Esta vez no era yo la que recibía, y rezaba por que fuera la que quedara en pie, cuando todo acabara.

Capítulo 7

Maquillarme costó más tiempo de lo que debería haber tomado. No fue porque no recordara los pasos que me habían enseñado, esos los tenía memorizados. No, era conseguir quitar la estúpida sonrisa de mi cara lo que realmente era difícil. ¿La cara de sorpresa de Eli cuando vio a Marco?, nada que ver con la de mi propia madre. Creí que con el Botox uno no podía mover algunos músculos de la cara, pero, estaba claro que algunos otros compensaban la falta de movimiento del resto. Sus ojos parecían dos señales de prohibido el paso, encima de una entrada del metro, o sea, su boca. Incluso creo que dejó de respirar unos segundos. Si, sé que Marco es guapo, y tiene una presencia impactante, y si te sonríe... es como ponerle un lazo al regalo, pero no era verle lo que la impactó, sino el que estuviese conmigo. Mi padre le estrechó la mano como si nada, bueno, salvo por ese pequeño ceño entre sus cejas. Quisiera o no, para él aún era su niña pequeña, su tesoro. Si alguien estaba orgulloso de mi inteligencia, era él, aunque tampoco era de los que presumía de ello.

Bueno, la primera toma de contacto fue más que aceptable. Mi madre casi muda, mi hermana meditabunda... Adoraba a Marco y su magia. Ojalá todo siguiera igual, en fin, la cena de despedida era en unas horas, así que vería como iban a ir las cosas.

Estudí mi rostro en el espejo del baño. Aquel efecto ahumado sacaba partido a mis ojos, de una forma espectacular. Y los colores, eran los apropiados para hacerme parecer sexy sin llegar a ser vulgar. O eso me había dicho Helena, la prima de María. El cabello, solo había tenido que retocarlo un poco. Volumen y hondas naturales, haciendo que mi rostro resaltara con un bonito marco. Pero lo espectacular era el vestido. Cari había creado una obra de arte para mí, o eso pensé al principio. La verdad, es que era un vestido de confección industrial, de esos que se fabrican en serie, aunque de buena calidad. Ella tan solo había obrado su magia. Había retocado cada una de las prendas que iba a ponerme en ese viaje, haciendo que mi cuerpo se viera... bueno, mejor de lo que yo creía que era. Disimulaba mis imperfecciones, y realizaba las cosas buenas. Era increíble lo que un sujetador nuevo y una combinación reductora, podían hacer con la figura de una mujer. Eso, sumado a los dedos maravillosos de Cari.

Llevaba un pavoroso vestido de gasa color burdeos, realzado con

adornos plateados en algunas zonas, más en la parte superior que en la inferior. No llevaba bajo vestido, sino que las partes que llegaban a transparentarse, se encontraban con la ajustada combinación de negro satinado. Era una obra de arte, si pudiese me pondría de rodillas y alabaría ese trabajo, pero con aquel ajustado vestido, eso era demasiado difícil. Así que tan solo hice un único gesto, me rocié mi nuevo perfume como me explicaron, me puse los zapatos, y admiré el resultado final unos segundos más. Esta no era mi yo habitual, pero me encantaba como me sentía, poderosa y atractiva. Me lancé un besito y me guiñé un ojo. Sí, esa noche iba a ser increíble, sobre todo si conseguía dominar esos malditos nervios. Tomé un largo suspiro, y salí del baño.

Marco estaba ojeando la televisión, pero cuando escuchó la puerta del baño cerrarse, alzó la vista con una sonrisa que murió en su cara. Bien, genial. Ahora volvería a entrar en el baño y me encerraría para no salir de allí. Toda la seguridad que había tenido allí dentro, se había ido por el desagüe.

Me habría girado y desaparecido tras la puerta, pero mis piernas se habían convertido en tablones de rígida madera. Y la lenta exploración que Marco le hizo a mi cuerpo, no ayudó nada a calmarme, aunque calentarme... vaya que si me calentó. Que un hombre me mirara así, era algo nuevo.

—Gírate.

—¿Eh?

—Da una vuelta para mí. —Y lo hice. Seguí su orden como me pidió, girando sobre mis talones, para ofrecerle una lenta panorámica de todo el paquete. Cuando terminé, su cara empezó a dibujar una media sonrisa, de esas pícaras, y sacudió la cabeza hacia un lado.

—Ya sé por qué llevas esas insulsas batas en el trabajo.

—Porque tienen bolsillos.

—Sí, eso también. ¿Vamos? —Cogí la mano que me tendió, y atravesé la puerta de la habitación delante de él. Ya en el ascensor, se puso a mi lado y pulsó el botón para bajar.

—¿Tienes frío?

—No.

—Pues estás temblando. —Era verdad. Pero en cuanto su brazo se acomodó en mi espalda, mientras me sujetaba por la cintura, sentí como su calor me envolvía, y el temblor desapareció.

—Mejor, ¿verdad? Relájate, estas espectacular.

—Eso es fácil decirlo.

—Entonces lo solucionaremos con una copa de vino. —Y así, con una seguridad que no sabía de dónde sacaba, Marco me llevó hasta el restaurante en el que toda mi familia nos esperaba. Bueno, mi familia, y la de Petter.

Marco

¡Santa Madonna! ¿Y los médicos se cambiaban todos en el mismo vestuario? ¿Cómo podía esa mujer no tener novio? Cuando la vi salir del baño, fue como recibir un golpe directo en el estómago. Me sacó todo el aire. Y el primero que saltó para respirar, fue esa parte anatómica con la que seguía luchando por ocultar. Sé que llevar una mano en el bolsillo, durante todo el camino, era una falta de educación, pero era la única manera de sujetar... aquello. Esa mujer era pecado envuelta para regalo. Y cualquier hombre con... eso... querría abrir ese paquete. Tuve que asesinar con la mirada, a todos y cada uno de los hombres que se quedaban mirándola con lascivo descaro. Soy un tío, y sé que a nosotros nos da igual que una chica como ella vaya del brazo de otro, porque saltaremos sobre ella en cuanto su guardián se despiste unos segundos. Y lo peor no era verles la cara mientras la apreciaban. Lo peor era saber que la mejor vista estaba por detrás. Ese trasero era perfecto, y se movía como si balanceara la colita de una gata traviesa.

Ummm, ¡mierda! Aquella noche iba a ser larga. Muy larga. Pero ¿podía ir a peor? Pues sí. En cuanto vi la cara de su ex novio y futuro cuñado. Aquel gilipollas se quedó clavado, como un perro delante de un filete de medio kilo. La acerqué más a mi costado, y apreté la mandíbula. Tú tuviste tu oportunidad y la cagaste, así que confórmate con la superficial de su hermana, esa que parece una modelo de esas lisas. Las mujeres con las curvas de Susan, no son para mequetrefes como tú.

Necesitaba una copa, pero no pensaba soltar a Susan, ni de broma.

Capítulo 8

—Susan, cariño, estás ... increíble. —Sophi y sus frases corteses. Al menos esta vez sí que parecían ser ciertas.

—Hola, Sophi. Te presento a Marco.

—Es un placer conocerte. —Su voz se transformó en una especie de

ronroneo cuando le saludó, y seguro que mirar a un hombre de esa manera debía ser delito en algún estado.

—Hola.

—Vaya, ¿y desde cuanto hace que conoces a esta maravilla de hombre? —Genial, se acabó la sutileza. Ahora venían todas las preguntas difíciles. Alargué el brazo y tomé una copa de vino, de la bandeja de uno de los camareros que paseaban entre la gente. Alcohol, necesitaba alcohol. Quizás así podría dejar de pensar en la sonrisa come hombres de mi prima, y, sobre todo, del calor que emanaba de la mano de Marco. Sentirlo sobre mi cadera, hacía que mi temperatura actual superara en un par de grados lo recomendable.

—Estoy aquí y ya nos han presentado. Puedes preguntarme a mi todo lo que quieras saber.

—Ah, vaya. Un hombre directo. Me gusta. —¡Aparta tus manos de él, buitre carroñero! Cuando vi sus dedos deslizarse por el brazo de Marco, la bilis me subió por la garganta. Tragué el vino que quedaba en mi copa, y cambié la vacía por otra llena. Marco me apartó a un lado, y se inclinó para susurrarme al oído.

—¿No vas un poco deprisa?, será mejor que metas algo de comida también.

—Créeme, lo necesito.

—No, no lo necesitas, me tienes a mí aquí. —¿No era un encanto? Pues no, él había venido para eso, hacerme de escudo. Pero un escudo no puede evitar que te mees encima, cuando ves cargar a los cuatro jinetes del Apocalipsis contra ti.

—Hola Su. —Genial, estupendo. Cuando Eli me llamaba así, era como volver a ser niñas y saber que me tenía alguna preparada. Me giré hacia ella con la sonrisa más falsa que pude conseguir.

—Hola, Eli. Petter.

—No solías llevar ese tipo de ropa cuando salíamos juntos. —Tierra, trágame. Y encima estaba enfadado. Pues que se fastidie, ya no tenía que vestirme para complacer a sus conservadores padres. Antes eran todos colores pastel, y rodillas tapadas.

—Ya, es que tú no solías llevarme a sitios donde pudiera ponérmela. — Eso, arruga el morro. Salir a cenar con tus padres no era una auténtica cita.

Eh, bueno. Espero que no te importe. Pero cuando informaste de que

traías pareja, ya teníamos los puestos asignados, así que tendréis que sentaros en mesas separadas. —Ja, ahí estaba. Será...

—Pues, prefiero comer apretado a estar separado de Susan. ¿Crees que podrán poner otro cubierto más en su mesa?

—Oh, vaya. Si, supongo, pero... eso sería muy incómodo, y los otros comensales...

—Estoy seguro que lo comprenderán. —¡Bien!, Eli 0 —Marco 1. ¡Ja!, buen regate.

—Ah, entonces voy a hablar con el metre. —Eli se alejó apretando el culo y los puños, sí, estaba contrariada y enfadada, su jugada le había salido mal.

—Así que, mañana es el gran día. ¿Preparado para el matrimonio?

—A todos nos llega el momento de sentar la cabeza. —aseguró Petter.

—Yo siempre he pensado que no se trata de cuando, sino de con quién. —añadió Marco.

—Sí, bueno. Eloisse será una esposa perfecta. No tengo ninguna duda.

—Sí, supongo que, para un ejecutivo, con vistas en el futuro, eso será muy importante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Petter algo contrariado.

—Que yo ataría el lazo cuando sepa que no podría vivir sin ese alguien especial. —nada de intereses.

—Suenan muy romántico.

—Soy italiano, lo llevo en la sangre.

—Y qué, ¿cómo va la búsqueda? —Toma punzada en el estómago. Petter era así, directo a la yugular. Pero Marco no le dejó ganar esta vez. Me aferró un poco más cerca de él, me sonrió y contestó sin apartar la vista de mí.

—Creo que estoy cerca. —¿Puede una persona arder de adentro hacia afuera?, soy médico, tendría que saberlo, ¿no? Ah, era la falta de aire, tenía que volver a respirar. Yo sin aire, Petter sin palabras. Menos mal que llegó la caballería para salvarnos.

—Ya está todo listo, podemos pasar a sentarnos para cenar. —Marco me llevó a su lado, y me retiró la silla para que me sentara. El hombre sabía cómo dar una buena impresión, y de paso dejar al resto a la altura del betún de los zapatos.

La cena no estuvo tan mal. En nuestra mesa había algunas parejas, casi

todas de más de 50. Pero eso no me importó, y creo que a Marco tampoco. Fue un poco engorroso comer tan pegados, y más de una vez estuve a punto de tirarme la bebida encima. Pero Marco encontró la solución a la incomodidad, al menos para él. Antes de que llegara el postre. Me levantó de mi silla, y me sentó en su regazo. Si antes estábamos incómodos, ahora yo estaba avergonzada. Pero ni loca iba a decir nada. Así que sonreí, dejé que me diera a comer mi postre, y me hice la mejor amiga de la botella de champán. Nunca me gustó el champán, pero era todo lo que tenía a mano para soportar aquello.

Marco

Susan arrugaba la nariz cada vez que tomaba un sorbo de su copa de champán. Y después sacudía ligeramente su cabeza. No podía dejar de sonreír mientras la miraba. ¿Sabía lo dulce que parecía?

—Parece que no te guste demasiado el champán.

—Y no me gusta, pero no hay otra cosa. —Terminó el resto de su copa, y se volvió para rellenarla otra vez. La retiré de su mano, con delicadeza, y después giré su rostro para mirarla fijamente. Su mejilla era suave y estaba más allá de un saludable rosado. Su piel abrasaba bajo mi palma, y sus ojos me miraban con el brillo de los borrachos.

—Creo que es hora de irnos.

—Ummm, sí. —La puse en pie, y tuve que agarrarla antes de que se tambaleara y cayera de nuevo sobre mis rodillas.

—Creo que he bebido demasiado.

—Sí, yo también lo creo. —La aferré con firmeza, y nos despedí de todos. Mientras esperábamos al ascensor, su cabeza se desplomó sobre mi hombro, y su cuerpo empezó a deslizarse hacia abajo. Tuve que deslizar mi otro brazo bajo sus rodillas, y cargarla. Al mirar hacia atrás, vi la sonrisa cómplice del recepcionista. Sí, sabía lo que parecía. Una pareja, misma habitación, ella ebria... aquello gritaba sexo borracho a pleno pulmón.

Capítulo 9

Marco

Volví a tirarme otra buena cantidad de agua fría a la cara. Tenía que tranquilizarme antes de entrar en esa habitación, pero era condenadamente difícil. Aún podía verla tendida de espaldas sobre la cama, tal y como la había

dejado. Había retirado sus zapatos de interminable tacón. Había peleado con aquel ajustado vestido hasta quitárselo. Pero verla allí, con aquella otra cosa negra sexy y ceñida a su cuerpo... y aquellas medias...no podía ser bueno dormir con aquello. Tenía que entrar allí otra vez y quitarle las medias. Esas cosas tenían gomas que cortaban la circulación cuando dormías. Bueno, eso había oído. Tomé una fuerte inhalación, y volví a las trincheras.

Ella seguía allí tumbada, tal y como la dejé. Su cabello desperdigado sobre la almohada, como un halo de caramelo. Su rostro relajado, dormido.

Caminé con decisión hasta ella, clavé la rodilla en el colchón, y me incliné. Mis dedos se deslizaron sobre sus rodillas, y siguieron el camino ascendente hasta meterse debajo de la prenda negra. Ascendí a ciegas, guiándome solo con el tacto, notando como el sudor volvía a aparecer en mi frente, y como ese algo volvía a tensar la tela de mis pantalones. Y de repente, encontré el borde de las medias. ¡Joder!, no podía ser verdad. Deslicé las yemas hacia el costado, buscando el cierre, y al encontrarlo solté una maldición. Liguero, Susan llevaba un jodido liguero. ¿Sería negro? Oh, mierda, tenía que dejar de pensar como un tío, tenía que dejar de pensar como yo. Apreté los dientes, y con una velocidad que no creía posible, solté todos los enganches. Con cuidado, deslicé las medias sobre sus piernas, y después las tiré sobre la silla en la que antes deposité su vestido.

Volví a mirarla, y fue lo peor que hice. Sus piernas estaban ligeramente abiertas, como si estuviese en medio de dar un paso. Su cuello estirado en una postura invitadora, dispuesto para ser probado. Aparté de allí los ojos. Céntrate en lo que tienes que hacer, me dije. Miré de nuevo lo que quedaba de su ropa. El sujetador. Esas cosas con aros se clavaban en la carne como demonios. Pero no podía hacerlo. Esa especie de camión ajustado, mantenía a la vista el sujetador. Si lo quitaba... tragué saliva. Si lo quitaba, sus pechos quedarían libres, sí, pero totalmente visibles, como en una bandeja, pidiendo ser catados.

¡A la mierda! Me metí en el baño, me desnudé, corrí hacia la cama, y me metí entre las sábanas. Enterré mi erección en el colchón, y me mantuve todo lo lejos que pude de su calor. Aquella iba a ser una noche muy, muy larga.

Susan

Iba a morir. Tenía el culo de un elefante sentado sobre mi cabeza, seguro. Un puñetero elefante, con trompa y todo. Podía sentirla encima de mi

cadera, envolviéndome.

Intenté abrir los ojos, pero alguien se estaba divirtiendo apuntando una linterna sobre mis ojos. Puse la mano delante, y volví a intentarlo. No, no había linterna, era solo la claridad que entraba por la ventana. Alcé mi palpitante cabeza, y aunque pesada, nada me impedía moverla. ¡Mierda!, si lo juntaba todo, y lo unía al calcetín en mi boca, tenía una resaca de libro. Al menos había tenido el tino de quitarme el vestido antes de meterme en la cama. Y de taparme bien. Daba pereza salir de aquel calorcito y meterme en la ducha, pero tenía que hacerlo. Hoy era el día D, y tenía que estar lista para la hora H. Tenía peluquería, tentempié, automaquillaje, vestido y todo ese rollo de las damas de honor. Odiaba a mi hermana, ¿por qué tenía que ser yo dama de honor? Si, lo sé, es mi hermana. En fin. Había que ponerse en marcha. Y lo primero, después de salir de la cama, era tomarme un café doble, no, triple con un par de ibuprofenos.

Tiré hacia afuera, pero me había enredado en la colcha. Así que la cogí y me a quité de encima. Pero enseguida me di cuenta de que aquello no tenía nada que ver con una manta, colcha, sábana o cualquier cosa con la que se hiciera una cama. Aquello era una mano, unida a un brazo, largo, pesado y duro, y ese brazo... giré la cabeza y miré por encima de mi hombro. Marco. Ahí estaba un dormido, sexy y medio desnudo Marco.

Con cuidado salí de la resistente tenaza de su brazo, y corrí al cuarto de baño. Ni café ni porras. Aquello sí que hacía la adrenalina de una ponerse a dar saltos.

¿Qué demonios había pasado esa noche? Levanté deprisa mi faja reductora, sin darme tiempo en deleitarme con el placer ante la liberación de su presión. No, necesitaba saber si todo lo demás estaba donde debería estar. Uf, sí. Mi ropa interior estaba toda donde debía estar. Dejé escapar un suspiro, y terminé de quitarme la ropa. Abrí el agua caliente de la ducha, y me metí dentro. A parte del maquillaje, tenía un buen susto que quitarme de encima.

Lo pensé largo tiempo, mientras el agua se llevaba los restos del día anterior. ¿Habría sido tan malo haberme acostado con Marco? Somos adultos, el sexo no es algo prohibido para nosotros. No, hacerlo con Marco habría estado... ese es el problema, que no me gustaba la idea de haberlo hecho y no recordarlo. ¿Cómo sería Marco en la cama? La verdad, solo tenía a Petter para comparar, así que podía estar especulando sobre ello toda la vida. Un par de golpes me devolvieron a la realidad.

—Susan, he pedido algo de desayunar.

—Ah. Bien, enseguida salgo. —No sé cuánto tarde, no mucho, pero cuando salí, Marco estaba hablando por teléfono, y me hizo una seña para que comenzara a desayunar. Había una enorme cafetera llena, zumo de naranja y croissants. Pero lo que llamó mi atención, fue el par de pastillas junto al vaso de zumo. Cuando le miré él me sonrió y asintió sin dejar de atender a la persona del teléfono. Estaba en todo.

Cuando terminó, se sentó a mi lado y cogió un croissant.

—¿Cómo te sientes hoy?

—Como si me hubiese bebido un barril de cerveza.

—Bueno, cerveza no, pero champán...

—Ummm... hazme un favor, no me dejes beber champán hoy.

—No eres una mala borracha, solo te da por dormirte.

—Ni borracha soy una compañía interesante.

—Yo no diría eso. Hasta que te quedaste dormida, todo fue bien.

—Eso quiere decir que no me puse en ridículo, ¿verdad? —Di que no, dique no, por favor. Desearlo no cambiaría nada, pero tenía que intentarlo. Marco esbozó una media sonrisa y me hizo esperar hasta que bebió un buen trago de su zumo de naranja.

—Estuviste genial.

—Uf. Menos mal.

—¿Cuáles son los planes para hoy?

—Tengo hora reservada en la peluquería del hotel. Luego subiré, almorzaré algo, luego maquillaje, vestido y después me reuniré con las otras damas de honor.

—Suena divertido. —Lancé mi servilleta sobre su cara, y él la atrapó con agilidad, mientras soltaba una sonora risotada. El muy canalla se estaba divirtiendo a mi costa.

—¿Qué?!, yo solo tengo que ducharme, vestirme, y esperar a un tal ¿primo Roger?

—Sí, el bueno del primo Roger. Es el marido de mi prima Patrice. Si consigues sacarle una frase entera, serás el rey de la cuadrilla. Bueno, al menos no acabarás con la cabeza a punto de reventar con su charla.

—Vendo coches, cariño. Él no tiene que hablar, solo escucharme.

—Ah, claro, lo olvidaba.

—¿Tú vas a estar bien?

—Es tarde para eso.

—Pobrecita. Voy a darte un truco para hacer que sea menos... agobiante.

—Dime, haré lo que sea.

—Imagínatelos dentro de veinte años.

—¿20 años?

—Sí. Ellas intentando ocultar sus arrugas, y ellos con una tripa rebosando por encima del cinturón y con mucho menos pelo.

—¿Y qué sentido tienen imaginarme eso?

—Cuando lo hagas, piensa en dónde estarás tu dentro de 20 años.

—Pues tendré tantas arrugas como el resto.

—Dentro de 20 años, tus arrugas serán el resultado de haber salvado cientos de vidas, y serán hermosas. Las tuyas sólo serán una lucha inútil contra el tiempo.

—Eres todo un filósofo.

—Soy italiano, llevamos siglos siendo grandes pensadores.

—Entre otras cosas.

—Sí, ya sé. Los italianos tenemos fama de otras cosas.

—Si tenía alguna idea preconcebida sobre los italianos, conocerte la ha tirado a la basura.

—Espero que sea un cumplido.

—No sé cómo todavía sigues soltero. Eres toda una joyita.

Capítulo 10

—Susan, tu prima Patrice acaba de llegar. Yo me voy con Roger.

—Vale. —Miré mi reflejo en el espejo. Un último retoque a la máscara de pestañas, y listo. Recogí mis cosas y las guardé en mi neceser. Llámame puntillosa, pero me gusta tenerlo todo recogido. Alisé la falda de mi vestido, tomé aire y abrí la puerta del baño.

—¡Joder!, ese no es el vestido, no puede serlo.

—¡Claro que lo es!

—¡Ugh!, mierda, Susan. Eloisse me odia. ¿Por qué ha tenido que escoger un vestido que os quede bien a vosotras, y a mí me haga parecer un cura con sotana?

—¿Crees que me queda bien?

—¿Bromeas? A Sophí le queda bien porque es una tabla lisa, a la que

todo le cae bien. Un poco de maquillaje, y está preciosa. Pero tú, ¡joder, Susan!, si parece que este puñetero trapo ha sido confeccionado para ti. Mírate, te hace unas caderas sexys y esas tetas... mierda, mataría por tener unas tetas como esas. Dime que te las has operado y que no son naturales, dame algo con lo que sentirme mejor.

—Lo siento, no me he operado nada.

—Mala mujer, te odio.

—¿Ya estáis listas? —La voz chillona de Sophí resonó en la habitación a medida que entraba. Su enorme y satisfecha sonrisa murió en el momento en que me vio. ¡Oh, sí!, aquella cara sí que me decía que estaba guapa. Más que eso, radiante y mucho mejor que ella. Bien. Me moría de ganas por lucir aquel reconstruido vestido de dama de honor, y patear el ego de Sophí.

—Te queda bien.

—Gracias. ¿Nos vamos?

—Sí. —¿Puede haber algo mejor que quitarla la sonrisa de superioridad a la cara de Sophí?, condenadamente sí, dejarla casi sin palabras. Ojalá todos me vieran igual.

Marco

Su risa me estaba matando. No, no era fea. La risa de Susan era la cosa más gratificante que había oído hacía tiempo. Era sincera, dulce, llena. Y algo me decía, que no reía muy a menudo. Verla sonreír así era una rareza, estaba seguro.

Giré el vaso de whisky entre mis dedos, observando el brillo de las luces rebotar en el color ámbar del licor. No quería mirarla, porque hacerlo sería volver a sentir aquel inoportuno calor crecer otra vez. Estaba espectacular. Dicen que nadie puede eclipsar a una novia el día de su boda, pues bien, ella lo había hecho. El puñetero del novio no había quitado el ojo de encima de Susan, y cuando la vio, casi se le desencaja la mandíbula. Estaba radiante, preciosa. Y malditamente caliente con aquel vestido. Había mantenido a raya, a todos aquellos salidos moscones, pero había llegado el momento del baile, y el alcohol había comenzado a correr sin control por las mesas. Pronto la vergüenza y el miedo a ser rechazados se habrían esfumado, y el valor habría crecido. ¿Y qué iba a hacer yo? Pues apretar los dientes, ponerme delante de esos tarados, y marcar mi territorio como un león de la sabana. Ella era mía, de mi propiedad, aunque no lo fuera.

Y el problema era mío, por insinuar que éramos más que amigos, y ni siquiera lo éramos, amigos quiero decir. Si nos acabábamos de conocer, Santo Dios. Antes de subir a ese avión, ¿Cuántas veces habíamos hablado?, ¿6, 7 veces? Y dormir juntos no nos convertía en amigos. Había dormido con el primo Vinni durante un mes, cuando mi padre nos llevó un verano a casa de la Nonna, y no podría decir que ese “tira pedos” era mi amigo. No señor.

Pero Susan... con ella todo era diferente. Sabía que ella era problemas, porque ella encajaba en el departamento de “mujer perfecta”. Y desde que Kimberly Adams intentó convertirme en novio a largo plazo, he huido de las mujeres perfectas como de la peste. Soy demasiado joven para sentar la cabeza, tengo 27, estoy en mi mejor momento. Tengo un buen trabajo, y ligo con mujeres que están más que buenas. Atarme ahora a una es algo estúpido, pero... no dejo de pensar que alguien como ella sería la compañera perfecta. Pero al mismo tiempo, mi parte depravada, piensa que tengo que probar ese caramelito antes de que otro espabilado se adelante. Está buena, y malditamente nos gusta, a mi p... y a mi calenturiento cerebro, así que... ¿por qué no? Apuro el resto de mi bebida, aflojo el nudo de mi corbata y la busco entre la gente. Distingo ese cuerpo tentador enfundado en el vestido de dama de honor, desaparecer por el pasillo hacia uno de los servicios. Y sé que no voy a detenerme.

He echado un ojo dentro del servicio, mientras la puerta se abría y salía una mujer mayor que me sonríe con malicia. No, esta noche no voy a si quiera prestarte atención. El premio que busco está allí dentro, y no voy a conformarme con un pastelito cuando tengo toda una tarta allí dentro. Sé que está sola, no queda nadie más por salir, lo sé, he controlado eso. Así que sostengo la puerta antes de que se cierre, y entro en el aseo de señoras. La cerradura tiene un pestillo, y lo cierro con sigilo. No quiero que nos interrumpen. Ella está lavándose las manos, concentrada en su tarea, y no me ha visto acercarme. No hasta que estoy junto a ella.

—¡Marco!, me has asustado. Este es el baño de chicas, no sé si te has dado cuenta.

—Sé que es el baño de chicas.

—Ah, supongo que el de chicos ha llegado a su límite. No sé lo que hacéis allí, pero puedo imaginar que después de unas cuantas copas, resulta difícil hacer que el chorrillo se quede dentro.

—El de las chicas siempre está más limpio, sí. —Acarició la pulcra

superficie de mármol con los dedos. Y una idea salta a mi cabeza. Deslizo mi otra mano sobre la cadera de Susan, y la voy colocando suavemente frente a mí. ¿De verdad es tan inocente que no sabe lo que estoy haciendo? ¡Por dios!, tengo la palabra sexo escrita en la cara. Mis ojos se quedan fijos sobre su escote, y no puedo evitar humedecer mi boca, me muero por saborearla.

—¿Te encuentras bien? —Noto su mano fría posarse en mi cara, y me obligo a mirar su rostro.

—¿Me dejarías besarte?

—¿Be...besarme?, ¿Por qué...?

—Porque hemos dormido juntos, y ni siquiera sé a qué sabes.

—No estoy segura de... —Pero no la dejo continuar, no puedo. Meto mi nariz en su cuello, y aspiro su olor. Huele a promesa de paraíso. Siento el calor de su cuerpo, tan cerca, atrayéndome como una polilla a la llama. Sé que me voy a quemar, pero no puedo evitarlo, tengo que tener más.

Capítulo 11

Susan

Se me va a salir el corazón por la boca. Marco está tan cerca de mí, y desprende tanto calor, que creo que me voy a convertir en una masa informe entre sus manos. Siento sus dedos presionando mi cadera, y estoy casi segura de que la tela del mi vestido se está deshaciendo, como si fuera alquitrán. Noto su mejilla deslizándose sobre mi piel, la suavidad de sus labios. Huele a whisky, y mi cabeza me dice que, si no hubiese bebido, seguramente aquello no estaría pasando. Pero en estos momentos me da igual. Sí, sé que es un tópico, sexo en el baño de señoras en mitad del banquete de bodas. Pero nunca pensé que me pasaría a mí. Estas cosas solo les pasan a las chicas calientes y liberales. No a las chicas buenas como yo. Pero, quizás por un momento encierre a esa buena chica, y me deje llevar por el aquí y el ahora. ¡Sexo con Marco! Podría haberlo imaginado, deseado, soñado y todo lo “...ado” que se pase por mi cabeza, pero ahora que tengo la oportunidad de hacerlo, no la voy a desperdiciar. Puede que después me arrepienta, que nos arrepintamos los dos, pero qué más da. Cuando regresemos a Miami, cada uno volverá a su vida, y si te he visto no me acuerdo. Así que, ¡al diablo con todo!

Aferré su camisa y tiré de él, asaltando la boca que me estaba volviendo loca, y que parecía no detenerse donde debía. Y lo besé, como había soñado

incontables veces hacer. Por unos segundos, tenía el control, hasta que cambió.

Sentí mis pies perder contacto con el suelo, y después, mi trasero se aposentó sobre el frío mármol del lavabo. La mirada de Marco estaba clavada en mis ojos, su mano deslizando lentamente la falda de mi vestido, acariciando abrasadoramente mi muslo, en su camino hacia arriba. Estaba centrado en mi reacción, quizás en mis palabras, buscando algún gesto que le dijera de debía parar. Cuando sus dedos alcanzaron el punto donde la media terminaba, y encontró mi piel desnuda, sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Él lo notó, y se detuvo en seco. No, no podía dejarme así. No podía detenerse ahora, cuando podía ver las puertas del paraíso tan cerca. Deslicé con urgencia mis dedos entre el cabello de su nuca, y tiré de él hacia mí, atrapando su boca con ansia. Entonces su ataque continuó. Su mano se deslizó hasta llegar a aferrar mi trasero, mientras la otra se aferraba por la parte posterior de la rodilla. Con un tirón me acercó a su cuerpo, haciéndome partícipe de su excitado estado. Una bruma de pasión descontrolada me consumía, haciendo que la realidad se desvaneciera, hasta que unos golpes en la puerta me hicieron volver al mundo real.

—Maldita sea. Tenéis una habitación dos plantas más arriba, usadla.

—Te... tenemos que parar.

—No. Es solo...una pausa. —La frente de Marco, se apoyaba pesadamente sobre mi cabeza, mientras intentaba recuperar su respiración.

Empecé a retirar mis manos, y fue cuando me di cuenta de que las había metido bajo su camisa, y que estaban raspando sus duros abdominales. Él se rio cuando me vio quitarlas con demasiada rapidez.

—Recuerda donde las tenías, porque continuaremos en el mismo sitio.

Aquellas palabras me hicieron enrojecer. Acepté su ayuda para ponerme en pie, y dejé que deslizara mi ropa hasta colocarla de nuevo en su sitio. Me giré hacia el espejo, buscando los desperfectos en mi cabello. Algunos mechones fuera, pero no podían hacer nada. En fin, de todas maneras, ya sabían lo que estábamos haciendo aquí dentro. Vi el reflejo de Marco en el espejo, mientras sacaba la camisa del pantalón, y tapaba con ella la más que evidente protuberancia de sus pantalones. Me sonrió con picardía y me tendió la mano. La cogí y comenzó a arrastrarme hacia afuera. Cuando abrimos la puerta, el rostro contrariado de Sophí fue lo primero que encontramos.

—Ya era hora. Podríais esperar a cortar la tarta para empezar con la luna

de m... ¡Oh! —Sí, oh. El color abandonó su cara, al tiempo que inundaba la mía.

—Disculpa. —Marco la apartó de nuestro camino sin soltarme, y siguió guiándome por el salón de banquetes. Pasó por nuestra mesa, recogió su chaqueta al vuelo, y siguió caminando a paso rápido hasta meternos en uno de los ascensores. Cuando las puertas se cerraron, mi respiración era igual a la de un corredor de maratón al llegar a la meta. Me giré hacia él para decir algo, pero en cuanto su boca comenzó a devorarme de nuevo, olvidé lo que iba a decir.

Estaba a punto de cumplir con otro de esos tópicos que nunca pensé alcanzar, darme el lote con un chico en un ascensor. Y no estaba mal, sobre todo porque mi pareja sabía lo que había que hacer, y dónde poner la presión. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, volví a colocar rápidamente mi falda en su sitio, es decir, tapando esa porción de carne que era indecente mostrar.

Era divertido y excitante intentar avanzar por el pasillo, al tiempo que nos devorábamos el uno al otro. Todo lo hacíamos casi sin separar nuestras bocas. Hasta que la puerta de la habitación, se abrió a mis espaldas, y caí hacia atrás. Marco aferró mi cuerpo para que no sufrir una caída inoportuna, y de un puntapié nos dio intimidación. Como si escuchar el portazo fuese el pistoletazo de salida, mis pies escaparon de los tacones y mis manos tiraron de la camisa de Marco para sacarla por su cabeza. Puede que algún botón muriera en el ataque, pero no nos importó a ninguno de los dos.

Luego le llegó el turno a la cremallera de mi vestido, y como buen profesional, Marco no necesitó darme la vuelta para bajarla. A mí me vino bien, porque mis manos estaban perfectamente ubicadas para desabrochar su cinturón, y todo aquello que mantenía los pantalones en su sitio. Unos segundos después, ambos estábamos retozando en ropa interior sobre un firme y cómodo colchón.

—Llevas... liguero. —su voz sonó emocionada, casi podría decir. Pero aquella prenda no estaba allí para satisfacer una fantasía sexual suya, sino...

—Este vestido... es muy ajustado. Los pantis... son incómodos... para ir... al baño. —no sé si seguiría el hilo de la conversación, porque contar algo con tanta interrupción de besos le quitaba el sentido. Además, si lo sumamos a que su mente y atención estaba en otra cosa...

—Me encanta. —confesó. Y debía ser verdad, porque sus dedos se perdieron

por cada trozo de tela sedosa que llevaba encima. Incluso... ¡Señor!, yo creí que necesitaba quitarme la braguita para que pudiese meter... ¡uf! Deja de analizarlo todo, pensé, solo disfruta. Y vaya si lo hice, disfruté como nunca.

Marco

Podía sentir la lenta respiración de Susan bajo la palma de mi mano. No necesitaba abrir los ojos para saber que estaba dormida. Yo mismo estaba exhausto, pero satisfecho. Incliné la cabeza para inhalar una vez más el olor que desprendía allí, debajo de su oreja. Me encantaba deslizar mi nariz en ese trocito de piel, y sentir su estremecimiento cuando lo hacía. Incluso dormida, noté su piel erizarse cuando pasé por allí. La apreté un poquito más cerca de mi pecho. Quién descubrió esta posición sabía lo que hacía; la cucharita. Era perfecta, porque podía conservar todo su cuerpo bien pegadito al mío. Abrí un ojo y miré la hora en el teléfono móvil. Solo una horita para levantarnos y volver a la agenda programada. Teníamos que desayunar con su familia esta mañana, antes de hacer la maleta y volver al aeropuerto. Pero lo que antes era solo un encuentro casual, seguramente no lo sería hoy tanto. Por lo que había intuido sobre Sophí, la historia sobre nosotros dos en el baño, estaría ya circulando incluso antes de que abandonáramos en salón de banquetes. Sí, iba a ser incómodo comer con su padre delante, mirándome como un león al acecho, listo para degollar al desalmado que seducía a su pequeña en aseos de señoras. Pero merecía la pena pasar por ello.

Lo que realmente me preocupaba era otra cosa. ¿Qué iba a pasar ahora? Yo quería conocer mejor a Susan, pero... por primera vez, el maestro de la persuasión verbal, se había quedado sin ideas. No era capaz de encontrar las palabras que necesitaba decir. Pero iba a hacerlo. Ya había pasado lo peor, había conocido a su familia, y había descubierto lo fantástico que era el sexo con ella. El resto, tenía que ser fácil. O eso pensaba.

Capítulo 12

Desayuno con la familia. Algo que no echaba de menos, y que seguía siendo incómodo. Al menos ya no criticaban si comía mucho o poco. No, ahora tenía los ojos de todos encima de mí. Bueno, encima de mí y de Marco. Era como ver un partido de tenis. Sólo cambiaba la expresión de quién miraba. Mi padre, tenía el ceño fruncido, como sopesando si sigo siendo su pequeña niña, o si no lo soy. Despierta, papá, soy una mujer hecha y derecha.

Tengo sexo, sí, y en un aseo público. Petter nunca haría eso, ambos lo sabemos, pero también teníamos sexo. Demonios, perdí mi virginidad con él, eso tenías que saberlo. Pero el que se llevaba la peor parte era Marco. Le miraba como si fuera un profanador de tumbas.

Mamá parecía más bien sorprendida, como si no acabara de creerse que un hombre como Marco, hubiese decidido que yo merecía la pena. Pues sí, mamá, la merezco, pero, aunque no sea como piensas, y creo que tampoco Marco hubiese querido conquistar este castillo, aunque no creo que lo haya forzado a hacer nada que no haya querido.

Petter, ese no podía ocultar estar perdido. Seguía dando vueltas dentro de su cabeza, como si no consiguiera unir a la Susan de estos días, con la Susan que él conocía, la que fue su novia por año y medio.

A la que no podía ubicar era a Eloisse. Tenía la cabeza inclinada mientras me observaba, como esperando algo. Sophí era otra historia. Aquella mirada era la del diablo. Malicia, pura malicia, que unida a aquella extraña sonrisa semi encubierta, no presagiaba nada bueno. No quería ni saber que pensaba. Cuando la miré a los ojos, sentí un escalofrío recorrer mi espalda. La mano de Marco se posó sobre mi regazo, dándome ese pequeño apoyo. Le sonreí agradeciéndole el gesto, pero necesitaba salir de allí, para quitarme la sensación de agua fría cayendo por mi espalda.

—Voy un minuto al servicio, enseguida vuelvo.

—No dejaré que nadie te robe el desayuno. —Y así, aquel hombre de anuncio de colonia para hombres, me hizo sonreír. Pero no pude mantener aquella sonrisa por mucho tiempo. ¿Cómo es esa frase?, ah, sí. “Hoy es un gran día, pero seguro que viene alguien y lo fastidia”. Pues eso. Mientras me lavaba las manos, Eloisse y Sophí entraron en el aseo. Y dejaron bien claro que no venían a usarlo, sino buscando una confrontación.

—Tu hermana y yo, llevamos toda la mañana hablando de ti. —me soltó mi prima.

—Vaya, que honor ser vuestro tema de conversación.

—Sigues escondiéndote detrás de tu sarcasmo, no has cambiado. —me acusó mi hermana.

—Siento decepcionarte, pero si he cambiado. Ya no...

—Oh, déjalo ya. Nunca serás lo que quieres que creamos. No somos tontas. Pero he de reconocer que esta vez has tenido agallas. Has hecho lo que cualquiera de nosotras habría hecho. —podía ser familia, pero eso no

impedía que también fuese una víbora venenosa.

—No has podido superarlo, ¿verdad? Que yo me llevara a Petter todavía te escuece. —Ya sabía que lo de mi hermana tiraba más al “yo soy mejor que tú” que al “estoy enamorada”.

—Puedes comértelo con patatas. Petter nunca mereció la pena. —la pelota regresaba a su cancha.

—Ya, por eso te has traído a un novio de atrezo. ¿En serio, 15.000? Bien sabes que Petter no pasa de las cuatro cifras. Seguro que habéis estado preparando toda esta farsa durante mucho tiempo. —me acusó ella.

—Tú nunca le interesarías a un hombre así, reconócelo. —la apoyó nuestra prima. —Yo sólo tengo una duda con todo esto. El numerito del aseo de señoras. ¿Era algo planificado para que os sorprendiera, o pagaste el paquete completo con revolcón incluido? El tipo es una auténtica tentación para no probarlo, me darías...

Sentí el ardor en mi mano, antes de darme cuenta de que la había cruzado la cara con ella. Dolía como el infierno, pero verla tambalearse hacia atrás lo compensó todo. Salí del baño como un conejo perseguido por galgos, y no me detuve hasta llegar a la mesa del comedor. Sólo tenía una idea en mente, y era salir de allí lo antes posible. Sabía que todo iba a salir mal, lo sabía incluso en el momento que acepté la oferta de Marco, pero aun así lo hice. Sentía la humillación aferrarse a mí como una ducha de agua fría, aunque la rabia y la ira me dominaran en aquel momento. Y no, no era porque esas dos víboras me hubiesen descubierto, era porque tenían razón. “Tú nunca le interesarías a un hombre así”. Los hombres como Marco, siempre llevaban de su brazo a escuálidas modelos de rotundos pechos. Podían escoger entre las más hermosas, porque sabían que ellas caerían a sus pies. Marco nunca escogería a una médico residente, con poco tiempo para ocuparse de su aspecto, nada más allá que la higiene personal más básica. En ese fin de semana, había gastado más tiempo en maquillarme que en todo el último semestre. Triste, pero era verdad. Es lo que sucede cuando tu vida social, se limita a interactuar con los padres de sus pacientes, y con los compañeros de trabajo.

—Siento tener que despedirme así, pero tenemos que irnos. —anuncié.

—Es verdad, no me había dado cuenta de la hora que era. Tenemos un avión que coger.

Gracias a dios que Marco era rápido con ese tipo de cosas. Nadie habría

sospechado que salir de allí era un gesto impulsivo de su parte, y que él no tenía ni idea de lo que pasaba. Él tan solo depositó la servilleta sobre la mesa con elegancia, y se levantó para colocarse a mi lado y despedirse de mis padres.

—Iremos a visitarte pronto. —dijo mi padre.

—Cuando queráis. —Si, como si fueran a hacerlo. Era una frase que no hacían más que decirme cada vez que se despedían por teléfono, pero ellos nunca habían ido. No conocían donde trabajaba, no conocían el apartamento donde vivía, no sabían nada de mi vida en Miami. Así que asentí con la cabeza y me giré hacia la puerta de salida.

La libertad de aquella sala de tortura estaba a mi alcance, cuando la parca del destino tuvo que ponerme una zancadilla más. Frente a nosotros, Sophí y Eloisse. La primera mantenía esa cara estirada de siempre. Pero Sophí era otra cosa. Su mirada la abrasaba desde unos párpados medio cerrados, prometiendo los castigos del infierno en cuanto pusiera sus manos sobre mí. Estaba segura de que no estar Marco a mi lado, se habría lanzado sobre mis ojos para sacarlos de sus cuencas con sus garras de bruja. Pero, quizás fue sentir la mano de Marco sobre la base de mi espalda, dándome ese apoyo que necesitaba, o quizás fue ver mis dedos marcados en la mejilla de Sophí, el caso es que salí de aquel salón con mucha más energía positiva dentro de mí. Marco no dijo nada, solo tomó mi mano y me llevó hasta tenerme lejos de todos ellos. No sabía que le había apretado demasiado fuerte la mano, hasta que las puertas del ascensor se cerraron, y note que no me circulaba la sangre en esa mano con la que me a ferraba a él.

—¿Vas a contármelo? —Giré levemente el rostro hacia él, pero no el ni me estaba mirando. Tenía la vista fija sobre las puertas que acababan de cerrarse, como si de esa manera intentara darme esa pequeña seguridad. Porque ambos sabíamos, que, si me miraba, podía derrumbarme. Así que negué con la cabeza, y me puse a mirar mis zapatos.

Capítulo 13

—Bien, si tú no quieres hacerlo, lo haré yo. —alcé la vista hacia él, y esta vez sí que sus ojos estaban sobre mí. No había reproche en ellos, sino una extraña seguridad.

—Te fuiste al servicio sintiéndote incómoda, pero volviste enojada, luego algo pasó allí. Tu prima y tu hermana se fueron de la mesa poco

después de que lo hicieras tú, así que es evidente que ellas fueron a tu encuentro. Si tengo que suponer, diría que el tema de vuestra particular conversación giraría en torno a ti, a mí, y a nuestra “relación”. ¿El resultado? por la cara de asesina que tenía tu prima, y los dedos marcados en su cara, diría que fue algo violenta. Si llegaste a marcarla de esa manera, es que no fue agradable, y me aventuraría a decir que fue ofensiva. Ahora, ¿vas a rellenar los huecos que me faltan?

Seguro que tenía la boca abierta como un buzón de correos. Cuando decía que a ese hombre no se le escapaba nada, tenía razón. Parecía que ningún detalle se le pasaba por alto, y era lo suficientemente inteligente como para unir todas las piezas correctamente. Si Petter fuese la mitad de despierto que él, a estas alturas estaría en la junta directiva de la empresa.

—¿Tengo que hacerlo? —intenté disuadirle.

—Bueno, puedo seguir deduciendo, pero a partir de aquí, me muevo sobre terreno inestable. De todas formas, me gustaría saber la causa por la que iré a pedirle a mi primo Vinni que le rompa las piernas.

—¡Tú primo Vinni hace esas cosas? —Genial, me había traído a la boda de mi hermana, a un italiano con contactos con la mafia. Eso sí que le hacía latir el corazón desbocado a una persona.

—No... mi primo es camionero, transporta verdura al mercado de abastos. Pero ha valido la pena decirlo, porque ahora estás sonriendo.

—Serás...—Pero tenía razón, empecé a reír a carcajadas mientras le golpeaba sin fuerza en el brazo. Marco intentó detenerme, agarrando mis antebrazos, pero sé que cuando empiezo una pelea de esas, nunca paro hasta que el otro se rinde. Pero Marco no es de esos, sin darme cuenta, me tenía apretada contra su sólido cuerpo, y nuestras miradas conectaron, una encima de la otra. El tiempo se detuvo ahí. Ninguno dijo nada, ninguno se movió, hasta que la campanilla de la puerta del ascensor sonó. Habíamos llegado a nuestra planta.

Salimos de allí deprisa, bajo la mirada curiosa de una pareja que caminaba por el pasillo. Yo sé que le habría besado, ¿y él, lo habría hecho? Quién sabe, la vida está llena de momentos perdidos como aquel.

Mientras Marco pasaba la tarjeta magnética sobre la cerradura, sentí la necesidad de contarle la verdad.

—Piensan que eres un gigoló que he contratado.

—Vaya, esperaba eso.

—¿Lo esperabas?

—He conocido a tu prima y a tu hermana estos días.

—Sí, reconozco que Sophí es así de “delicada”. —creo que puse los ojos en blanco al decirlo.

—Lo que me ha extrañado es que no me haya hecho ninguna proposición.

—Eh, que estoy aquí. —le recordé.

—Lo sé, pero tu prima no es de las que se detiene ante ese tipo de cosas.

—No, es verdad. Está decidida a disfrutar de todos los placeres que estén a su alcance, sea ético o no.

—Creo que la ética salió huyendo de ella cuando cumplió los dos años de edad. —bromeó Marco.

—Sí, siempre ha sido un diablillo.

—No sé cómo siquiera llegó a casarse.

—Es de las que siempre consigue lo que se propone. —aseguré.

—Esa parte no estoy seguro de querer conocerla. —reconoció.

—De eso te has librado. Mi familia es como una enfermedad crónica. Por mucho que luches contra ella, la padecerás hasta que mueras.

—Bueno, no todos son tan malos. Tú parece normal.

—Es un lote, pequeño. O todo, o nada. —bromeé.

—Supongo que uno se acaba acostumbrando. —alzó los hombros en señal de rendición.

—Ni de coña. ¿Por qué te crees que me fui a trabajar tan lejos? Así solo los veo en Acción de Gracias o Navidad, depende de cómo tenga las guardias, e incluso a veces, ninguna de las dos. Lo soluciono todo con una video llamada. —expliqué.

—Chica lista.

—El puesto de la más guapa estaba cogido.

—La belleza es cuestión de gustos. La inteligencia, no. Se tiene, o no se tiene. —sentenció.

—¿Es un cumplido? —quise saber.

—Tenlo por seguro. —afirmó.

Recogimos nuestras maletas, yo con una sonrisa en la cara y el ego por las nubes. Pero como dije en otra ocasión, la parca del destino estaba poniendo a prueba mi salud mental. Cuando caminábamos hacia el ascensor, la puerta de una de las habitaciones se abrió, y por ella salió Eloisse. Me miró

con prepotencia, como si ya me hubiese vencido, pero esta vez yo no iba a agachar la cabeza. Noté como Marco tomaba la maleta de mi mano, y me hacía un gesto con la cabeza. Nos iba a dar el espacio que necesitábamos. Si la cosa se torcía, él estaría cerca.

—Supongo que se acabó la función. —atacó mi hermana.

—Marco no es ningún gigoló, y me ofende que penséis eso de él. —me defendí.

—No saldrías huyendo si eso fuera cierto.

—Te equivocas. Me voy por no montar una escena.

—¿Y qué crees que has hecho viniendo con él? Solo lo has traído para humillarme. Un vendedor de coches no puede ganar tanto dinero. —ahí era donde le dolía.

—Vamos a ver. Que gane más dinero, que sea guapo, más sexy y que tenga mucha más personalidad que Petter, eso a ti te tiene que dar igual. Tú te has casado por amor, ¿verdad?

—Eh.... —aproveché que la había dejado momentáneamente sin palabras para continuar.

—No puede ser de otra manera, porque casarte con un hombre, que antes salió con tu hermana, y la puso los cuernos, tiene que ser por amor. Porque ya sabes lo que dicen, el amor es ciego y todo lo perdona, o eso dicen.

—Eh, sí, sí, claro. —¿Qué otra cosa podía decir? ¿reconocer que fue a por mi ex novio para darme algún tipo de retorcida lección de superioridad?

—Pues eso. Tú solo disfruta de tu luna de miel con tu nuevo marido, y deja de prestarle atención al acompañante de tu hermana. Yo ya soy lo bastante mayor para cuidarme sola. Por qué estas preocupada por mí, ¿verdad?, no hay nada de envidia en medio de todo esto.

—Por supuesto que no. —mentirosa.

—Eso pensaba. Ah, y deja de prestarle tanta atención a las mal intencionadas elucubraciones de Sophí. Bastante tienen papá y mamá que aguantar de su mierda, como para encima tener que preocuparse por las sandeces que dice sobre mí. —rematé.

—Eh, sí, claro.

—Tengo que irme. Adiós Eli. —Caminé con paso firme hacia Marco, que esperaba junto al ascensor. Antes de decir nada, sus manos me aferraron las mejillas, y su boca cubrió la mía. Marco no besaba, Marco asediaba y conquistaba.

—¡Dios!, cómo me has puesto. Estoy al pelo de un calvo de entrar en combustión espontánea. —Su aliento aún me quemaba en los labios, y no pude mover un solo músculo, y es que tampoco quería. Aquello era la gloria. Primero, bajar a mi hermana de su pedestal, y segundo, recibir un premio como aquel. El que mi cerebro funcionase, me sorprendió.

—Los calvos no tiene pelo. —razoné, era una contradicción en sí misma.

—Totalmente correcto. —Y volvió a besarme. En aquel momento me sentía como el globo de un niño; completamente aislado de todo, salvo por el cordel que me mantenía sujeta, los labios de Marco.

Capítulo 14

—Ups, lo siento. —Chocar con alguien cuando uno sale del ascensor, no es difícil, sobre todo en un hotel. En mi caso, era algo inevitable. Mi mente todavía seguía de viaje por las nubes. Pero era imposible hacerme aterrizar a la realidad, Marco tenía ese efecto en mí. Bueno, concretamente sus besos, bueno, el último y largo beso que me había dado dentro del ascensor. Sí, él podría estar al borde de la combustión espontánea, pero a mí me había chamuscado las ideas. Hasta el punto de no ver a mi propio padre. Y era literal, porque había chocado con él al salir del ascensor. ¿En serio? Con la cantidad de gente que había en aquel hotel, y justo cuando quiero salir por patas de allí, me encuentro con la mitad de la familia de la que quiero escapar. Sólo me faltaba encontrarme con Sophí y el grupo estaría completo.

—Llego a tiempo. Quería darte un último abrazo antes de que te fueras. —Papá no es de los que piden permiso, así que allí estaba, siendo estrujada por un hombre de cincuenta y pico, en traje. ¿Y qué iba a hacer yo? pues nada, elevar mis brazos lo que pude, y devolverle el abrazo. ¿Sorprendida? totalmente. Mi padre no era de abrazos. El último que me dio, fue en mi fiesta de presentación en sociedad. Desde entonces, un beso al aire mientras apoyaba su mejilla con la mía. Aquel abrazo, era una clara señal de que quería decirme algo. ¿Qué me quería? ¿Qué me echaría de menos? ¿Que tuviera cuidado?, ni idea, pero soy lista, lo averiguaría. Aunque sería más fácil que me lo dijera directamente.

—Iremos a visitarte, pronto. Recuérdalo.

—Sí, papá. Avísame cuando lo hagáis. Ya sabes, con los turnos y eso, no tengo mucho tiempo. —Tiempo sí que tengo, pero no para la vida social

que ellos tienen. Cenas tardías, con charla posterior, que reducen el tiempo de descanso de un médico, que entra a trabajar a las 7 de la mañana del día siguiente.

—Cuídate, cariño.

—Un placer conocerle, señor Lettuce. —Marco le estrechó la mano antes de guiarme hacia la salida. No es que me sintiera incómoda con mi padre, pero el estar allí parados, sin decirnos nada, llegaba a resultar incómodo.

—¿Estás bien?

—¿Eh?, ¡Ah!, sí. Un poco... intrigada, eso es todo.

—¿Intrigada?

—Con el tiempo entenderé algunas cosas. —no podía explicarme mejor.

—¿Cómo a qué vino el abrazo de tu padre? —¡vaya!, ¿no lo había dicho? Marco era un chico muy despierto.

—¿Es tan evidente?

—Veo esa expresión cada vez que un padre le regala un coche a su hija.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué crees que significa?

—Bueno, en mi caso viene a ser algo así como “Sé que eres lo suficiente mayor como para conducir, pero tengo miedo de que lo hagas”. —explicó.

—Ahhhh, entonces....

—Sí, acaba de dejarte subir a un Ferrari. —No cabía duda. Marco era el Ferrari. Un coche rápido, codiciado, y, sobre todo, sexy. Sí, daba vértigo solo con imaginarlo. Pero no nos engañemos, los Ferrari no se hicieron para mí. Podían gustarme los coches caros, al fin y al cabo, más caros, más seguridad, fiabilidad y comodidad. Pero de ahí a conducir un deportivo... no me gustaba tanto el riesgo. Sí, lo había probado, y había sido increíble, pero no encajaba en mi estilo de vida, demasiado... ostentoso, llamativo, y caro de mantener, sí, eso lo definiría bien.

Creo que me pasé todo el resto del día dándole vueltas a la misma idea. Marco y yo, imposible. Así que cuando recogí mi maleta en la salida de equipajes, ya tenía la frase metida en mi cabeza. “Fue bonito mientras duró”.

—Te acerco a casa, tengo el coche en el parking de larga estancia. —se ofreció.

—Gracias.

—¿Estás bien?, pareces... apagada. —sus ojos me estudiaban atentos.

—Eh, sí. Es solo cansancio. Supongo que estar tantos días en continua

tensión, acaba pasando factura. —intenté justificar mi ánimo.

—Tengo la receta para eso. —declaró

—¿Cuál? —quise saber.

—Un baño largo y caliente, y a descansar en la camita.

—Ummm, sí. Suena delicioso. Uno no sabe lo que aprecia su propia cama hasta que tiene que dormir varios días en otro sitio.

—Sacarte de encima esos zapatos también ayudará. Supongo. —sus ojos señalaron fugazmente sobre mis pies.

—Bueno sí. No sé si podré ponerme los zapatos de médico mañana. Mis dedos están al borde del colapso. —algo que en aquel momento me apetecía bien poco.

—¿Mañana? Tan pronto vuelves al trabajo. —pareció sorprendido.

—Lo mío es un no parar, al menos hasta que acabe mi residencia. No sabes la de cambios que he tenido que hacer, para conseguir estos tres días. Los próximos 5 fines de semana, voy a acampar en la zona de urgencias del hospital.

—Vaya, entonces mejor no hablar de saldar tu deuda conmigo.

—¿Mi deuda contigo? —quise saber.

—Sí. Había pensado en que, ya que yo te he acompañado a ti a la boda de tu hermana, tú podrías acompañarme a mí a un par de eventos.

—Oh, ¡pues claro! Si estoy libre, cuenta con ello. Te haría de asistenta durante tres meses para pagarte. Así que puedes pedirme lo que quieras.

—Eh... pues he estado pensando que, ya que he estado tres días en mi estupendo papel de acompañante, sería correcto que tú me acompañaras a tres eventos, como mi pareja.

—Totalmente de acuerdo, tú dime el día, la hora y que ropa tengo que llevar, y si estoy libre, soy toda tuya. Salvo si es dentro de las próximas 5 semanas, y cae en fin de semana. Esas fechas ya las tengo comprometidas.

—Estos eventos suelen ser entre semana. Ya sabes, las personas que acuden a ellos, no tienen que madrugar al día siguiente. —Las cejas de Marco saltaron sobre su rostro de manera divertida. Sí, podía hacerme una idea de por qué era así. Por lo que había hablado con Marco sobre su trabajo, acudir a eventos frecuentados por gente rica, muy rica, le facilitaba el dar con posibles clientes. Clientes eran ventas, y las ventas eran comisiones, y las comisiones engrosaban la hucha de Marco para su plan de jubilación, además de pagar las facturas del día a día. Y todo el mundo sabía, que los que no tenían que

preocuparse por madrugar al día siguiente, eran aquellos que no necesitaban trabajar. En resumen, los ricos, muy ricos.

—Tienes mi número, o mejor, te mandaré mis horarios de trabajo y así lo encajas con lo que necesitas.

—¿Seguro? ¿no tienes que ir al gimnasio, al dentista o alguna otra cosa? —vida fuera del trabajo, ¿qué era eso?

—¿Gimnasio?, después de un turno de 12 horas, ¿crees que me quedan energías para pedalear en una bici estática? Y mucho menos después de una guardia de 48 horas.

—Wow, pues sí que es dura la vida de un médico.

—No, es duro convertirse en uno. Cuando lo consiga, mi vida será más sencilla.

—¿Y cuánto te queda pare eso?

—5 meses, dos semanas y tres días.

—Vaya, sí que llevas la cuenta.

—Tenía un compañero de facultad, que lo llamaba el pequeño descenso a los infiernos.

—¿Pequeño descenso a los infiernos?

—Ya sabes, unos cuantos años de condena a trabajos forzados.

—No me intimidas. Me pase más de 10 años compaginando los estudios, con un trabajo a media jornada para poder pagarlos.

—Vaya, nadie lo diría.

—A mi familia nadie le ha regalado nada, todos hemos trabajado muy duro para llegar hasta donde estamos.

—Me alegro de que lo consiguieras.

—Aun no lo he conseguido.

—¿No?

—No. Yo pretendo hacer como mi padre. Jubilarme a los 57 con un buen colchón de billetes.

—¿Y qué tal lo llevas?

—Estoy en el camino.

—Pues insisto, me alegro por ti.

El coche se detuvo frente a mi casa antes de darme cuenta. Marco sacó la maleta mientras yo salía. Pero no me la dio. Se puso a caminar hacia la entrada del edificio. ¿Iba a subir conmigo? Evidentemente. Había estado soñando con la idea de quitarme los zapatos, desde el mismo momento en

que Marco lo sugirió, ¿y ahora me hacía esto? No podía ser. En el coche me contuve de descalzarme, una señorita no hacía eso. Y mucho menos si quería dejarle en la memoria la imagen de chica sexy, que había tenido de mí durante aquel fin de semana. Pero la tortura se me estaba haciendo insoportable. Así, que cuando las puertas del ascensor se cerraron, mi fuerza se acabó. Me saqué los tacones con una patada, y solté el gemido más orgásmico que una mujer puede llegar a emitir.

—Ummmmmm, ¡Oh, dios, Sí! —Su voz no pudo disimular la risa que estaba tratando de esconder.

—Has aguantado mucho.

—No tienes ni idea.

—Yo creo que sí. Has deseado hacerlo desde que lo mencioné en el aeropuerto.

—Eres un demonio. —le acusé.

—Culpable. —Se inclinó y recogió mis zapatos, sosteniéndolos con dos de sus largos dedos. ¿Podía un hombre parecer sexy con unos zapatos de tacón de 10 centímetros en su mano?, la respuesta es condenadamente sí.

Cuando abrí la puerta, él se quedó en el pasillo, yo cogí la maleta, la empujé hacia dentro y recogí mis zapatos de su mano.

—Guárdalos bien, tendrás que volver a ponértelos.

—Aguafiestas. —Me dio un rápido y ligero beso en los labios, y desapareció con aquella media sonrisa en la cara. Admiré su forma de caminar unos segundos, y cerré la puerta antes de que me pillara mirándole. ¿Puede definirse la forma de caminar de un hombre como elástica?, pues la de Marco lo era. Tenía ese paso indolente y despreocupado, pero a la vez seguro de sí mismo y totalmente sensual. Felino, esa era la palabra. Dios, le daban a una ganas de maullar solo con verle caminar así. ¡Mierda!, yo no era de Ferraris, pero maldita sea, me gustaba mirarlos.

Capítulo 15

—Bueno, ¿Qué tal fue todo? —Levanté la vista de mi cuarto café del día, y miré la sonrisa de María. No tenía en la cara esa expresión de cotilla avariciosa, no, María no era de esas. Parecía preocupada, como esperando que todo hubiese salido bien. Al fin y al cabo, fue ella la que me metió en esta locura.

—¿Quieres la versión corta o la larga?

—Si empiezas metiendo nombres de gente que no conozco, mejor la corta.

—Ok. Resumiendo. Mi prima y mi hermana pensaron que Marco era un gigoló que pagué para acompañarme. —La mandíbula de María cayó como una piedra en un estanque.

—¿Qué fuerte? ¿Te dijeron eso, o las sorprendiste cuchicheando?

—Está claro que tú no conoces a esas dos. Me acorralaron en el aseo de señoras, y soltaron su teoría sin ningún tipo de remordimiento.

—¡Qué hijas de...! Bueno, si lo piensas fríamente, una mente retorcida puede llegar a pensar eso. Pero es porque no te conocen bien. Tú tienes una integridad muy por encima de esas cosas.

—Eh, despierta. Que llevé a Marco para que me hiciera de escudo, precisamente. Integridad muy poca.

—No, Susan, me refiero a que tú no pagarías a un hombre por algo así.

—No, pagar no. Pero sí que acepté llevarlo.

—Eso es porque no había otro disponible en ese momento. En cuanto acabes con la residencia, y vuelvas a tener una vida fuera del hospital, verás como todo vuelve a su cauce normal. Seguro que antes tenías que apartar a los chicos a manotazos. —No podía mirarla directamente, ¿cómo iba a hacerlo? ¿Le digo la verdad o la dejo que piense que soy la mujer perfecta? Sé que me aprecia, y que piensa que soy mejor que la fondue de chocolate, pero no puedo mantenerla en la ignorancia. ¿Para qué son los amigos sino para compartir con ellos tus penurias?

—Petter fue el primer chico con el que salí, y después de él no ha habido nadie.

—Oh, vaya. Pensé que... Bueno, si te has dedicado a los estudios, es normal que no hayas tenido tiempo para los chicos.

—Créeme, tenía tiempo para los chicos, pero era demasiado joven para la mayoría de ellos. Es lo que pasa cuando vas adelantada varios cursos. Y, por otro lado, tampoco yo encontré ninguno que me pareciese verdaderamente maduro.

—Bueno, bienvenida al mundo. Los hombres nunca lo hacen. Podrán tener cuerpos desarrollados, y trabajos responsables, pero ponles una Play Station delante, y su niño interior volverá a tomar el mando.

—¿Tonny es así?

—Gracias a Dios que lo es, si no, sería muy aburrido en... a lo que iba,

ninguna mujer quiere casarse con su padre. ¿Te imaginas tú viviendo con el tuyo?

—¡Agh!, no. Quiero a mi padre, pero no hasta ese punto.

—Y lo peor no es vivir con él, sino el otro tipo de convivencia. Sé que es repugnante pensar con tu padre teniendo sexo, pero... si haces el esfuerzo, verás que no... eso, que no es lo mismo que imaginarte a Brad Pitt, o Channing Tatum.

—No, mi padre no es como Channing Tatum.

—Pues eso. Mejor no busques un hombre maduro como tu padre.

—Mejor busco uno como un niño.

—No, exactamente. Hay que encontrar a un hombre que sepa cuando dejar salir a ese niño de dentro. La espontaneidad, la ilusión, lo tierno que puede ser ese niño, es lo que nos hace derretirnos a las chicas.

—Yo creí que eran un buen culo y unos abdominales bien definidos.

—No querida, eso no nos derrite, eso nos enciende como una hoguera en la noche de San Juan. —aclaró.

—Así que eso también es importante.

—Eso es muy aconsejable, sí. Qué te voy a contar, yo estoy encantada.

—No sé, por lo que dices, tendría que empezar a mirar a algunos hombres de otra manera.

—¿Cómo a ese residente de oncología tan mono?

—¿A Kenneth Williams?, no, ese ni de broma. A ese egoísta engréido el niño interior se le ha pasado de cocción. Pero tampoco ha evolucionado como para llegar a convertirse en un hombre.

—Ummm, entiendo. Un eterno adolescente. Sí, esos son los peores.

—Llevo aguantándole sus desplantes desde el año pasado. Es un retorcido gusano misógino prepotente.

—Wow. Sí que le tienes catalogado.

—Nuestros caminos se cruzan con más frecuencia de la que desearía.

—Así que no es oro todo lo que reluce. Parecía tan dulce y encantador.... ¿Y he dicho que es guapo?, un estilo así a Leonardo DiCaprio.

—No conozco a Di Caprio, pero te aseguro que su ego no tiene el tamaño del de Williams. —Tomé el resto de mi café, que se había quedado frío, pero no me importó. La cafeína era la cafeína, y la necesitaba.

—Bueno, al final nos hemos salido del tema. ¿Marco hizo bien su trabajo?

—Umm, diría que sí. Salvo por mi prima Sophí y mi hermana, creo que salió bien. Mi madre estuvo inusualmente callada a mí alrededor, aunque mi padre tenía una mirada inquisidora todo el rato. Pero mereció la pena. — Tampoco le iba a decir que, en un momento de enajenación mental, me había acostado con su cuñado. Ni que había sido algo increíble, si lo comparo con mi experiencia anterior. No, había cosas, que mejor guardárselas para una misma.

—Uf, tengo que irme. Seguro que tengo al doctor Lewis buscándome como un loco.

—Lewis te adora, eres su ojito derecho.

—Sí, ya. Eso lo veré cuando me ofrezcan un buen contrato para quedarme en el hospital.

—Y encima modesta. Si en el fondo ese Williams te va a odiar porque eres mejor que él y ni siquiera lo sabes.

—Williams me odia porque no dejo que me utilice como al resto de las demás. —Y corrí de vuelta al trabajo. Porque a diferencia de María, entiendo muy bien el funcionamiento de un hospital. Y si bien Lewis puede ser un peso fuerte dentro de la junta directiva, no es el que decide contratar al resto de médicos. No, es la junta la que lo hace, y a la junta le importa más el rendimiento y capacidad que otras cosas. Me gustaba aquel hospital, me gustaba el equipo con el que trabajaba, y mi amiga trabajaba allí. Tenía todas las razones posibles para querer quedarme, así que no les daría ninguna excusa para no hacerlo.

Capítulo 16

Marco

Pues sí que estaba cargada de trabajo, sí. Mientras revisaba el horario, que Susan me había enviado al correo electrónico, no podía imaginar cómo podía sobrevivir, sin una intravenosa suministrando estimulantes a su cuerpo de manera permanente. ¿Por eso muchos médicos se volvían adictos a las anfetaminas?, seguramente. Volví a levantar la prensa de sociedad que estaba ojeando un momento antes, y anoté los eventos programados para el próximo mes. Que me interesaran, había uno o dos cada semana. El hacerlos coincidir con el horario de Susan era mucho más complicado. Para una vez que me decido a intentar algo serio con una chica, y esta resulta ser muy complicada, o al menos su vida.

Tenía que haber seguido mi primer impulso, y salir corriendo lo más lejos de ella. Las chicas listas siempre habían sido un problema, por eso las he estado evitando desde que empecé a darme cuenta de que existían. Las chicas, quiero decir. Las chicas demasiado listas... brrr, todavía me da escalofríos cada vez que me acuerdo de Lisa Benotti. En la segunda cita empecé a darme cuenta de que estaba organizando mi vida. No me había dejado besarla siquiera, y ya estaba haciendo sus planes de futuro como mi esposa. Y qué quieres que te diga, yo ya tenía muy claro cuales quería que fuesen esos planes de futuro, y no coincidían para nada con los suyos. De no haber escapado a tiempo, ahora estaría casado, comiendo cada domingo en casa de sus padres, con una hipoteca que se comería la mitad de mi sueldo, con dos niños y el tercero en camino.

No me mal interpretes, siempre he querido tener una familia, soy italiano. Lo que no me ha seducido nunca, es encadenarme a una siendo demasiado joven. ¡Caray!, hay que vivir la vida un poco antes de hacerlo, y tomarse su tiempo disfrutando de los placeres que uno dejará de catar cuando se casa. Y también hay que dedicarle tiempo a labrarte un futuro más desahogado. Lo segundo ya lo tenía encarrilado, lo primero... no sé qué decir, me gusta salir a cenar fuera y relajarme con una buena charla, buen vino y buen sexo. Sí, lo sé, la parte de la charla no ha sido importante antes, pero... no sé, me gusta que la persona a mi lado me comprenda cuando me pongo metafísico, aunque si tiene unas buenas tetas... le puedo perdonar lo de la falta de conversación.

Unos golpecitos en el cristal de mi despacho me hicieron volver a la realidad, el trabajo me reclama. La silueta de Tonny se movía curiosa entre los coches de la exposición.

—Señor Di Ángello, su hermano está aquí. —No es que mi secretaria necesitara muchas pistas, éramos gemelos, con eso ya bastaba. La di las gracias y me levanté para salir al encuentro de Tonny. Su mirada se centraba en todos y cada uno de los detalles de un BMW X6.

—Bonito, ¿verdad?

—Es una pasada. Pero no he venido a sufrir. Cuando me llamaste, me dijiste que tenías noticias del seguro. ¿Ha habido algún problema con ellos? —Pobre Tonny, su coche quedó destrozado por el perturbado ex de su novia. Lidar con el seguro no era fácil, sobre todo cuando el juicio ni siquiera se había llevado a cabo.

—Eh, que es tu hermano el que ha negociado con ellos. ¿Qué problema podría tener?

—Ya, lo sé. Conociéndote, seguro que además les habrás vendido algún coche.

—Así me gusta, confianza. Ven conmigo, anda. —Caminamos hacia la parte posterior, donde había un BMW X4 color carbón.

—Te dije que conseguiría todo lo que pudiera, y lo he hecho. El coche era siniestro total, sacar un buen precio no era fácil porque era algo viejo.

—Eh, soy bombero, mi sueldo no da para cosas como esta. A mí, con que ande, me basta. —Tonny había señalado el coche mientras le miraba con anhelo. Sí, era muy consciente que el sueldo de un bombero no era para tirar cohetes. Y mi hermano no era de los que tiraban todos sus ahorros en un coche para ir a trabajar. No, seguro que Tonny había estado ahorrando para comprarse una casa, y con la boda a la vista, seguro que esa era su mayor prioridad.

—Ya, pero seguro que quieres un coche, que también sea seguro y fiable.

—María también lo usará, y quiero que esté segura al volante, sí.

—Pues eso. —Abrí la puerta del X4 y saqué el juego de llaves de la guantera. Me giré hacia Tonny y se lo tiré al pecho para que lo atrapara.

—Pero ¿qué...?

—Es tuyo.

—No, espera. No pueden haberte dado tanto.

—Con el dinero del seguro, mi descuento de empleado, y sumado a que este es el coche de exhibición... pues...

—No, Marco, no cuela. Que yo tenía un Chevrolet Suburban, más viejo que el catarro, y nuevo cuesta la mitad que este. Por mucho descuento de empleado, y coche de exhibición que sea, todavía faltaría un pico para cubrir el precio real.

—Pues entonces acéptalo como regalo de boda, y listo. Deja de darle vueltas. —Uf. Sentir el abrazo de un oso grizzli tenía que ser la mitad de asfixiante que el apretón de mi hermano, pero merecía la pena por verle sonreír.

—¡Dios!, te quiero.

—Lo sé. Y que conste que lo hago por María.

—Eh. No lo estropees. No quiero tener que romperte la cara.

—Eh. Para. Lo decía por su cocina. No he comido tan bien desde....
Espera, no me acuerdo.

—Lo sé. Su flan de café te ha seducido.

—Tonny, ella hace que una sencilla sopa parezca el néctar de los dioses.

—Vale. Te dejaré venir a comer a casa cuando quieras, pero recuerda, es mía.

—Ok. Lo pillo. Y hablando de familia. La llevarás al cumpleaños de la tía Isabela, ¿verdad?

—Tengo que hacer la presentación formal a la familia. Además, hace años que no como el Tiramisú de la prima Roxi. ¡Oh, mierda!, Roxi. —ya había pillado el motivo de mi pregunta.

—Sí, por eso te lo decía.

—Bueno, esperemos que se le terminara el encaprichamiento y se haya olvidado de mí.

—Yo confiaría más en la paz mundial, pero quién sabe. —¿Roxi?, ni de broma.

—Joder, se la va a comer con patatas. ¿Y tú no podrías...?

—Ya conoces nuestra historia. No sé cómo siendo gemelos, es capaz de saber quién es quién. A ti te idolatra más que al Papa de Roma, y conmigo arruga la nariz como si oliera azufre. —imposible hacer trampas con ella.

—Lo pillo, lo pillo. Estamos solos.

—Tú dila que se esmere y haga su flan de café. Si conquista el estómago del tío Julio, el resto será más fácil.

—Vale. Conquistar el estómago de tío Julio, lo tengo.

—Y hablando de cosas desagradables, ¿Cómo va lo del juicio del loco ex de María?

—Bueno, en la vista preliminar, quedó libre bajo fianza. Lo único que sacamos fueron dos órdenes de alejamiento. Tendrá que mantenerse a más de 500 metros de María y de mí. Ha tenido suerte.

—Bueno, menos es nada. —por algo no me gustaban los juicios.

—No, me refiero a que ha tenido suerte, porque si por cualquier razón volviera a acercarse a nosotros, le haría un par de zapatos de cemento, le trincaría por las pelotas, y lo soltaría a 10 kilómetros de la costa, ¿capicci?

—Wow, ¿de dónde ha salido esa vena de gánster?

—Casi la mata, ¿qué esperabas?

—Sí, te entiendo.

—Bueno, deja al cretino ese en su mierda de vida. ¿Cuándo puedo llevarme esta preciosidad? Me muero por estrenarla como es debido, ya sabes.

Verle alzar las cejas sugestivamente era más de lo que necesitaba para entenderle. Pobre María. Había despertado a la bestia que dormía en los calzoncillos de mi hermano. Al final, la vida en pareja no debía estar tan mal. A Tonny le funcionaba de maravilla. Buena comida, sexo a todas horas, y un cuerpo calentito junto al que despertar cada mañana. Dos días, dos puñeteros días, y ya echaba de menos abrir los ojos al día con Susan entre mis brazos. Y no, no valía cualquiera. Ella olía diferente, se sentía diferente, sonaba diferente, sabía diferente. Tenía que dejar de pensar en ella, o acabaría haciendo una estupidez, como presentarme en su trabajo para robarle un beso, un puñetero beso.

Capítulo 17

Pues sí que había sido rápido. Dos días, y ya tenía un acontecimiento social al que acudir del brazo de Marco. Genial, tenía que conseguir un vestido de gala para mañana por la noche. ¿Qué iba a hacer?, necesitaba a mis hadas madrinas, así que marqué el número.

—Hola, ¿Cari? Soy Susan, ¿tendrías algo para prestarme para una fiesta de gala?

—Ah, no. Así no vale. Cuéntamelo todo. —¡Jesús vendito!, cómo les gustaban a estas mujeres los chismes. Pero si quería que derramaran sus polvos mágicos sobre mí, tenía que darles lo que querían, así que me acomodé en el respaldo de mi sillón orejero, y empecé a narrarles toda la historia.

—Marco necesita que lo acompañe a una jornada benéfica en el Perez Art Museum. Es para recoger donaciones contra el cáncer infantil.

—Ya, ¿y por qué te necesita a ti allí?

—Este tipo de eventos es donde capta clientes, e ir con una pareja facilita la integración en los círculos de conversación.

—Ah, así que eres su muleta.

—Algo así, creo. —al menos yo no le encontraba otro motivo.

—Bueno, ¿y cuándo es la fiesta esa?

—Mañana por la noche.

—¡Mañana!, estás loca. No tenemos casi tiempo.

—Es solo un vestido, Cari.

—No, Susan, es un evento social de alto copete, allí no vale solo llevar un vestido, hay que ir perfecta. —ella y yo teníamos una visión distinta del asunto.

—No creo que sea tan complicado.

—No tienes ni idea, pero, en fin, déjalo en mis manos, creo que tengo un par de ideas. ¿A qué hora es?

—A las 9. Salgo a las 7, así que me dará tiempo a ir a tu casa, recoger el vestido y cambiarme antes de ir allí.

—¡Dos horas!, estás loca. No, mejor voy a buscarte al hospital, te preparamos allí y sales para el evento.

—¿Preparamos?, ¿qué estás tramando? —esa mujer me estaba dando miedo.

—Tú déjalo todo en mis manos. Tengo mucho que organizar. Menos mal que me encantan los retos. —Y colgó, así, sin más.

Marco

Volví a mirar por décima vez mi teléfono. Desde que recibí el mensaje de Susan, diciendo que se retrasaría y que nos veríamos aquí, no hacía nada más que comprobar los mensajes. Las 9:30 y todavía no había llegado. Bueno, al menos ya había establecido algunos contactos interesantes. Lo mío nunca fue perder el tiempo. El teléfono vibró en mi mano.

—Llegué, ¿Dónde estás? —Escribí rápido la respuesta.

—En el exterior, bajo las columnas colgantes de plantas.

Esperaba que lo entendiera. De todo el recinto, el exterior me pareció el lugar perfecto para encontrar a alguien. Un camarero pasó a mi lado, y tomé una copa de champán. No era del malo, pero, casi me atraganto con él. ¿Puede alguien medio atragantarse hacia dentro?, pues eso creo que hice. Algunas gotitas salieron rodando por mi nariz, haciendo que las burbujas picaran como demonios. Y no, no fue el champán, fue ella. La vi avanzando entre la gente, su paso comedido, casi pausado. Destilando esa aura de perfección, que sólo consiguen aquellos a quién no les preocupan sus imperfecciones. Retorcido, ¿verdad? Es que no sé otra manera de explicarlo. Allí había mujeres deslumbrantes, espectaculares, pero ninguna brillaba como Susan esta noche.

No necesitaba mirar a la gente a su alrededor, ya sabía lo que pensaban.

Ellas la envidiaban, ellos la querían cerca. El hombre de negocios que llevo dentro, me decía que la utilizara para llegar tan lejos como pudiera. Podría abrirme las puertas hasta los hombres más inaccesibles. Pero otra parte de mí, seguramente la italiana, quería cogerla del brazo, llevarla a un rincón, y no dejar que nadie la tocara, ella estaba conmigo, sólo conmigo.

—Siento llegar tarde. —se disculpó.

—Ha merecido la pena. —Cogí su mano entre mis dedos, deslizando el pulgar sobre su piel, solo para sentir su suavidad. Su perfume llegó a mí, delicado, suave, perfecto. Ella no era ostentosa, no se imponía, su perfume tampoco. Ella era una sencilla mariposa blanca, en medio de un campo lleno de aves tropicales. No, blanca no, azul. Su vestido era azul, azul eléctrico. El satén se pegaba a su figura haciendo que sus formas fueran suaves pero hermosas. Sus brazos estaban descubiertos, dando ese vistazo escueto a su piel cremosa. ¿En serio estaba yo pensando esas cursilerías?, yo no decía eso de piel cremosa, ni mariposas blancas. Yo era de los de “menudo par de tetas que tiene esa”.

—Susan, ¿eres tú? —nos interrumpió un hombre mayor a nuestra derecha.

—Ah, doctor Lewis. Me alegro de verle. —le saludó ella afectuosamente.

—No pensé que te vería en un sitio como este. —dijo él.

—Sólo estoy acompañando a un amigo. Doctor Lewis, deje que le presente a Marco Di Ángello.

—Es un placer, señor. —le estreché la mano al mismo tiempo.

—Bueno, ya que estamos aquí, disfrutemos de la fiesta. ¿Por qué no os acercáis a nuestro grupo? Me encantaría presentártelos. —se ofreció el doctor Lewis.

—Por supuesto. —convine. El hombre empezó a caminar delante nuestro, momento en que ella me dibujó con los labios un “mi jefe”. Sí, eso me interesaba. Directivos de hospitales. Ahí había dinero y gusto por las cosas caras e importadas. Apoyé mi mano en la espalda de Susan, y sentí un escalofrío recorrerme el brazo, hasta las p... Piel, estaba tocando piel. Cálida, suave y pecaminosa piel. Me incliné hacia atrás y eché un buen vistazo. Susan tenía la espalda totalmente al aire. ¡Mierda!, aquella iba a ser una velada larga, muy larga.

Capítulo 18

Marco

Era increíble. ¿Sabía Susan el magnetismo que tenía cuando se ponía a hablar de lo que realmente la apasionaba? Tenía a 10 personas comiendo de su mano en menos de 20 minutos. Escucharla relatar sus experiencias con los recién nacidos, te daban ganas de ir allí y arrullar a tantos como pudieras. De verdad la apasionaba lo que hacía. Creo que Susan es una de esas pocas personas que disfruta haciendo su trabajo. Y no es que fuera siempre gratificante. Escucharla narrar las duras luchas contra la muerte, y descubrir que era una pelea que no había garantías de ganar, era suficiente para desmoralizarse. Pero ella era de las que no se rendía. Perdía a muchos pacientes, pero salvaba a otros, y eso bastaba para compensarla. Ella era una luchadora. Mientras los pequeños corazones de sus pacientes latieran, ella no se rendiría. Era un trabajo duro, mental y físicamente, pero ella era más fuerte de lo que parecía a simple vista. Yo lo sabía, todos a su alrededor lo sabían. Podía entender el orgullo en los ojos del doctor Lewis cuando la miraba. Susan tenía esa energía que te empujaba a luchar a su lado. Si ella luchaba contigo, no serías capaz de dejarte vencer. Entender lo que hacía en su trabajo, me ayudó a comprender la palabra héroe. Para algunos puede representar a aquel que afronta el peligro del que el resto huye, como un bombero que entra en el edificio en llamas del que la gente sale despavorida. Para mí, un héroe era Susan, porque a pesar de los golpes adversos que recibía, de perder la batalla contra la muerte, haber caído derrotada y exhausta contra el suelo, ella volvía a ponerse en pie para seguir luchando.

En aquel grupo de médicos, todos darían lo que fuera por trabajar a su lado. Cuando acabara su residencia, todos ellos lucharían por llevarla a su terreno, estaba seguro. Había visto su deseo en sus miradas.

Sentí su cuerpo temblar bajo mi mano, y entonces noté la piel de gallina de sus brazos.

—Tienes frío. —No esperé respuesta, me quité la chaqueta y la pasé por sus hombros. Sí, el clima de Miami era cálido, pero a esas horas de la noche empezaba a refrescar. Hacer la fiesta en el exterior podía darle más brillo al acontecimiento, pero cuando perdías el calor de la multitud, el frío aparecía sin remedio. Sobre todo, con aquella falta de tela en su espalda.

—Gracias.

—Se ha hecho tarde. Será mejor que te acompañe a tu coche.

—Oh, pensé que sería difícil aparcar, así que vine en taxi.

—¿Dejaste tu coche en el hospital?

—Sí. No pasa nada. Mañana... —miró su reloj para comprobar la hora
—bueno, hoy entro a las 5 de la tarde, puedo tomar un taxi.

—No, yo te llevo.

—No esperaba menos de ti. —me sonrió al decirlo.

—¿Insinúas que soy predecible?

—No, afirmo que tienes los modales de un caballero.

—No soy ningún caballero, te lo aseguro. Pero si soy un buen hijo, y mi madre me enseñó a respetar y ser considerado con las mujeres.

—Tu madre estaría orgullosa de ti.

—Eso me gusta pensar. —La llevé a mi coche, y la ayudé a atarse el cinturón. Percibí el gesto de dolor que se le escapó cuando acomodó los pies. Sí, recordaba aquellos zapatos. Eran sexys como el infierno, pero eran una tortura para ella. Así que me incliné sobre su regazo, y la tomé uno de los tobillos.

—¿Qué... qué estás haciendo? —Quitó el zapato y masajé la palma con cuidado. Escuché su gemido de placer casi de inmediato. Me gustaba quitar de en medio a la chica correcta, y sacar a la superficie a la persona espontánea, sin censura.

—¡Dios!, sigue, por favor. —Contuve una risita y tomé el otro pie, dándole las mismas atenciones y mimos.

—¿Mejor? —pregunté.

—Ahhhh, sí. Dime que sabes cocinar, y te contrato.

—Umm, de cocinar, solo se hervir pasta. Pero puedo planchar cualquier cosa, soy un maestro con la plancha.

—Vaya, eso es inusual.

—Tuve que aprender. La presencia en mi trabajo es muy importante, y al principio no tenía ni madre a quién recurrir, ni dinero para pagar a alguien que lo hiciera por mí. —reconocí.

—Así que aprendiste tu solo.

—Tía Sofía me dio mis primeras clases, después la práctica me convirtió en un maestro.

—Vaya, tengo delante de mí al Da Vincci de la plancha.

—Ese soy yo.

—Ganarías más si además fueras modesto.

—Eso no puedo serlo, soy italiano. Si algo hacemos bien, es presumir de lo que se nos da hacer bien.

—No creo que eso tenga nada que ver con ser italiano.

—Bueno, en mi familia lo es. —me defendí.

—Pues, no recuerdo que Tonny sea así de presumido.

—Ah, Pero es que Tonny solo sabe hacer dos cosas realmente bien. La primera es ser bombero, y cree que con decir que “es bombero de rescate” ya no tiene que explicar más.

—¿Y la otra?

—Bueno, la otra es encontrar a la chica perfecta. Y de eso sí que no para de presumir. No puedes tener una conversación con él, sin que saque a relucir a María.

—Eso es porque está enamorado. —Susan dejó la mirada perdida de forma soñadora.

—Hasta la punta del flequillo, sí señor.

Aparqué delante de su edificio, y salí para abrirle la puerta. Ya que creía que era un caballero, tenía que seguir en ese papel. Me incliné en el asiento, para ayudarla a ponerse de nuevo los zapatos. Sé que no estoy tan “cachas” como Tonny, pero me hubiese gustado llevarla en brazos hasta su casa. Aunque, eso era imposible. Si la tocaba de esa manera, seguramente no podría parar. Había deseado acariciar esa espalda toda la noche. Había percibido su perfume, pero me moría por meter la nariz en su cuello, y emborracharme con él. Así que sólo tomé su mano, y la ayudé a salir del coche. No podía sostenerla contra mí, aferrándole la cintura como quería, porque de hacerlo, no pasaríamos del ascensor. Y no podía hacerla eso. Después de 4 días de turnos de 12 horas, y la agotadora noche de hoy, no podía llevarla donde quería. Tenía que descansar, porque necesitaba cargar sus pilas para afrontar el turno de 48 horas que empezaría en unas horas. De ser otra chica, la habría dado la mejor noche de su vida, y me hubiese largado satisfecho y sin remordimientos. Pero con Susan no podía. ¡Mierda!, ¿desde cuándo tenía que preocuparme así por una chica? Pues desde que te has dado cuenta de que Susan puede ser “ELLA”.

Capítulo 19

No podía sacar el recuerdo de Marco de mi cabeza. Las imágenes de la otra noche se mezclaban en mi cabeza, dejando poco espacio para la revista

que ojeaba, mientras tomaba mi café. ¿Por qué se metía así en mis pensamientos?, porque me había dejado pasmada. No había otra explicación.

Aún podía sentir el peso de su cuerpo, mientras me acorralaba frente a mi puerta. Sus largos dedos deslizándose entre las solapas de su chaqueta, evitando tocar mi piel deliberadamente. Sólo su frente estaba tocándome, pero estaba el pelo en medio. Sus ojos miraban mi boca con deseo, mientras su boca entreabierta respiraba pesadamente sobre mí. Me moría por besarle, y aun así, él no hizo ningún movimiento por ese camino. Sentí su rodilla presionando entre mis piernas, intentando hacerse un hueco. Sus ojos se cerraron un instante, y se inclinó hasta meter su nariz en mi cuello. Inspiró con fuerza, y juraría que sentí el leve toque de la punta de su lengua. Un ligero roce, una media insinuación de que había estado allí, y después soltó un pesado suspiro y se apartó. Dio un paso atrás, y enderezó su postura.

—Esta noche no. —decretó.

—¿No? —casi lloriqueé.

—No soy ningún tonto, y suelo aprovechar todas y cada una de las ocasiones que tengo a mi alcance. Pero esta noche no voy a hacerlo, porque no sería justo.

—¿Justo? —aquella palabra me desconcertó. Se volvió a inclinar sobre mí, tan cerca, que pude ver las pequeñas motitas doradas escondidas entre el verde de sus ojos.

—Estás tan cansada ahora, que estás luchando por mantenerte despierta y en posición vertical.

—Yo...—intenté protestar.

—Ssshhhh. —puso su índice sobre mis labios. —Cuando te tome otra vez, ambos acabaremos exhaustos, saciados y satisfechos. Y hoy, no estás en condiciones de darme lo que estoy deseando tomar de ti. —Posó sus labios sobre los míos antes de que contestara. Fueron unos largos segundos, pero no hubo ningún intento de buscar nada más. Aun así, note un deseo contenido que me deshizo por dentro.

Me quedé allí quieta, sostenida por mi puerta. No me di cuenta de que aún llevaba puesta su chaqueta, hasta que ya hacía rato que había desaparecido. Pero lo difícil fue conseguir mover mi aturdido, gelatinoso y ardiente cuerpo de nuevo. Aquellas palabras, me habían puesto más alerta que un barril de café. Lo necesitaba, vaya que si lo necesitaba, y él me había dejado allí, sola y sin posibilidad de protesta.

Cuando me quité la ropa, caí en la cama como una piedra. Estaba derrotada, y más que por el cansancio del trabajo, era culpa del maldito pico de intensidad que había vivido frente a mi puerta.

Soy inteligente, aquellas palabras solo me advertían de que habría más, que aquella relación de amigos con derecho a roce seguía vigente. Pero maldita la gracia que me hacía que me pusiera la miel en los labios, y después me dejara seca y vacía de él. Y eso me asustaba. Este cuerpo traidor mío sólo lo había probado una vez, pero ya se había vuelto totalmente dependiente. Así que sólo tenía dos opciones, o continuar hasta que me saturara de él, o hasta que él se cansara de mí. Lo único que tenía claro es que iba a conseguir tanto como estuviese dispuesto a darme. Cuando todo terminara, ya tendría tiempo de lamentarme y llorar. Por ahora, tenía el presente. Ya curaría mis heridas cuando llegaran.

—Doctora Lettuce, tiene una visita. —Levanté la vista hacia la auxiliar que estaba parada junto a mí. ¿Una visita un domingo a medio día?, ¿sería Marco?

—¿Quién es y dónde está?

—En el Hall de entrada. Dijeron que eran sus padres, y había una mujer joven con ellos. —aquella pista necesitaba ampliarla.

—¿Una rubia y estilosa?

—Sí.

—Bien. Díganles que enseguida voy para allá.

Genial, lo que me faltaba. Aún me quedaban 5 horas para terminar mi extenuante guardia de 48 horas, y encima me tocaba pelear con mis padres y mi hermana. Dejé la revista, regresé junto a la enfermera jefe, eché un último vistazo a mis pequeños pacientes en la UCI pediátrica, y dejé aviso que me avisaran al móvil.

Parada frente a la puerta del ascensor, respiré pausada y profundamente, al tiempo que me estiraba tanto como podía. Era una estupidez perder la calma antes de entrar al campo de batalla.

Capítulo 20

Tonny

Me daba igual que hubiésemos estado toda la mañana metidos en la cama, despedirme de María siempre era frustrante. Sólo saber que volvería a recogerla dentro de unas horas, era lo que me hacía seguir contento. Aun así,

la estaba estrujando como si pudiese sacarle el jugo de dentro, para bebérmelo después.

—Vendré a recogerte cuando termines. —le dije.

—Lo sé. —me respondió.

—Y habré doblado y guardado la ropa limpia. —sabía que eso la engatusaría.

—Bien.

—Y te prepararé un baño caliente. —y con eso conseguiría puntos extra.

—Bien.

—Y te daré un masaje en los pies. —ya la tenía en el bote.

—Bien.

—Y después te secaré, cepillaré tu pelo, y te llevaré a la cama para hacerte el amor hasta quedar satisfechos. —y tendría mi premio.

—Bien.

—Y luego me acurrucaré a tu lado para dormir hasta que llegue la hora de levantarse. —y ese era mi bonus.

—Si además me prometes limpiar la cocina, antes de que llegue, me harás la mujer más feliz de Miami.

—Cuando acabe contigo, vas a ser la mujer más feliz de todo el hemisferio norte. —La di el primer adelanto en forma de beso, lento y profundo. Y después de soltarla, la vi desaparecer por el ascensor.

—Vaya, no sabía que además ofrecías servicios de sexy asistente del hogar.

—¿Eh? —Me giré para encontrar a una rubia de ropa cara, que me miraba como si fuera una salchicha y ella un sabueso hambriento. Antes de poder decir nada más, su mano estaba apretando mi trasero de forma absolutamente descarada y sexual. —¡Oiga!, ¿qué está haciendo?

—Quitarme las ganas de encima. Me moría por comprobar la dureza de ese culo. Te sientan muy bien los jeans desgastados y camiseta. Así vestido, tus músculos destacan mucho más. La chaqueta formal no te hace justicia.

—Pero, ¿de qué está hablando?

—No te hagas el tonto, ya sé a qué te dedicas. ¿Cuánto me cobrarías por uno rápido en el aseo de señoras?, y no te hagas el ingenuo, ambos sabemos que está en el menú. —Aquella mujer tenía unas manos muy rápidas y era demasiado descarada para mi gusto. ¿Pues no estaba insinuando que quería que folláramos en el baño?, qué digo insinuando, me lo estaba pidiendo directamente.

—Yo que tú le quitaba las manos de encima a mi hermano. —Por fin, una voz que salía en mi defensa. Al menos la mujer se había paralizado

cuando se volvió a ver quién la increpaba.

—Si mi cuñada te ve, te arrancaría las uñas de las manos, una a una. — sí, mi chica era buena como ninguna, pero era de las que sabía defender lo suyo.

—¿Marco? —preguntó sorprendida la rubia. Seguro que ella conocía a Marco, pero no sabía que tenía un hermano gemelo.

—Yo mismo. —confirmó él.

—Oh, yo creía...—la pobre no paraba de mirarnos a ambos.

—Sophí, creo que ya no hace falta que te presente a mi hermano Tonny. —Había una pareja parada al lado de Marco, y por su expresión pálida, yo diría que habían presenciado la forma tan peculiar en que Sophí me había abordado.

—Eh, yo...—balbuceó.

—Señor y señora Lettuce, este es mi hermano gemelo, Tonny. —me presentó Marco. Después de estrechar su mano, y de alejarme de la tal Sophí, puse todo el interés en saber de qué se conocían.

—Tonny, estos son los padres y la prima de Susan.

—Ah, encantados de conocerles.

—Así que... su mujer también trabaja aquí. —quiso saber la madre de Susan.

—Prometida, todavía, aunque pronto será mi mujer, y sí, trabaja aquí.

—Ah, ¿supongo que fue así como os conocisteis mi hija y tú? —preguntó su padre.

—En ese mismo hall de aquí al lado, sí. —confirmó Marco. Al mirar hacia atrás, nos encontramos con la expresión confusa de Susan. Vaya, no creo que aquella fuera la mejor manera de encontrarnos con su familia. Pero, ¡eh!, soy un profesional de todo esto, conocía el asunto de cabo a rabo, así que me mantuve en mi papel.

—Hola, Susan. Mira a quién nos hemos encontrado. —dijo Marco.

—Papá, mamá, Sophí. Veo que ya conocéis a Tonny. —He de apreciar que Marco me da mil vueltas en estas cosas de la socialización. No solo había sido todo diplomático al presentarnos formalmente, sino que ahora, iba y se acercaba a Susan, le daba un suave y rápido beso de saludo en los labios, y se quedaba a su lado como si fuese de lo más normal.

—Sí. Hemos venido a traer a María para su turno de la tarde, y yo he aprovechado para que me acercaran a verte. —detalló Marco.

—Nosotros tratamos de contactar contigo durante todo el día, pero al no conseguirlo, supusimos que estarías aquí. —aclaró su padre.

—Sí, tengo guardias de 48 horas, los fines de semana. Acabo hoy domingo a las 5. —explicó Susan.

—No tienes mucho tiempo. Tendríamos que haberte llamado antes. —advirtió su madre.

—Ya os lo dije. —sentenció Susan.

—Sí, tienes razón. —convino su padre.

—Pensaba recogerte después y llevarte a tomar una cena temprana. ¿Qué te parece si llamo para decir que somos 3 más? —se ofreció Marco.

—Oh, bueno... —empezó a sopesar Susan.

—Eso suena estupendo, ¿verdad querido? —dijo su madre.

—Sí, eso sería maravilloso. —se unió su padre.

—Pues entonces no hay más que hablar, nos vemos aquí a las 5. —decretó Marco. El móvil de Susan comenzó a sonar, y por arte de magia, el grupo empezó a deshacerse. Al final, solo quedábamos Marco y yo.

—Así que esos son sus padres. —afirmé.

—Sí. —corroboró Marco.

—Parecen algo estirados. —di mi opinión.

—Ellos no son el problema. —se quejó mi hermano.

—Sí, puedo imaginar cual es. —Estaba bastante claro, allí el problema era la prima manos largas. Entre mi familia y la de María, había personajes bastante raros, pero ninguno con el potencial peligro de esa mujer.

Capítulo 21

Mi trabajo no siempre es fácil, que es la mayoría de las veces. Pero que encima venga un “gilipollas” (yo no suelo decir muchos tacos, pero es que este tipo los merece todos), y te toque las narices, en un campo que no es el suyo, basta para convertir lo difícil en exasperante. Vale que Williams perteneciera al departamento de oncología infantil, pero de ahí, a meterse en mi “nido”, como llamaba a la zona de incubadoras, y criticase mi trabajo, cuando él no tiene la más remota idea del historial de mis pacientes, es pasarse de la raya. Menos mal que mi equipo sabe que allí la que manda soy yo, y no ese (repito) “gilipollas”. Sé que quiere hacerse un nombre en el hospital, ganar terreno, pero aprovechar que el doctor Lewis no está, para apartarme a empujones, es algo que no voy a permitir. Lo mío no es por

orgullo, prestigio o puntos, yo lo hago por mis pacientes. Bastante tienen con lo suyo, como para que encima venga un cretino resabido a hacérselo pasar mal. No es él el que sufre, son mis niños, y eso no lo voy a consentir, ni ahora, ni nunca. Así que llegué, le puse en su sitio, se enfurruñó, y salió echando humo por sus relimpias orejas. Cuando pasé el cuidado de mis pacientes a mi relevo, estaba más tranquila, pero al pensar en lo que me esperaba, decidí soltar un poco de tensión bajando las escaleras hasta la salida.

Había bajado un par de pisos, cuando escuche un casi imperceptible sorber de... ¿mocos? Me deslicé con un poco más de sigilo, y estiré el cuello para ver de dónde venían esos ruidos. No era difícil de encontrar. Sentada a un lado de la escalera, había una enfermera. Parecía joven, aunque hasta que no viera su cara, no podría asegurarlo.

—Hola, ¿estás bien? —Ella levantó la cabeza hacia mí, e intentó sonreír mientras retiraba algunas lágrimas de sus mejillas con la mano. —Qué tonterías pregunto, está claro que no estás bien. —Me senté a su lado y saqué unos pañuelos de papel de mi bolso para ofrecérselos. Estaba segura que no me había reconocido como una de “los médicos”, ventajas de ir vestida con ropa normal y de ser joven. —Soy Susan.

—Angie. —se presentó.

—Sabes, las penas se hacen más pequeñas cuando las compartes. —Tenía una sonrisa bonita, y pareció relajarse un poco.

—No siempre es fácil mantenerte al margen. Cuando pierdes a uno, un trocito de ti se rompe. —Miré hacia a nuestras espaldas y no tuve que preguntar más. La puerta detrás de nosotras pertenecía a la planta de oncología.

—¿Sabes lo que hago yo?, pienso en los que sí han salido. Me obligo a recordar, que, si están aquí, es porque tienen muchas posibilidades de morir. Nosotros solo podemos hacer dos cosas, luchar con ellos y hacer que su paso por aquí sea menos duro.

—Sí. Yo no es que pueda hacer mucho, solo hacer que se sientan más cómodos. —Miré su identificación y comprendí. Ella no era una enfermera, era una sencilla auxiliar. Menos importante médicamente hablando, pero necesarias igualmente.

—Todos tenemos un trabajo que hacer, y todos son importantes a su manera. No te hagas de menos por ello.

—Sí, eso díselo al novio de Barbie. —¿Novio de Barbie?, ah, Kenneth. Sabía que las enfermeras lo llamaban Ken, por la abreviatura de su nombre y porque era un rubio de ojos azules, y que siempre iba impoluto. Sí, el novio de Barbie. Le iba como anillo al dedo —No tengo nada en contra de los médicos, entiéndeme. Pero a veces, se piensan que son dioses del Olimpo caminando entre mortales.

—¿A veces?, yo diría que es una asignatura más del temario de un médico. —Ella soltó una carcajada sincera, y sentí que había hecho bien mi trabajo. Ahora se sentía mejor. Está científicamente demostrado, poner verde a la gente que se lo merece, aumenta el nivel de endorfinas. Potencian el bienestar y la relajación de quien critica.

—Bueno, tengo que entrar a la selva otra vez. Si Ken se da cuenta de que me he escapado, me pondrá a limpiar otra vez el cuarto de médicos. —Estaba segura de que esa no era la función de una auxiliar, de eso se encargaba el servicio de limpieza del hospital. Tendría que ponerle un par de cosas claras a ese Ken. ¡Vaya!, que rápido se me ha pegado el apodo del cretino ese.

—Yo también tengo que irme, me están esperando. —me puse en pie.

—¿Un chico guapo?

—Yo diría que sí. —muy guapo.

—Entonces vete, date prisa. A esos no hay que hacerlos esperar, que por aquí hay mucha mujer desesperada.

—Te haré caso. Bueno, si volvemos a vernos, ¿te apetecería tomar un café? —le ofrecí.

—Cuenta con ello.

—Bueno, pues nos vemos entonces. —me despedí.

—Nos vemos. —Continué bajando las escaleras, pero esta vez, tenía una pequeña sonrisa en la cara. Me gusta aliviar el dolor de los demás, es mi naturaleza, y me hace sentir mejor.

Capítulo 22

Marco

—Siento no poder llevarles, pero sólo dispongo de 4 plazas. Es lo que tienen los deportivos. —Podía ver los ojos del padre de Susan brillando como los de un adolescente. Sí, sabía que el BMW i8 tenía ese efecto. Y si luego

les decías que era un híbrido eléctrico y gasolina, todavía flipaban más. Tenía que reconocer que tener un deportivo blanco con ese aspecto, era una delicia.

—No te preocupes, tengo la dirección que me has dado. Llegaremos sin problema. ¿Y dices que este es tuyo? —quiso saber.

—Es el coche de empresa. —indicué.

—¿Coche de empresa?

—Sí, ya sabe. Lo tendré una temporada, tal vez un año, hasta que venga algún otro modelo que la marca quiera promocionar y tendré que cambiarlo. Por ejemplo, antes tenía un X4, pero estaba claro que esa línea de mercado no da muchos beneficios en EEUU. Les sugerí que se decantaran por modelos algo más deportivos, y me han mandado esto. —señalé el coche.

—Es precioso. —casi estaba babeando sobre el capó.

—Pues no ha visto el interior. —le piqué.

—¿Puedo? —preguntó como un niño.

—Por supuesto. —le concedí. Accioné el mando de apertura, y alcé la puerta de gaviota hacia arriba. El hombre ya acababa de caer, lo sabía, y eso que no había metido la cabeza dentro.

—Tome asiento, señor Lettuce. Ponerse detrás del volante es toda una experiencia. —Lo sé, estaba sacando mi faceta de vendedor con él, pero es que no podía resistirme.

—Oh, llámame Stuart. Señor Lettuce es demasiado formal. —Bien, lo tenía. Ese hombre ya era mío. El suegro me adoraba, ahora tenía que ganarme a mi suegra. ¡Joder!, para Marco, vas demasiado rápido. Sólo estas intentando tener algo más serio con Susan, no hagas planes de boda. Bueno, soy un chico práctico. Si quedo bien ahora, y la cosa se pone más intensa, ya tengo esa parte del trabajo hecha.

—Un deportivo ecológico, quien lo iba a decir, ¿verdad? —ese era el golpe final.

—¿Ecológico? —preguntó su mujer.

—Es un híbrido, mitad eléctrico, mitad gasolina. Hay que cuidar el medio ambiente. —La señora Lettuce empezó a mirar el coche de otra manera, como si aquella información fuera lo más importante. ¿Estaría en alguno de esos comités de salvemos el planeta, pero con estilo y sofisticación?, claro. Solo me faltaba comentar que traía un juego de maletas Louis Vuitton, y tendría a la prima víbora babeando. Bueno, esa imagen no me gustaba. La prima víbora que se fuera a la mierda. Por alguna razón, no

me parecía importante impresionarla. Ahora bien, darle una buena sacudida y bajarla, o mejor tirarla, de su pedestal... sonaba aún mejor.

—¿Y cuánto dices que vale? —preguntó mi suegr... el padre de Susan.

—136. —Stuart abrió los ojos aún más que su mujer.

—¿136 mil?

—Ahá. —confirmé sin darle importancia.

—Y tú cuanto te llevas por venderlo.

—Bueno, alrededor del 3.5%, he tenido que bajar mi comisión, que está en el 4%, en este caso. —informé.

—Esos son... —empezó a calcular el hombre.

—Sobre unos 4.700 dólares. —me adelanté.

—¡Vaya!, si vendes uno al mes... —volvió a intentar calcular.

—Eso sería estupendo, pero de momento estoy empezando con este modelo. Mi meta es vender de 5 a 8 este año. Si lo consigo, tendré una bonificación.

—¿A sí, de cuánto? —quiso saber.

—Siempre hablando de dinero, papá. —llegó Susan en ese momento para entrometerse en nuestra charla.

—Ah, hola cariño. —saludó su padre, pero sin apartar demasiado los ojos del coche.

—Has cambiado de coche, me ha costado encontraros. —informó Susan.

—Sí, lo recogí el viernes, olvidé comentártelo. Bueno, ¿nos vamos?

—Tengo que pasar por casa para cambiarme, voy algo informal para una cena. —intentó escudarse por su sencillo aspecto.

—Vas perfecta. —Tenía que darle algo de seguridad, así que me incliné y la besé con rapidez. Me estaba acostumbrando a esto de los besitos rápidos. Susan llevaba un par de jeans ajustados de color negro, y una blusa sin mangas de color perla. Estaba perfecta para ir a cenar fuera donde quería llevarla. Miré sus pies y sonreí, no, no había tacones allí, solo unas sencillas y cómodas bailarinas. La tomé de la mano y abrí la puerta para ella.

—Bueno, nos vemos allí en unos minutos. —les indiqué al resto.

—Claro. —convino su padre. Arranqué el coche, y lo hice rodar despacio hasta la salida.

—¿Qué le has hecho a mi padre? —quiso saber Susan.

—¿A tu padre?

—Sí, está sonriendo. —aclaró ella.

—Ah, eso. Le he dejado montar en mi coche nuevo, nada más. —le quité importancia.

—Eres un tramposo, y lo sabes. —me acusó ella.

—Pero te encanta, ¿a que sí? —soy un poquito malo, lo sé. Verla sonreír hacía que mi niño interior diera saltos de alegría.

Les llevé a cenar a un pequeño restaurante cerca de la costa. Era un lugar frecuentado por pescadores, nada ostentoso ni refinado, pero la materia prima era de excelente calidad. Al final, todos estaban encantados con la comida y el servicio. Todos salvo la rubia toca pelotas de la prima. ¿Se podía ser más... repulsiva?, no hay palabras para describirla. Son de esas que cuando las cosas no son como les gusta, se ponen insoportables. Normal que se esté divorciando, no hay ser humano que aguante eso sin acabar neurótico. La que estaba en el cielo era la madre de Susan. Parecía que, por fin, su no tan agraciada hija, había conseguido un buen partido (lo sé, me estoy vendiendo caro, pero es verdad, lo soy).

Capítulo 23

El aseo de señoras es el mejor lugar para conversar de forma privada, o al menos, eso pensó mi madre.

—Es un chico muy agradable cariño, nada que ver con...—mamá pareció darse cuenta de que no debía continuar.

—¿Con? —quise saber.

—No, nada, nada. Una idea tonta que tenía tu prima Sophí. —intentó quitarle importancia mamá.

—No me digas más. No sé cómo os creéis todo lo que sale de esa boca sucia. —la acusé.

—Está pasando un mal momento cariño, por el divorcio, ya sabes. —intentó justificarla mi madre.

—Eso no la da derecho a meterse en la vida de los demás, e intentar destrozarla. —arremetí.

—No, tienes razón. —convino conmigo.

—Cambiemos de tema, ¿Qué tal la luna de miel de Eloisse? —No es que me interesara mucho como se lo estaba pasando mi hermana en su viaje de bodas, pero era mejor que seguir inflando mi mal humor hablando de Sophí. ¿Se podía uno divorciar de la familia?, ojalá.

La puerta del aseo de señoras se abrió, y un rostro familiar y avinagrado entró.

—Seguro que estabais hablando de mí. —Tuve que poner los ojos en blanco. Ahí estaba Sophí, siendo de nuevo el ombligo del mundo.

—El mundo no gira en torno a ti, Sophí. Tendrás que asumirlo algún día.

—Hay algo turbio ahí, y voy a averiguarlo, Su. —amenazó.

—Piensa lo que quieras, vas a hacerlo de todas maneras.

—Sophí, será mejor que dejes a mi hija en paz. Ya basta. —salió en mi defensa mi madre.

—Tú también lo piensas. Si no ¿por qué habéis venido a verla? —la acusó mi prima. Hora de que soltara todo lo que no me había atrevido a decir hasta el momento.

—Yo te lo diré. Porque eres una pesada que marea a la gente hasta conseguir lo que quiere. Y no has venido hasta aquí porque te preocupes por mí. Has venido porque no puedes soportar, que un hombre como Marco esté conmigo. Confiésalo, te corroe la envidia. No eres capaz de asumir que yo sea más lista, más guapa y que los hombres que valen la pena se fijen en mí. —eso la dolió, porque como un gato furioso, se revolvió contra mí.

—¡Mírate!, eres una mujer de segunda, no puedes competir conmigo. Es imposible que Marco esté contigo voluntariamente.

—¡Sophí! —la recriminó mi madre.

—No mamá, déjala, por fin se ha quitado la máscara delante de ti. Lo que tu ensalzada sobrina no entiende, es que sólo sirve para quedar bien en las fotos. Dentro de 10 años, ella no será más que una caricatura de mujer, intentando no envejecer, porque se ha dado cuenta de que la apariencia es lo único que tiene, y si no quiere quedarse sola en la vida, si quiere mantener el nivel de vida que lleva, tendrá que venderse rápido a un viejo rico. Yo tendré un trabajo bien pagado y que me gusta, viviré bien sin tener que depender de nadie. Y lo mejor, habrá alguien a mi lado que me siga queriendo, porque se habrá enamorado de mí, no de una imagen que se deteriora como el retrato de Dorian Gray.

—¡Vete a la mierda! —Sophí se dio la vuelta y salió llorando del aseo. No fui tras ella, ni lo hizo mi madre. Ella porque sabía que debía quedarse con su hija. Yo porque sabía que Sophí encontraría un lugar donde nadie la viera en su momento bajo. Se recompondría, y volvería con nosotros,

mostrando una sonrisa falsa.

—Yo... lo siento. —intentó disculparse mi madre.

—No, mamá. Hacía tiempo que alguien tenía que decirle las cosas a la cara. Ninguno habéis tenido el valor de hacerlo, así que tenía que ser yo.

—Has... has cambiado, cariño. —sus ojos me miraban de una forma...diferente.

—¿Por qué antes era un perro que ni siquiera ladraba, y ahora muerdo? Puede ser. ¿por qué, no te gusta? —crucé mis brazos frente a mi pecho, afrontando su respuesta.

—Al contrario, cariño. Ahora tienes lo que te faltaba. —y eso me sorprendió.

—¿Lo que me faltaba? —¿Qué quería decir con eso?

—Sí, cariño. Siempre has sido lista, pero eras tan...vulnerable.

—¿Vulnerable?

—Sí, parecía como si te escondieses del mundo. Como si no acabaras de encajar. —ella decía vulnerable, aunque sabía que quería decir dócil, manejable, insegura.

—Eso era porque no encajaba, mamá. El mundo me quedaba grande.

—¿Y ahora, que ha cambiado?, ¿es ese chico?

—Tal vez, no le sé. —¿Qué la iba decir?, mamá, Marco me ha dado ese poquito de confianza que me faltaba. Antes hervía por dar un paso adelante cuando algo me molestaba, ahora lo daba con la seguridad de quién sabe qué puede hacerlo. Quizás funcione a base de estímulos, como los refuerzos positivos. La primera vez que planté cara a Sophí, Marco me dio la mejor recompensa de todas, uno de sus cautivadores besos.

—Bueno, si es así, cada vez me va gustando más este chico.

—No te encariñes con él, mamá. Puede que al final no me convenza y lo cambie. —por no decir que él me cambiara por un modelo mejor.

—Escojas a quién escojas, seguro que aciertas, estoy segura. —Aquellas palabras nunca esperaba oírlas de boca de mi madre, no dirigidas a mí, y eso me hizo crecer como 10 centímetros.

Capítulo 24

—Este no es el camino a mi casa. —le hice notar a Marco.

—Lo sé. —respondió sin inmutarse.

—Mañana madrugo. No puedo salir por ahí hasta tarde. —le reproché.

—Tengo tu horario, ¿recuerdas? —¿Qué se traía entre manos?

—¿Entonces?

—Lo que necesitas es relajarte y descansar.

—¿Y dónde me llevas voy a conseguirlo?

—Voy a asegurarme de ello. —lo decía con demasiada seguridad.

—Ah, ¿sí?

—No te quepa duda.

Llegamos a una zona residencial de clase media alta, muy alta. Los coches y las casas de la zona hablaban de abogados, médicos, banqueros... ¿qué demonios hacía allí un vendedor de coches? Sí, tenía buen sueldo, o eso decía, pero aun así...

—Sé lo que estás pensando. Mi hermano es un humilde bombero, yo un vendedor de coches... no encajo aquí precisamente.

—Bueno, supongo que puedes permitirte.

—Conseguí la casa de un prestamista, de esas empresas que se dedican a pagar las fianzas de libertad condicional de los tipos que encarcelan.

—¿Y cómo va a la cárcel alguien que puede permitirse una casa así?

—No pregunté mucho, pero parece ser que pertenecía a un banquero que hizo un desfalco o algo parecido. Cuando le pillaron, puso la casa como aval, y se lo aceptó un prestamista.

—¿No pudo recuperarla?

—El tipo vendió todo lo que pudo y huyó a Brasil.

—Sí que corrió.

—Yo hice una oferta por la casa al prestamista. Él consiguió recuperar su dinero, y yo conseguí una casa estupenda a precio de ganga. —El coche se detuvo delante de una casa enorme y moderna, rodeada de una buena extensión de árboles.

—¡Vaya! —dije sorprendida.

—Bonita, ¿verdad? —¿Bonita?, esa palabra se quedaba corta.

—Es... impresionante.

—Cuando la vi, me gustó. Pero lo que me decidió a comprarla, a parte del precio, claro, fue el garaje y la lavandería.

—¿El garaje? —La puerta empezó a elevarse, como si supiera que hablábamos de ella, mostrando el espacioso y casi vacío interior.

—Wow, es enorme.

—Cabían dos coches grandes y de forma muy holgada. —me señaló.

—¿Y la lavandería?, ¿las casas de este tipo tienen lavanderías dentro?

—Cuando lo veas, lo comprenderás. —Me tomó de la mano y me llevó hacia la puerta que comunicaba con el interior de la casa, mientras la puerta del garaje descendía rápidamente. Lo primero que vi fue una enorme isla central, y una suave iluminación que se filtraba bajo los armarios de la cocina. El frigorífico dominaba la estancia con su tamaño, pero no desentonaba. Todo allí eran electrodomésticos grandes, de acero y a todas luces caros, muy caros.

—La cocina está bien equipada. —apunté.

—Y nueva. Cuando la revisé, incluso quité los precintos internos de uno de los hornos. —Miré hacia el lugar que me señalaba, y vi una torre compuesta por dos hornos; ambos de tamaño pequeño, de una sola bandeja. —Sí, lo sé, el tipo era un extravagante. Según me explicaron, es una tendencia un poco... curiosa. Un horno es para la carne y el pescado, el otro para dulces, pan y pizzas. Algo de mezclar olores residuales y eso.

—Nunca había oído hablar de ello.

—Yo tampoco. Pero ya te dije que la cocina no es mi fuerte.

—Ah, ya, recuerdo, la plancha. —él me sonrió.

—Eso mismo. —Llegamos a un pequeño hall, desde el que subían unas escaleras a la parte superior. La puerta al otro lado estaba abierta, por lo que pude ver una chimenea. Supuse que sería el salón, y la verdad que se veía un poco desangelado.

—No tienes muebles. —observé.

—No hace mucho que me he mudado, y como te dije, el tipo lo vendió casi todo. —Caminamos hacia el mismo lado por el que vinimos, así que llegaríamos a la zona que quedaba sobre el garaje. Una única puerta comunicaba con una enorme sala con algunos aparatos de gimnasia, quizás un saco de boxeo, no podía estar segura, solo lo que me permitía ver la luz de la luna que entraba por las alargadas y estrechas ventanas que se deslizaban casi a la altura del techo. Mucha privacidad y gran claridad, seguro. Una luz se encendió a mi izquierda, y vi la puerta que Marco había abierto para mí.

—¿Qué demon... qué es esto?

—Lavadora, secadora, zona de planchado y... La otra cosa que me decantó por comprar esta casa. —Miré absorta aquellas tres máquinas. Parecían... parecían... no sé qué demonios eran, bueno, una parecía un armario pequeño.

—El armario es un secador. Tú cuelgas la ropa en una percha y “et voilà”, seca y planchadita sin casi esfuerzo. El que parece un maniquí, es para chaquetas, camisas y vestidos. La temperatura se controla con estos mandos de aquí. Tu metes los datos de la etiqueta de la prenda, y el programa escoge la temperatura, la humedad y todo eso. Y este otro es para los pantalones. Deja una raya perfecta.

—Esto es...—casi no podía hablar, estaba anonadada.

—Lo sé. El tipo era banquero, creo que la imagen era algo muy importante para él.

—¿Y sabes usar todo esto?

—Pues claro, aprender su manejo me llevó mis buenos dos días y muchas pruebas. Pero al final lo conseguí. Te dije que era un profesional.

—Y viendo esto, te creo. —además de que siempre iba hecho un pincel.

—Bueno, y ahora, a lo importante. —Él giró y me llevó fuera de allí, pero no muy lejos. Al otro lado del pasillo que comunicaba con las habitaciones de la planta superior. La primera puerta era la de un baño, las dos siguientes, una enfrente de la otra, eran dos habitaciones, completamente vacías y enormes. Y al final, entramos en una habitación descomunal, con una enorme cama y un bonito edredón blanco. Parecía un enorme copo de nieve esponjoso, sobre la cálida madera del brillante y desnudo suelo. A la derecha un par de puertas. Marco no se detuvo, y me llevó hasta una de ellas. Era un amplio baño de granito gris claro, salpicado de motitas blancas y negras. Elegante y refinado. —Quítate la ropa y date una ducha caliente. — Me señaló una cavidad protegida por media pared de granito y una mampara de cristal. Había visto duchas como aquella antes; efecto lluvia, prometían, y solo de pensar en esa sensación sobre mí piel me hizo gemir.

—Ummm, me muero por una ducha caliente.

—Otro día te prepararé un baño relajante, con aceites y sales. —me prometió —Pero hoy, estás tan cansada que te quedarías dormida en la bañera. Y eso no estaría bien.

—No, supongo que es peligroso quedarse dormido en la bañera.

—Peligroso puede ser. Pero yo me refería a que no entra en mis planes de esta noche.

—¡Planes!

—Relax y descanso, ¿recuerdas?

—Ah, sí. —Aparté la mirada de la enorme bañera junto al ventanal de

vidrio al ácido, y empecé a desnudarme. Al principio con dudas, pero más rápido al darme cuenta de que Marco me dejaba sola para que hiciera mi trabajo. No sé cuánto tiempo estuve debajo del agua, pero salí a regañadientes. Aquello era el paraíso. El agua salió a la temperatura perfecta, desde la primera gota, nada de esperar a que calentara. Cuando abrí la mampara, había un par de mullidas toallas negras sobre un pequeño taburete blanco. De mi ropa no había ni rastro. La sonrisa de Marco me esperaba bajo el marco de la puerta, donde su hombro estaba apoyado.

—¿Lista para relajarte?

—¿La ducha no era para eso? —Él se acercó a mí, y supe por su mirada que tenía algo más picante en su mente.

—Oh, no. La ducha era para desentumecer los músculos. Ahora te voy a llevar a la cama, voy a hacerte el amor con calma y a fondo, hasta que estés completamente relajada. Después me voy a abrazar a ti, y vamos a dormir hasta mañana por la mañana. Luego te haré el desayuno, y te llevaré a trabajar.

—Relax y descanso. ¿Lo tienes todo planificado?

—Yo funciono así. Me marco un objetivo, y no paró hasta conseguirlo.

—Entonces... vamos a por el relax.

—A sus órdenes. —Se inclinó y me tomó por debajo de las rodillas, alzándome casi sin esfuerzo. Después me llevó hasta la cama y me depositó con cuidado. Se quitó su ropa, trepó a mi lado y empezó a besarme.

—Eh, espera... tengo el pelo mojado.

—¡Mierda!, haces que no pueda esperar. Oh, da igual, lo secaremos después todo. —Y empezó su terapia de relax, del bueno.

Capítulo 25

Podría decir que me despertó algún tipo de ruido, pero no sería verdad. Era mi entrenado cuerpo, el que tenía programada su hora. Estiré los dedos para acariciar las suaves sábanas, y abrí los ojos. Sabía que aquella no era mi cama, sabía que aquel no era mi cuarto, y un hormigueo recorrió mi piel. Estiré mi mano hacia el otro lado de la cama, vacío. Giré la cabeza para confirmarlo, seguía vacío. No había señal de Marco. Me senté en el borde de la cama, y sentí el frío recorrer mi cuerpo. Casi lo olvidaba, estaba desnuda. Miré a mí alrededor, y encontré mi ropa perfectamente planchada, en una percha colgada del pomo de la puerta del armario. Me acerqué y deslicé los

dedos sobre mi blusa. Estaba limpia y sin arrugas, como recién salida de la tintorería. No me detuve mucho tiempo, la naturaleza me reclamaba. Después, me metí en la ducha y comencé a asearme con rapidez. Cuando me vestí, no pude evitar pensar en que Marco había lavado mis braguitas. Nadie lo había hecho antes, bueno, salvo la criada de mis padres, porque mi madre nunca lo hizo tampoco. Era algo tan... íntimo. Cuando terminé, salí del cuarto y me dirigí a la cocina. Podría ser que Marco estuviese allí. Pero antes de bajar, escuché un golpeteo que provenía del otro lado del pasillo, ah, el pequeño gimnasio. Caminé sin hacer ruido, aunque no creo que fuese necesario, primero porque no era una intrusa, y segundo, porque con el ruido, seguro que no me habría oído. La puerta estaba abierta, como pensaba, y al otro lado, un hombre vestido sólo con unos pantalones de deporte y calzado cómodo, golpeaba rítmicamente un gran saco colgado del techo: Marco.

Tenía que haber avisado de que estaba allí, pero no podía dejar de mirar hipnotizada aquella sudada y musculosa espalda. Todo él era un espécimen de primera categoría, y estaba claro que estaba en forma, muy en forma, eso ya lo sabía. Pero verle desplegar aquella fuerza, machacar el saco con violencia... vamos, que sacaban a la hembra en celo que había dentro de mí.

Marco se detuvo, agarró el saco para detenerlo, y se giró hacia mí.

—Ah, ya estás despierta. —dijo jadeando.

—Sí, el reloj biológico, ya sabes.

—Iba a darte un par de minutos más antes de hacerlo yo.

Estaba desabrochando los guantes protectores de sus puños, a medida que se acercaba a mí, parándose a mi lado. Iba a besarme, lo sabía, pero se detuvo en el último segundo, y se enderezó de nuevo.

—No, no puedo hacerlo. —Empezó a caminar deprisa hacia el cuarto mientras gritaba. —El café seguramente ya esté listo. Será mejor que desayunes mientras me quito todo este sudor de encima. —Observé ese redondo trasero desaparecer por la puerta del cuarto, y contuve un gemido. No, no me habría importado pringarme con aquel sudor.

Después de mi segundo café, que estaba de lujo, todo hay que decirlo, Marco apareció vestido con uno de esos trajes, que le hacían parecer un hombre anuncio de ropa de diseñador italiano. Esta vez no se detuvo, se inclinó, y tomó ese beso, y lo sumó a un buen “reconocimiento” táctil de mi persona.

—Ahora sí. Si lo hubiese hecho antes, habrías ido al trabajo oliendo

como un vestuario de chicos.

—Sólo como uno. Pero italiano. —puntualizó.

—Sí, sudor italiano. ¿Crees que notarían la diferencia?

—Yo lo sabría. —Me besó, otra vez, hasta que casi me dejó sin aire. ¿Esto se aprendía en el instituto, o venía impreso en el código genético italiano?

—Voy a llevarte al trabajo, ahora.

—Sí, ahora. —repetí sin mucha convicción.

—No me lo pongas más difícil.

—Yo no he hecho nada.

—No haces más que tentarme con esa boca resabida. —me acusó.

—¿Yo?

—Sí, tú. Eres la única persona que conozco, que me descoloca con cada réplica. —confesó.

—Lo siento.

—No, ni se te ocurra hacerlo. No te disculpes por algo que eres tú, y que es perfecto.

—Ummm ... ¿gracias?

—Mejor. Pero puedes superar eso. ¡Vamos!, saca esa frase que tienes aquí dentro.

—No me provoques tu a mí. —¿Dije yo eso?, ¿y mis dedos estaban apretando una de las nalgas de Marco, pegándolo más a mí? ¡Mierda!, sí, lo estaba haciendo. ¿Qué me estaba pasando?, yo no era así.

—Grrr, Santa Madonna. Vas a acabar conmigo. Si no sé por qué te provoco, luego tengo que morderme la boca para no comerte.

—Tenemos que irnos. Trabajo, ya. —apremié.

—Lo sé, lo sé. Déjame un minuto, sólo un minuto. —Dio un paso hacia atrás, con mi permiso, claro. Apartó la vista de mí, centrándola en algo muy interesante a la altura de sus zapatos, tomó aire profundamente un par de veces, y volvió a mirarme con esa bonita sonrisa.

—Vale, vámonos. —Me cogió de la mano, y salimos rumbo al hospital. Así sí que merecía la pena empezar un lunes por la mañana.

—Así que practicas boxeo. Sospechaba que hacías algo así para estar en forma.

—Tengo que mantener este cuerpo, así que corro 6 kilómetros cada día de lunes a viernes, y un par de días golpeo el saco.

—Buena rutina.

—Oh, no, lo de esta mañana fue un extra.

—¿Un extra?

—Digamos que esta mañana tenía mucha energía que... liberar. El saco fue la opción menos... mala.

—¿Menos mala?

—Créeme, tú no estás en condiciones de jugar conmigo. Y si lo hicieras, no estarías en condiciones de trabajar. —Sexo, estaba hablando de sexo mañanero.

—Oh, vaya, entiendo. Gracias por... pensar en mí.

—Sí, ese es el problema.

—Eres un chico malo. —le acusé divertida.

—No, malo no, pero me gusta jugar. —Cuando comencé a bajar del coche, aún estaba en esa nube de azúcar, después de uno de los besos de despedida de Marco, cuando su voz me hizo volverme de nuevo hacia él.

—Me gustaría volver a verte esta semana, aunque sé que con tu horario es imposible. Pero, ¿cenarías conmigo el domingo? Algo como lo de ayer, pero sin familia, claro.

—Me encantaría.

—Es una cita entonces.

—Si tú lo dices.

—Sí, lo sé. Esto es cualquier cosa menos normal. Primero conozco a tu familia, luego tenemos sexo, después te llevo a cenar... lo estoy haciendo todo al revés. —se acusó.

—No me estoy quejando. —intenté exculparle.

—Yo tampoco.

—Hasta el domingo entonces.

—Vendré a recogerte.

—Puedo ir yo a tu casa, si quieres.

—¿Y saltarnos la cena? Eso tiene muchas posibilidades, me gusta. —hizo ese gesto travieso.

—O podríamos pedir algo de comida para llevar.

—Si prometes pasar la noche conmigo, puedes elegir lo que quieras. Pero estarás tan cansada, que prefiero conducir para ti.

—Lo tendré en cuenta.

—Si no me llamas, vendré a buscarte.

—Lo sé. —Le dejé sentado allí, con aquella pícara sonrisa en la cara. Bueno, ¿no era eso una buena motivación para que llegara el fin de semana?

Capítulo 26

6 minutos, 6 puñeteros minutos era lo que había tardado el puñetero Ken en amargarme el café. Y eso que hoy ni si quiera lo había visto. Por eso iba hecha una furia de camino a la planta de oncología. ¿Pues no me había puesto de rata trepadora para arriba?, gilipollas. Menos mal que había gente en este hospital, que además de conocerme lo suficiente para saber que ese no era mi estilo, además eran amigos, o amiga en este caso. María fue la que me puso al corriente, del porqué de aquellas miradas extrañas de algunos compañeros.

—Mira. —Me tendió una revista de cotilleos sociales, y me señaló una foto con el dedo.

—Es el día que fui con Marco al evento para recoger fondos para la lucha contra el cáncer infantil.

—¿Y qué más ves? —Repasé con detenimiento la imagen, buscando aquello que a todas luces se me escapaba.

—A ver, estamos Marco y yo, el doctor Lewis, su esposa, El doctor Sommers, su mujer y su hijo, el doctor Newman, Margerite Stenson, y no recuerdo si ese era su sobrino o su nieto, Paul Hewit.

—Exacto. Pues aquí, nuestro querido Ken, va criticando por ahí, que la invitación para ese evento se la has robado. Era él el que tenía que estar allí.

—¡Yo no le he robado nada!, Marco me invitó. —me defendí.

—Ya, pero Ken no necesita la verdad para sacar sus propias conclusiones.

—Pues si quería estar allí, que hubiese conseguido una invitación. Le habría cedido encantada el puesto en la foto.

—Piensa, ¿qué crees que le ha cabreado de verdad?

María alzó una de sus cejas y me miró con la cabeza inclinada. Volví a mirar la foto, siguiendo el golpeteo de su dedo sobre el papel. Repasé de nuevo a las personas, y entonces lo vi. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

—Oh, mierda. Piensa que estoy buscando contactos para conseguir un buen puesto de trabajo. —deduje.

—Lo has clavado. —sentenció.

—Y si yo estuve allí, a lo mejor cree que quiero el puesto de oncólogo,

el suyo. —ese era el tema de la fiesta de recaudación, el cáncer.

—A veces la especialidad no es la misma que la del puesto en el que uno trabaja. Además, en tu sección, también tratáis niños con cáncer. Eres más lista y polivalente que él, y lo sabe.

—Se siente amenazado, por eso arremete contra mí.

—Ya sabes cómo es, encantador cuando quiere conseguir algo. —Sí, y un capullo integral cuando no. Pues esta vez se iba a enterar.

—¿A dónde vas? —preguntó María.

—A dejar un par de cosas claras. De todas formas, se me han quitado las ganas de café. —Me levanté, y salí de la cafetería con la cabeza bien alta.

Cuando llegué a la planta de oncología, fui derecha a la sala de médicos. Y como pensaba, allí estaba él, recostado contra un armario, observando embobado el culo de una enfermera mientras hacía algo allí abajo. La sonrisa maliciosa y lasciva no tenía otra interpretación, el cretino quería cepillarse a aquella pobre incauta.

—Tenemos que hablar, K ...Williams. —Él se giró hacia mí con cara, primero de sorprendido, y después de enfado. No sé si por haber sido interrumpido, porque era yo, o por todo el asunto del evento. La que creía que era una enfermera sacó la cabeza de dentro del armario y entonces la reconocí, era Angie.

—Oh, creo que será mejor que... termine en otro momento. —Tenía un trapo en las manos, y estaba claro que estaba limpiando.

—No, espera. —Me volví hacia Kenneth y le miré con toda la dureza que pude.

—Esta chica es una auxiliar, y su trabajo no es limpiar el cuarto de los médicos, de eso se encarga el equipo de limpieza. Si vuelvo a enterarme de que la obligas a realizar tareas que no le corresponden, me veré obligada a ponerlo en conocimiento de administración, y ya sabes que son muy cuadriculados con las tareas que le corresponde a cada uno. Y después se lo haré saber al sindicato, por si acaso piensas que puedes librarte de la reprimenda de administración. Bien, ya puedes irte. —Angie empezó a salir, pero no podía ocultar sus ojos sorprendidos, ni el rubor de su cara. Sí, siento que te enteraras así de que soy un médico, pero al menos he salido en tu defensa, eso me redime un poco ¿verdad? Bueno, ya se lo preguntaría en otra ocasión, ahora tenía otra batalla que librar.

—Escúchame, como médico no tolero que te inmiscuyas en como

desarrollo mi trabajo con mis pacientes, pero menos me gusta el que te metas en mi vida privada. No tienes ningún derecho a lanzar especulaciones, sobre lo que haga o deje de hacer fuera del horario laboral. Si no consigues un puesto de trabajo, será porque no tengas aptitudes para conseguirlo, no porque yo quiera robártelo con estrategias poco éticas.

—Ya, como que lo del evento benéfico fue solo por placer. Todos saben lo que fuiste a hacer allí. —casi escupió las palabras.

—El por qué fui allí no es de tu incumbencia. Si te repatea el hígado que yo estuviese, y tú no, pues habértelo currado un poco. Y madura. Puede que los trepas consigan buenos trabajos, pero es a los buenos profesionales a los que van a buscar los hospitales. Así que sé un buen profesional. —Me giré hacia la puerta, pero antes de irme, tenía algo que decir, así que me volví de nuevo hacia él. —Ah, y lo que tengas que decir de mí, hazlo a la cara. No me gusta que la gente me critique a mi espalda, porque cuando lo descubro, me cabreo, y cuando me cabreo me da por dar golpes. Y si tengo que golpear, te buscaré a ti. No me provoques, porque ahora sé dónde realmente te duele.

No quise seguir viendo aquella cara, así que salí disparada del cuarto de médicos. Sabía que Angie no estaría muy lejos, lo que no esperaba, es que todo el personal de enfermería estuviera allí plantado. No, no llegaron a aplaudir, sabían que una acción así traería represalias por parte de Williams, pero en sus caras estaba plasmada esa expresión de “Bien hecho. Ole tus pelotas. Se lo merecía ese cretino”. Sonreí e incliné la cabeza en señal de reconocimiento. No quise detenerme junto a Angie, debía evitar que Williams se cebara con ella, así que solo la miré, y la guiñé un ojo, ella dibujó un “gracias” con su boca, y me perdí dentro del ascensor. ¡Dios!, uno se sentía estupendamente después de soltar todo aquello, aunque ahora tenía el motor encendido, demasiada energía contenida que quería ser liberada. Tenía que hacer algo para deshacerme de ella, y una idea se apoderó de mi cabeza.

Capítulo 27

—Susan, ¿qué haces aquí? —Un sudoroso y jadeante Marco me abrió la puerta de su casa, y de no haberle visto de forma similar en otra ocasión (no estoy hablando de la cama), habría pensado que precisamente lo había sorprendido en medio de algo... interesante.

—Necesito que me prestes tu saco de golpear.

—¿Mi saco de boxeo?, eh, sí, claro. Sírvete. —Se retiró totalmente de la

puerta para dejarme pasar. Caminé por delante de él hacia el gimnasio, en el que sonaba una música machacona de ritmo fuerte.

—¿Y puedo preguntar, que te ha llevado un miércoles a necesitar usar mi saco de boxeo?

—Un gilipollas misógino, egocéntrico y que solo piensa con su pene. —no era de hablar de esa manera, pero estaba imparable.

—Wow, vaya. Menudo elemento.

—¿Esto cómo va? —estaba parada delante de ese sacó que pendía del techo.

—Acércate, te ayudaré. —No es que los leggins y una blusa fueran el mejor atuendo para hacer ese tipo de ejercicio, pero es que yo tampoco tenía pensado hacerlo cuando salí de casa. Solo quería golpear algo con todas mis fuerzas, y no tener que pagar después por los desperfectos. Mientras Marco buscaba un par de protecciones para mis manos, empecé a quitarme los zapatos como me pidió.

—Bien, ahora tienes que centrar tu atención en el saco. Cuando estés lista, golpea con fuerza.

Él se puso detrás, agarrando para mí. Mis primeros golpes fueron algo tímidos, pero después, incluso Marco tenía dificultades para mantener el saco quieto.

—Pues sí que necesitabas descargar energía. —Me tendió un botellín de agua fresca, y lo engullí con voracidad. ¡Dios, que bien sentaba eso! —Necesitamos una ducha. —observó.

—Sí, me voy corriendo a casa. Una ducha, cena rápida y a dormir, que mañana a las 6 menos cuarto tengo que estar arriba.

—Umm, tengo una oferta mejor. ¿Qué te parece un baño relajante con sales en mi enorme bañera de hidromasaje, mientras yo preparo algo para cenar? Y después nos metemos a la cama. Hei, no me mires así, voy a ser bueno, lo prometo. Nada de sexo.

—¿Sin sexo? —quise asegurarme.

—Lo prometo. —solo le faltó hacerse una cruz sobre el corazón.

—Eso sería perfecto, pero...—vacilé.

—¿Pero?

—¿Tú quién eres y que has hecho con Marco el insaciable semental italiano?

—¡Eh!, soy un tipo sensible. Sé que estás agotada, y que mañana

madrugas. La última vez sé que no fui nada considerado. —dijo arrepentido.

—Ummmm, si sigues diciendo cosas como esas, tendré que tatuarme tu nombre en el culo.

—Este culo es de Marco Di Ángello. No suena mal. —ladeó la cabeza al decirlo.

—Oh, calla. —y empecé a salir de la habitación, dejándole detrás.

—Es que me lo pones demasiado fácil.

—Quiero ese baño, ahora.

—A sus órdenes, majestad.

—No, sólo alteza.

—Ah, ahí está el lado femenino. Todas quieren ser princesa, ninguna reina. —él había pillado la diferencia. Era listo.

—Cuestión de arrugas, supongo.

—Vamos a por tu baño.

La verdad, Marco es un sol, sabe lo que tiene y como aprovecharlo. Y la casa es un filón de recursos. Su bañera con hidromasaje es enorme, caben dos personas perfectamente. ¿Qué cómo lo sé?, porque después de preparar las sales, con el agua muy caliente (como me gusta), y poner las burbujitas a trabajar, Marco desapareció con nuestra ropa (lo dicho, está en todo, seguro que volvía a lavarla y tenerla lista para mí para el día siguiente), después, apareció toooooo desnudo, y me pidió que le hiciera sitio. Se colocó a mi espalda, y estuvimos “burbujeando” durante un rato muy largo, todo abrazaditos y mimosos. Después, me pidió que no me moviera, y que siguiera relajada, mientras él se encargaba de la cena. Llegó 20 minutos después, con una toalla calentita y un albornoz para mí. Me llevó a la cocina, donde había preparado dos servicios en la barra de desayuno. Había una ensalada, de esas con trocitos de muchas cosas ricas, y brotes tiernos de muchos tipos. Había puesto unos filetes de pescado al horno, que ya estaban listos.

Para alguien que no sabía cocinar, aquello estaba muy bueno. Pero como él dijo, no hay nada más que sepa hacer, y decir que sabes preparar un plato, no significa que sepas cocinar.

Después, recogió todo, limpió (sin dejarme mover un dedo, porque soy su invitada) y me llevó al dormitorio. Me dio un cepillo de dientes nuevo, y cuando salí, tenía preparada una camiseta para mí para dormir. Me cambié mientras él se lavaba los dientes.

Cuando le vi llegar a la cama para meterse a mi lado, no pude evitar

babear con ese cuerpo tan... como se diga cuando ves a un tío casi desnudo y te entran ganas de comértelo sin pelar. Él dormía en bóxer, de esos que se pegan al culo como una segunda piel. Y como prometió, no hicimos nada sexual. Tan solo se colocó a mi espalda, me aferró contra su cuerpo caliente, me dio un beso en la mejilla, y me quedé dormida. Era perfecto.

Sabía que cuando todo terminara, iba a acabar destrozada. Pero alguien dijo “es mejor amar y haber perdido, que nunca haber amado”, y si lo unimos a eso de “que me quiten lo bailado” (me más o menos quiere decir “disfruta mientras puedas”) pues..., eso, a disfrutar, que ya tendría el resto de la vida para recordar.

Capítulo 28

Marco

El sol empezaba a salir tímidamente, pero su luz aún no era más que un reflejo rojizo en el horizonte. ¿Qué por qué lo sabía?, porque llevaba desde las 5 de la mañana despierto. Hoy el sol saldría a las 6 de la mañana, así que supongo que le faltarían algunos minutos para decir que ya empezaba su jornada laboral. ¿Tal vez las 6 menos 2 minutos? Susan ya se había levantado, se había duchado, y seguramente casi habría terminado de vestirse. Lo sabía porque hacía un rato que el agua había dejado de correr allí dentro. Como si pensar en ella fuera su señal para entrar en escena, Susan salió del baño. Caminaba por la habitación con el sigilo de un gato, seguramente porque no se había dado cuenta de que estaba despierto. Yo tampoco se lo hice notar. ¿Qué le iba a decir?, “Hola, no te preocupes por mí. Yo tendría que levantarme como dentro de una hora, pero no me importa estar despierto a estas horas”. Y le diría... “Oh, no me has despertado, es que no podía dormir, tenía algo girando en mi cabeza, y llevo un buen rato (casi toda la noche) dándole todavía más vueltas a como decírtelo”.

Susan se sentó al borde de la cama, y se dispuso a ponerse los zapatos. Era ahora o nunca. Apreté el metal en mi mano, donde ya había cogido mi temperatura (normal, llevaba apretándolo un par de horas), y me moví por la cama tan silenciosamente como lo hizo ella antes. Cuando estuve detrás de ella, decidí que tampoco quería asustarla y luego tener que perseguirla escaleras abajo. No era muy romántico.

—Buenos días, cariño.

Ella dio un pequeño respingo, seguramente por lo inesperado, pero enseguida se relajó. Lo noté cuando se recostó contra mi pecho. La abracé contra mí, con las piernas a sus lados, y mi barbilla sobre su hombro. Estaba fresquita, muy agradable.

—Siento haberte despertado.

—No fuiste tú. ¿Cómo lo llamaste, reloj biológico? Mi hora de correr es en unos minutos, así que mi cuerpo se ha despertado solito. —la disculpé.

—¿Corres tan temprano?

—Una hora todos los días, ya te lo dije.

—Sí. Pero, aun así, me parece demasiado pronto para ponerse a correr.

—Es lo mejor para ir al trabajo con las pilas a tope. —al menos a mí me funcionaba.

—Si tú lo dices...—ella se encogió de hombros, no iba a cuestionarme.

—Eh, quiero.... Quiero que te lleves esto. —Puse en su mano un juego de llaves de casa, y esperé su reacción.

—¿Llaves? —preguntó sorprendida.

—Quiero que vengas aquí cada vez que quieras, cada vez que lo necesites. —expliqué.

—Para un ...—quiso que yo terminase la frase por ella.

—Que quieres zurrarle a mi saco de boxeo, te vienes. Que quieres que te mime un italiano sexy, te vienes. Que quieres cenar y charlar sobre tu día, te vienes. Que quieres tener una maratón de sexo, te vienes aún más rápido. —Soltó una carcajada y se giró completamente hacia mí. Sus brazos se enredaron en mi cuello, y sus dedos movieron mi pelo para apartarlo de mis ojos. No parecía haber ido mal, ¿verdad?

—Eres único. ¿Qué voy a hacer contigo? —sus ojos me estudiaban como si estuviese viendo algo efímero y precioso.

—¿Sexo de agradecimiento? No, lo sé, ahora no, tienes que ir a trabajar. Y esta noche tengo cena familiar. Ah, pero mañana, sí, mañana será mi día. —lo sé, lo sé. Soy bueno rompiendo momentos especiales, para convertirlos en vulgares.

—Entro a trabajar a las 5, ¿recuerdas? Maratón de fin de semana. —me recordó.

—Soy el jefe, puedo salir a almorzar un par de horitas a medio día, y nadie me va a decir nada. —sugerí.

—¿Quieres que te espere aquí? —había pillado totalmente la idea.

—Tú sí que sabes trazar un plan. —el lugar me parecía estupendo. La besé, y bien. Pero poco. Sé que algún día podré besarla y separarme de esa boca con facilidad, pero no iba a ser hoy, ni mañana, ni pasado, ni el otro....

—Si son tres horas tampoco pasará nada. —pensé en voz alta.

—Eres malo.

—Lo intento. —Cuando la vi desaparecer detrás de la puerta principal, dejé escapar un gemido profundo. Tenía que descargar toda esa frustración sexual, así que me puse mis zapatillas de correr, y me preparé para una carrera larga, muy larga.

Estaba sentado en el trabajo, cuando recibí una llamada que no esperaba, al fin y al cabo, iba a verlo dentro de unas horas. Lo que fuera tan importante podría esperar un poco para decírmelo, ¿verdad?

—¿Papá?

—Hola, Marco.

—¿Sucede algo? —Escuché como soltaba el aire y mi sexto sentido (el de aquí pasa algo) se puso en código rojo.

—Necesito hablar con tu hermano y contigo.

—¿No puede esperar a esta noche?

—Precisamente, es para explicar algo de lo que os daréis cuenta esta noche. —aquello sonaba mal.

—¡Oh, Dios!, ¡Papá!, ¿estás bien?

—No, no me estoy muriendo, y mi salud está bien, no te asustes. —eso ya era un alivio.

—Uf, me tenías al borde, papá. No me hagas estas cosas.

—¡Eh!, no voy a morirme nunca, voy a vivir 100 años, como Frank Sinatra.

—Vale, si bromeas no es tan grave. —me tranquilizó.

—Bueno, de eso... pero mejor lo hablamos luego. No es algo que se deba contar por teléfono. Quiero ver vuestras caras cuando lo diga.

—Has embarazado a Alexis.

—No. ¿Te importaría recogerme antes de ir a encontrarnos con tu hermano en su casa?

—Creí que íbamos a ir cada uno por su lado.

—Llámame cobarde, pero prefiero ir pertrechado con mis tropas antes de entrar en combate. —la familia podía ser así de intensa, al menos la nuestra.

—Es tu hermana la que cumple años, papá. No puede ser tan terrible.

—Es tu tía Isabella, y cumple 60. Perdóname por querer ir protegido detrás de un escudo. —él tenía más experiencia que yo, así que no iba a discutirlo.

—Vale, te recojo en tu casa en ... dos horas ¿te parece bien? —ofrecí.

—Perfecto. —Cuando recogí a mi padre noté algo diferente en él, no sabría realmente como explicarlo. Era que... no llevaba su eterna sonrisa afable. Salvo cuando estaba preocupado o enfadado, pocas veces veía abandonar la sonrisa de su cara. Ahora... parecía como... vencido, triste.

—¿Vas a decirme lo que es? —ataqué.

—Preferiría hacerlo cuando estéis tu hermano y tú, juntos. No quiero tener que repetirlo.

—¿Tengo que asustarme?

—No, no te preocupes.

—Se trata de ti papá. Ya estoy preocupado. —Me miró e intentó sonreírme, pero, aunque lo intentara, su sonrisa no parecía encajar en su cara esta vez.

Capítulo 29

Tonny

Sabía que ocurría algo desde el momento que recibí la llamada de Papá, pero ver su cara cuando llegaron a mi casa... me hizo entender que era algo malo.

Cuando la puerta del cuarto del baño se cerró, los tres supimos que tendríamos unos buenos 15 minutos para resolver aquello. María tardaría ese tiempo en ducharse y vestirse. A mí me parecía un disparate, porque ella olía a bizcocho, dulce y recién hecho. Sabía que se había esmerado por cumplir con la tradición de la familia. Si hay una fiesta, una reunión familiar, hay que llevar algo de comer. Y ella, se puso todo el día a trabajar en ello. La casa olía delicioso, y ella estaba totalmente impregnada de aquel olor pecaminoso. Pero tenía razón, si no se quitaba ese olor de encima, probablemente me la hubiese comido antes de llegar a casa de la tía Isabella. Y luego hubiese atacado el postre.

—Bueno, ¿nos vas a decir ahora? —fui directo a por mi padre.

—Alexis y yo vamos a divorciarnos. —Decir que la noticia me impactó

es quedarse corto. ¿Cuánto llevaban juntos? ¿alrededor de una década?

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó mi hermano.

—Bueno, decir que todo empezó con el asunto de Jane y Noah, sería demasiado fácil. Pero digamos que ha sido el último empujón.

—¿Por Jane?, ¿os separáis por Jane? —quise asegurarme.

—Ella insiste en defender a su hija, y lo entiendo, es carne de su carne, pero yo no puedo justificar el daño que le hizo a María. Una amiga no te apuñala por la espalda, y mucho menos por envidia.

—Es que, lo que hizo es injustificable. —sentenció.

—Lo sé, pero ella ha escogido a su hija. Yo he escogido al mío.

—Así que esto es una cuestión de bandos. —para Marco era fácil verlo desde fuera.

—La verdad, es que la cosa no iba bien hace tiempo. Vendí el negocio y me jubilé para poder estar más tiempo con ella, prestarle más atención, disfrutar de más cosas juntos. No porque estuviese cansado de trabajar, ya me conocéis, me encanta vender coches.

—Así que lo de mudaros aquí...—quería que él me dijese por qué.

—Sí, quería hacerla feliz, traerla cerca de su hija. Pero la cosa no funcionó tan bien como esperaba. Ella... ella no parecía pasarlo demasiado bien cuando estábamos juntos. —se lamentó.

—Quizás es demasiado tarde para decirte que tenía razón, papá. —eso, Marco. Tú directo a la herida.

—¿Por eso te fuiste del negocio, verdad, Marco? —comprendió mi padre.

—Siempre pensé que estaba contigo porque le dabas la seguridad financiera que buscaba, no porque realmente te quisiera. —confesó él.

—No, seguramente tuvieses razón. —dijo con tristeza mi padre.

—¿Y tú, papá? ¿La querías? Aunque no me sorprendería que dirías que no. Es tan diferente a mamá. —como hijo, necesitaba saberlo.

—Entiéndeme, estábamos solos, yo necesitaba alguien que os cuidara, estabais creciendo de manera salvaje, sin una madre que os enderezara. En aquel momento, la necesitaba, la necesitábamos. —eso podía comprenderlo. Un padre con dos hijos, intentando luchar con nosotros y con su trabajo.

—Pero, ¿por qué seguiste con ella cuando nos fuimos de casa?, nosotros ya no necesitábamos una madre.

—Llámame egoísta, pero, no quería quedarme solo. Necesitaba alguien con quién charlar cuando volvía a casa del trabajo. Y vosotros, ya no

estabais. —le comprendía. La soledad pesaba.

—Lo entiendo. —dije.

—Yo también. —me acompañó Marco.

—¿Y ahora? —quise saber.

—Ahora, intentaré pasar por esto lo mejor posible.

—Va a sacarte todo lo que pueda, lo sabes. —le advirtió Marco. Él siempre viendo la parte económica de todo.

—Soy italiano, no tonto. Podíamos necesitarla, pero no estaba tan ciego. Tenía un “polvazo”, lo reconozco, pero no como para dejarme noqueado. —escuchar a mi padre hablar de esa manera... parecía tan joven como nosotros sus hijos.

—¿Firmaste un acuerdo prematrimonial? —se sorprendió Marco.

—¿Te acuerdas del tío Alfredo? —¿Cómo olvidarlo? No soltaba un dólar ni que lo necesitara para vivir.

—¡Joder, sí!

—Él redactó el contrato. —y además de tacaño, era listo para esas cosas. Estudió derecho, y se dedicaba a sacarle la sangre a la parte contraria en sus casos de divorcio.

—Entonces que se prepare, quizás hasta tenga que devolverte la ropa interior.

—No quiero ser mala persona, pero si es capaz de justificar a Jane, se merece eso y más. —Apoyé. Desde arriba llegó el grito de María.

—Ya casi estoy, bajo en un minuto.

—Tonny. —me llamó mi padre.

—¿Sí, papá?

—Cuidala. Tiene que durarte toda la vida. —Sus ojos decían que no quería su mismo destino para mí. Él perdió a mamá, una mujer excepcional.

—Lo sé. Con ella no es necesario un contrato prematrimonial. —aseguré.

—¡Eh!, eres bombero. Ya sabe que no tienes dinero. —apuntilló Marco.

—No, ella es mi tesoro. —rematé sus palabras.

—¡Agh!, sueñas como el Gollum del Señor de los anillos. —que delicado mi hermano.

—Bueno, ya estoy aquí. Voy a coger el bizcocho. —María pasó directa hacia el lugar donde lo había dejado preparado.

—Yo lo llevaré. —se ofreció Marco.

—Ni hablar, conozco a los Di Ángello. Si dejo esto en vuestras manos, cuando llegemos no quedarán ni las migas. —protegió el dulce.

—Mujer de poca fe. —se quejó Marco.

—Ja, no es cuestión de fe. Es cuestión de hombres golosos con estómagos grandes. —nos tenía calados mi chica.

—Pero, aun así, nos quieres. —casi suplicó mi padre.

—Seguís viniendo a comer cada fin de semana, ¿no? Está claro que os quiero.

—Esta es mi chica. —Me incliné sobre ella, y le di un besito, pero mis traidores dedos corrieron incontrolables bajo el papel de aluminio, que tapaba la enorme fuente de horno que llevaba María en sus brazos. Mis dedos llegaron a rozar el dulce premio, cuando el tesoro se escapó de mí.

—¡Ja!, que te conozco. No pienso presentarme ante tu familia, con una tarta con marcas de dedos.

—Eres mala. —la acusé. Ella me sonrió, y deslizó su hombro sobre mi pectoral, interponiéndose entre el dulce y yo. Sus ojos seductores insinuaban una maliciosa promesa, que haría lo imposible por conseguir.

—Si de verdad te gusta, prometo hacerte uno solo para ti. —ronroneó.

—Sabes cómo manejar a un hombre. ¿De qué dices que lo has hecho?

—Es bizcocho de plátano y dulce de leche.

—¡Eh!, yo también quiero. —pidió Marco.

—Tú te callas. Mi chica, mi pastel. —Caminé hacia el coche todo feliz, pero no por ello ajeno a lo que aquellos lobos golosos tramaban a mis espaldas.

—¿Nos harás uno de esos para el domingo? —rogó mi padre.

—¿Cómo puedo decirles que no a mi suegro y a mi cuñado?

—¿Te he dicho que te quiero? —ya salió el zalamero de mi hermano.

—Desde el domingo pasado, no, Marco. —La ayudé a subir a mi nuevo SUV, y he de confesar, que, durante todo el trayecto, miré tantas veces a María, como a la bandeja que descansaba sobre sus rodillas.

Capítulo 30

María

Decir que estaba nerviosa era poco. Las rodillas me temblaban como un flan de gelatina encima de una lavadora centrifugando. Tonny lo notó, porque su brazo envolvió mi cintura durante toda la velada. Se posó allí desde que

hizo sonar el timbre de la casa, me guio hasta la parte de atrás y me vigiló mientras depositaba mi bizcocho sobre la mesa de las viandas. Cuando vi toda aquella comida, con aquel aspecto tan apetitoso, se me cayó el alma al suelo. Había platos que gritaban cómeme, y olían divinos. Una chica se acercó a mí, y ante mi indecisión de dónde colocar mi fuente, me sonrió afable.

—Hola, soy Roxi.

—Ah, hola. —le devolví el saludo.

—¿Es dulce o salado? —quiso saber.

—Dulce.

—Entonces ponlo detrás. Junto a mi tiramisú. Los postres se dejan para lo último. Si los pones delante, se inflan de dulces y ya no dejan sitio para la comida normal. —ella sí que parecía como iban las cosas en estas reuniones familiares.

—Sí, la tentación mejor lejos. —convine con ella.

—El mío siempre tengo que ponerlo en una esquina, así hay más espacio para servirse. No sabes cómo se ponen por un trocito. —pues sí que debía estar bueno.

—Hola Roxi. —La chica se volvió hacia mi chico, con una sonrisa deslumbrante en su cara. Se tiró a su cuello, y se colgó de él como si fuera un mono. ¿Celos? Pues sí. Nena, el cuerpo del tipo con el que te estás frotando, me pertenece. El anillo de mi dedo, me da derecho a tirarte de la coleta si considero que te estás propasando, así que retrocede. ¡Fus, fus! Menos mal, que Tonny la apartó con cortesía y la depositó en el suelo con toda la prontitud, que ella, y sus garras, le permitieron.

—Veo que ya has conocido a mi prometida. —toma jarro de agua fría, gatita.

—Ah, ¿es esta? No lo imaginé. No se parece a tu tipo. —Quizás me había vuelto más suspicaz desde lo de Jane, o quizás había espabilado un poco, pero aquella frase me dijo que esa tipa no era precisamente fan mía.

—Discúlpanos, voy a presentársela a la tía Isabella. —Con todo el acierto del mundo, Tonny me alejó de ella.

—Lo siento. Siempre tuvo un absurdo enamoramiento por mí. Creo que te odia porque no eres ella. —eso aclaraba todo.

—Pues que le den. —con el enemigo, la María buena se quedaba en casa.

—¡Eh!, María. Esa boca. —me reprendió mi novio.

—¿Qué? Me he cansado de ser buena. Algunas personas no se merecen buenas intenciones. Y ya es mayorcita para darse cuenta de que tú, prometido mío, estás “OCUPADO”. —Me envolvió en sus fuertes, musculosos, cálidos y sexys brazos, y me besó de tal manera, que tuvieron que venir a recordarnos que estábamos en una reunión familiar.

—Deja algo para después de la boda, chico. —interrumpió un hombre mayor.

—Ah, tío Fran. Esta es María. Mi prometida. —nos presentó Tonny.

—Sí, lo he supuesto cuando le has metido la lengua hasta la campanilla.

—Ha traído postre. —el hombre dio un vistazo a la mesa de la comida.

—Bien, lo probaré. Pero no voy a ceder a nadie mi trozo de tiramisú.

—¡Fran!, el médico te ha dicho que controles los hidratos de carbono. —protestó una mujer que se acercaba a nosotros.

—Issa, si lo hago. Pero de vez en cuando...—esa última frase la susurró entre nosotros.

—Oh, cállate. Eres igual que todos. —cuando le alcanzó, palmeó su hombro.

—Pero me quieres. —sonrió mientras lo decía.

—Sí, pero vivo. Así que no te pases con los dulces. —le sermoneó de nuevo.

—María, esta es mi tía Isabella. —me presentó Tonny.

—Es un gusto conocerla. —saludé educadamente.

—Mi hermano no hace más que hablar maravillas de ti. Has encandilado al padre y al hijo, chica lista. —aprobó la señora.

—¿Yo no cuento? —apareció Marco por uno de los costados.

—Ven aquí y besa a tu tía. ¿Cuánto hace que no venías a verme, Marco? —tiró de él para acercarlo a su mejilla.

—No el suficiente. —Marco puso los ojos en blanco cuando su tía lo abrazó de tal manera, que podría haber puesto un vaso debajo de él, y recoger zumo de italiano. Sus ojos se volvieron hacia Tonny, y este se puso al otro lado. Entre los dos, le devolvieron el abrazo, convirtiéndola en el relleno de aquel enorme bocadillo.

—Chicos, cuanto os he echado de menos. —ronroneó satisfecha.

—Feliz cumpleaños, tía. —le desearon ambos.

—Sentaos por ahí, comed y disfrutad. —Es curioso como las reuniones

de la familia de Tonny se parecían a las de la mía. Salvo por la música y el alcohol, las dos familias sabían cómo ser ruidosos y divertirse. El tiempo se me pasó demasiado rápido, pero no dejé de preguntarme qué era lo que mantenía la mirada de Tomasso tan triste. Alexis no había venido a la fiesta, aunque no me extrañaba, a ella no le iban estas cosas tan poco... elegantes, ella era mucho más refinada, por decirlo así.

—Oh, mierda, se ha acabado. —La voz lastimera del tío Fran llegó hasta nosotros, y supongo que se escuchó en todo el patio trasero.

—Fran, no seas un llorica. —le reprochó Tomasso.

—Pero tío, aún queda tiramisú. No se ha acabado, ¿ves? —Tenía que salir la resabida de Roxi para ser la heroína. No podía evitar que me cayera mal.

—No quiero tiramisú, yo quiero del otro, del de la novia de Tonny. —aquellas palabras me inflaron el ego.

—¿Qué?! —¿Podía ser un chillido estridente, ahogado y a todas luces lo más parecido al sonido que escuchas al pisar un gato, el sonido más agradable del planeta? A mí me lo pareció. Casi me pongo a hacer la ola, allí mismo. Tonny me apretó más contra su costado y le sentí reír en silencio. Acercó su boca a mi oído, y me habló muy bajito.

—No queda nada. Tu bizcocho de plátano y dulce de leche ha desaparecido. Menos mal que yo he estado rápido. —Me mostró orgulloso su enorme trozo a medio comer. Metió la cuchara en él, y se lo llevó a la boca. Me quedé absorta viéndole relamer la cuchara una y otra vez, aquella lengua deslizándose avariciosa sobre los labios, intentando arañar todos los restos del dulce néctar de mi obra de arte. El tío Fran volvió la atención sobre los platos de los invitados, y noté como mis chicos (mis 3 Di Angello favoritos) adoptaban una postura protectora sobre sus trocitos de bizcocho. Si las cucharillas de postre fuesen armas, estaba segura de que podrían matar a cualquiera que se acercara a menos de 20 centímetros de su postre. ¡Qué digo!, a un metro. Sentí una mano sobre mi hombro al otro lado, y el peso de la tía Isabella cuando se sentó junto a mí.

—Así que has desbancado al tiramisú de Roxi. —advirtió.

—Yo...—iba a defenderme. Era de mala educación hacer algo feo contra la familia que conoces por primera vez.

—Ya era hora. Se le había subido a la cabeza tanta tontería. Y no es para tanto, mi madre nos dio la misma receta a su madre y a mí, y a mí me queda

mucho mejor. Lo que pasa, es que hacerlo bien, lleva mucho trabajo, así que prefiero que trabaje otro. —confesó.

—Vaya.

—¿Te gustaría que intercambiáramos recetas? —Podía decir que aquella pregunta no solo me hizo feliz, sino que me hizo sentir integrada. Intercambiar recetas era un tema serio, según me contó Tonny una vez. Sólo entre la familia. Pero lo que me llenó de dicha, fue ver la cara de Tonny cuando la tía Isabella se ofreció a darme la receta del tiramisú. Seguro que se había hecho a la idea de no volver a probarlo, sobre todo cuando se dio cuenta de que Roxi sólo lo hacía para impresionarle. Ahora que estaba pillado, y le había dado aire, no dejarle comerlo parecía un castigo que se había resignado a soportar. Pero ahora, tenía acceso de nuevo al tiramisú (receta de la abuela) y a mi recién descubierto bizcocho de plátano con dulce de leche. ¿De verdad era tan fácil llevar a un hombre al éxtasis? Mi abuela tenía razón, el corazón de un hombre se conquista por su estómago.

Capítulo 31

Marco

Cuando llegué a casa, Susan no estaba allí. ¿Decepcionado? Sí y no. Sabía que era demasiado precipitado, seguramente aún estaría dando vueltas en su cabeza, el motivo por el que le di la llave de mi casa. ¿Qué le iba a decir? Quiero que vengas a vivir conmigo, y estoy empezando por darte una llave, luego te sugeriré que traigas algo de ropa. Después te seduciré cada noche. Cada día, te daré algo que necesites, y cuando quieras darte cuenta, pasarás más tiempo en mi casa que en la tuya. Y te pediré que vivas conmigo. Porque quiero sentirte entre mis brazos cada amanecer, quiero envolverme en ti cada noche después de hacerte el amor. Me gusta lavar nuestra ropa junta, y luego dejarla perfecta para vértela puesta otra vez cada mañana, sabiendo que he sido yo el que la ha dejado así para ti, y que llevarás todo el día algo pegado a tu piel, que he estado perfeccionando con mis manos. ¿Retorcido?, puede. Pero es que siento que necesito atarte a mí de cualquier manera posible, porque no quiero encontrarme como mi padre, medio completo desde que murió mi madre. Teniendo que conformarse con algo menos de lo que se merece, para no estar solo. Y yo no quiero eso. Yo quiero lo mismo que tiene Tonny, yo quiero a mi propia María, yo te quiero a ti, mi

complemento, lo que necesito, lo que deseo.

Demasiado, ¿verdad? Pero que esté decepcionado por encontrar hoy la cama vacía, no significa que me rinda. Por primera vez en mi vida, quiero a una chica lista. Una que no está desesperada por encontrar la manera de atarme a ella. Una que es lo suficientemente lista, como para saber que no me necesita en su vida, una a la que no puedo sobornar. Pero que me parta un rayo, la voy a corromper. Porque es mi única oportunidad de atraparla, la única oportunidad de que un chico como yo, se quede a una chica como ella. Sí, sé que soy una buena pieza, pero es que ella es increíble. Y tengo que aprovechar ahora, que todavía no lo sabe.

Susan

Estoy tumbada sobre mi cama, y sigo sin poder encontrar el sueño. Vuelvo a levantar la mano sobre mi cabeza, dejando las llaves tintinear sobre mi cara. Y las miro, una vez más. Me ha dado las llaves de su casa, sin pedírselas. Pero me ha entregado algo más, me ha dejado abierta la puerta a su vida. “Ven”, me dice “ven y entra”. Escucho su canto de sirena, ofreciéndome los tesoros del mar. Pero, ¿qué tesoros? La última vez, me quiso demostrar que no quería estar conmigo solo por el sexo, ¿decepcionante?, no, aterrador. Que un tipo como Marco quiera algo más... no sé cómo catalogarlo. Quizás quiera probar algo nuevo, una imitación de juego a las casitas. Pero yo no sé si quiero eso. El sexo es una cosa, pero verme como algo más... y que luego sea solo un juego del que se canse y me devuelva a la realidad... no sé cómo superaría eso. Sé que no tenemos un acuerdo, no hemos hablado sobre ello, y quizás ese sea el problema. Entrar a ciegas en algo así, es como poner tu corazón en una bandeja y esperar a ver qué hace con él. Pero tampoco quiero renunciar a él, no todavía. Estiró la mano, y dejó las llaves sobre la mesita. No puedo dejar de mirarlas, aún con la luz apagada, el reflejo de la luna me deja intuir su presencia allí. Tengo que dormir, mañana empieza el turno destroza personas, y tengo que descansar todo lo que pueda. Cierro los ojos, e inspiro profundamente. El olor de Marco me inunda, ¿por qué?, porque llevó puesta la misma camiseta con la que dormí la noche anterior junto a él. ¿Fetichista?, no, ¿obsesiva?, tampoco. Es sólo que me gusta tenerle cerca de la manera que sea. ¿Se habrá dado cuenta de que me la he llevado? Tal vez. Controlar la colada como lo hacía él, era un factor a su favor.

Entonces recordé que teníamos una cita a medio día, una cita de esas a las que había que acudir con ropa sexy. No, puntualizo, ropa interior sexy. Aunque Marco ya me había visto con mi ropa interior habitual, o, mejor dicho, sin ningún tipo de ropa. Pero esta vez quería ser yo la que fuera mala, quería ser quien sorprendiera, y provocara. Quería llevarle a la combustión interna sin necesidad de palabras. Él decía que era mi cerebro el que le encendía como una antorcha, pero mi parte femenina, quería que fuese mi cuerpo el que lo sedujera por una vez. ¿Sería posible? Lo intentaría. Por la mañana tenía que ir de compras. En mi cajón de la ropa interior no había cosas como las que quería usar en esta ocasión. Bueno, tal vez el liguero que usé en la boda de mi hermana. Sí, eso era un principio. El conjunto de la primera noche, aquel que se medio veía con el vestido de la cena preliminar, podía servirme también, pero... no, para mañana quería algo nuevo, algo que él no haya visto antes, algo arrasador. ¡Mierda!, tenía que dejar de pensar en esas cosas, porque aún quedaban muchas horas para encontrarme con él, y la noche podía resultarme larga, muy larga.

Capítulo 32

Marco

Creo que nunca antes me había levantado de una silla tan rápido. Fue abrir aquel mensaje de mi teléfono, y mi cuerpo se lanzó a la carrera. Como un corredor que escucha el pistoletazo de salida, igual. No sé si mi secretaria me escuchó decirle que salía a almorzar, y que volvería tarde. Iba corriendo cuando lo dije.

Hice chillar las ruedas del coche cuando salí a la carretera, y seguro que pasé el límite de velocidad en algún tramo. Estuve a punto de saltarme más de un semáforo en rojo, pero no me arriesgué. Sólo me faltaba que un policía de tráfico me hiciese parar para multarme. No tenía tiempo que desperdiciar. Había una mujer esperándome en casa. Bueno, para ser exactos, había una mujer con algo negro, pequeño, ceñido y de encaje esperándome en casa. ¿Cómo diablos había podido sacar aquella foto?, eso daba igual, el caso es que era una artista con mucha visión. Porque enseñando un trocito tan pequeño, había conseguido poner en pie de guerra a toda la nación india. ¿Yo la había llamado mala?, era perversa, deliciosa y lascivamente sexy. La foto que me había enviado, era tan solo una pequeña tira de encaje negro cubriendo una parte de su cuerpo. Pero podía apreciar el pliegue

inconfundible donde se unían su pierna izquierda con su zona pélvica. No había nada claramente obsceno, incluso parecía algo artístico, pero la frase que lo acompañaba “¿quieres ver cómo me queda el resto?” ... fue la chispa que me hizo estallar. Ella estaba en mi casa, y llevaba algo de lencería negra sobre su aterciopelada y pálida piel, y yo tenía que... relájate Marco, porque si sigues ardiendo así, cuando llegues a ella sólo van a quedar cenizas. ¡A la mierda!, ya no podía detenerme. Vi su coche en el camino de entrada, y ni me molesté en meter el coche en el garaje, solo lo paré junto al suyo, y lo cerré con el mando a distancia, mientras corría hacia la puerta. La puerta de casa se cerró de tras de mí cuando yo ya estaba subiendo las escaleras de dos en dos, e incluso de tres en tres. Perdí la chaqueta antes de llegar arriba, la corbata ya fue descartada sobre el asiento del pasajero del coche. Me detuve en el umbral de la puerta de mi habitación, porque sabía que ella tenía que estar allí. Y así era. Tenía la espalda recostada contra la pared, bueno, sus hombros. Sus manos estaban escondidas detrás, como si sirvieran de almohada a su trasero. Tenía uno de los zapatos de tacón apoyados contra la pared, clavando la delgada punta contra ella, seguramente quedaría marca, pero me importaba una mierda si fuera así. Merecía la pena volver a pintar la pared entera por verla así. Sus ojos entrecerrados me observaban con descaro, y una sonrisa traviesa asomó en sus labios. Pintaría la habitación entera si hiciera falta, incluso toda la planta. Llevaba ligeros, negros, sexys. Sostenían unas medias negras, casi transparentes, hasta medio muslo. Unas diminutas braguitas cubrían todo lo que no se debía de ver, pero de manera demasiado escueta. Y sus pechos, parecían expuestos en una bandeja de encaje, que los ofrecía con descaro para mí, sólo para mí.

—Has tardado mucho. Me he quedado fría. —Gemí y di un par de pasos dentro de la habitación, pero me detuve justo en el momento en que, con un pequeño empujón de sus hombros, ella se puso recta y empezó a caminar hacia mí. Tenía que disfrutar de aquello, no podía perderme nada. Sus caderas se balanceaban felinamente, mientras daba pequeños y lentos pasos hacia mí. Su reflejo apareció en el espejo de cuerpo entero que estaba antes a su lado, mostrándome la perspectiva de su parte trasera. Y gemí de nuevo, ¡Dios!, yo quería las yemas de mis dedos sobre ese trasero. Ella se detuvo junto a mí, casi sobre mí. Su pelvis estaba presionando la mía, cargando su peso allí. Y entonces comprendí el porqué de aquellos tacones, eran lo que necesitaba para alcanzar la altura perfecta, para encajar allí. Mis manos se

aferraron a sus caderas nada más sentir su calor. Sus dedos estaban desabrochando mi camisa con eficiente y tortuosa calma.

—Eres mala. —Ella se rio, deslizando sus ojos del ojal que desabrochaba hasta mi mirada.

—Nunca he dicho que fuera buena. —Tiré de sus nalgas hacia arriba, elevándola lo suficiente como para que sus piernas se enredaran en mi cadera para sujetarse. Y la llevé con paso rápido hacia la cama, porque no podía esperar.

Antes podría haber ardido hasta consumirme, pero como el Ave Fénix, volvía a resurgir de mis cenizas. Tuve un último pensamiento antes de hundir mi lengua en su boca. Tenía que llamar a mi secretaria, hoy no volvería al trabajo.

Pueden decir lo que quieran, el sexo de “aquí te pillo, aquí te mato” está bien si no puedes contener la lujuria, pero donde esté una cama... mi cama. Una que no tienes que abandonar cuando el sexo termine, una en la que puedes retozar sin pensar cuanta gente habrá hecho lo mismo que tú ahí encima. Una que conservará el olor de nuestros cuerpos y en la que dormiré inhalando ese perfume creado para torturarme.

Capítulo 33

—Ah, hola Cassie, soy Marco. —como si mi secretaria no conociese mi voz.

—Hola, señor.

—No volveré al trabajo esta tarde, mi cuerpo está al borde del colapso. —era una buena manera de decirlo.

—¿Se encuentra bien, señor?, quizá debería verle un médico.

—Oh, ya hice eso. El médico me revisó a fondo. —Sí, muy a fondo. Aunque seguramente fui yo el que la revisó a ella más exhaustivamente. Brrr, recordarlo hizo que la piel de mi espalda se erizase, y sintiera una ola de energía inundarme de nuevo.

—Espero que no sea nada grave. —sonó preocupada.

—Nada que no se cure con una buena dosis de cama. —sí, cama.

—Ah, entonces descanse, señor. —solo un poquito.

—Nos veremos el lunes.

—Sí, señor. —¡Dios!, qué bueno es ser el jefe. ¿Y mentir?, lo que se dice mentir, no lo hice. Sencillamente jugué con los dobles sentidos, para

llevarla a mi terreno. Susan me está corrompiendo. Empecé en la boda de su hermana, y ahora soy todo un profesional.

Susan, miró por encima de mi cuerpo tirado sobre la cama, y la vi revolviendo en la maleta que trajo consigo. Sabía que estaba agotada, como yo (me dediqué a ello las últimas casi... casi cuatro horas, eso decía el reloj de la mesita). Pero, aun así, ya se puso en marcha. Se había duchado y se estaba vistiendo para ir al trabajo. Algo alargado y de color negro llamó mi atención. Estaba en su mano, y a punto de desaparecer de nuevo en aquella pequeña bolsa de viaje.

—¡Eh!, para, para. —Ella alzó la cabeza y me miró, intrigada.

—Tengo que irme Marco. No puedo seguir jugando contigo.

—No he dicho nada de jugar. Es solo...—Me acerqué a ella lo suficiente como para coger aquellos vertiginosos zapatos de tacón de sus manos.

—Estos se quedan aquí.

—¿Eh?

—Ven conmigo.

La cogí la mano vacía, y la llevé conmigo dentro del armario vestidor. Sabía que sus ojos debían de ser en ese momento del tamaño de dos pelotas de tenis. Ese puñetero vestidor es más grande que un autobús escolar. Tiene la iluminación y el diseño de una tienda de moda exclusiva, y las prendas se presentan ordenadas a la perfección. Perchas, cajones y estantes se reparten con elegancia por las tres paredes disponibles. La llevé hasta la del fondo, donde la pared es una enorme sucesión de barras horizontales. Algunos de mis zapatos estaban allí expuestos, pero estaba prácticamente vacía. No tengo tanto calzado. Puse sus zapatos en el lado derecho, y haciendo que el negro impactante contraste con el beis del fondo.

—Este es su sitio. —declaré.

—No voy a venir hasta aquí cada vez que quiera ponérmelos. —La envolví entre mis brazos, y metí la nariz en su cuello. Olía tan bien, y su piel estaba tan fresquita después de la ducha...

—Cada vez que te pongas esos zapatos, voy a estar contigo cuando te los pongas. Y, sobre todo, voy a estar cuando te los quites. Es más, todo lo que llevabas puesto antes se queda aquí.

—¿Así me ahorro el traerlos la próxima vez?

Noto sus brazos enredarse en mi cuello, y la aprieto las caderas contra mí. Si seguimos jugando a esto, no voy a dejarla ir a trabajar. Pero sé que no

conseguiría retenerla, su arraigada responsabilidad siempre ganaría. Y eso me gusta de ella, para que lo voy a negar. Tiene muy claro lo que está bien, y lo que está mal, y ella sabe que con la vida de sus niños no se juega.

—No podría estar tranquilo sabiendo que esas “cositas” están a mano en el cajón de tu ropa interior. ¿Y si te las pones?, oh, no. Pensar que tienes puestas esas armas de seducción, y yo no estoy cerca para ser bendecido con ellas, sería una tortura tan grande, como el pensar que vas a llevarlas debajo de ese anodino pijama azul de médico.

—Pero nadie sabría que las llevo puestas.

—Yo lo sabría.

—Me estás resultado ser un cavernícola

—¿Si te refieres a abandonar mi trabajo para ir a buscarte, y meterte en el primer cuarto vacío que encuentre para saciar mi lívido?, sí. Pero yo lo llamaría tortura, por tu parte, y... falta de responsabilidad, también por tu parte, y...

—Para, para, ¿me estás acusando de ser la culpable de tus arrebatos sexuales?

—Alegaré premeditación, nocturnidad y alevosía a los cargos.

—Hoy no ha habido nocturnidad.

—La habrá, como tenga que ir esta madrugada, a cometer esos actos que me obligas a perpetuar.

—Así que soy mala.

Oh, dios, se puso de puntillas, y sus dientes han atraparon mi labio inferior. Gemí, y ese sonido se llevó todo el razonamiento de mi materia gris. ¿Qué iba a decir?, algo ingenioso, seguro, pero ya me da igual. Iba a asaltar esa boca, y a quitarle el aire que me ha robado.

—Dejaré todo aquí, por tu salud mental.

—Gracias, mi mente y yo te lo agradecemos.

—Ya buscaré la manera de que me lo agradezcas. —Antes de que pudiese volver a besarla, se escapó de mis brazos con una pícara sonrisa. A la seria doctora le gustaba jugar, y vaya si no está bien eso. Estoy perdido. Me tiene comiendo de su mano, como un hámster seducido por una pipa. ¡Pero qué pipa!

Sacudí todas las “malas ideas” de mi cabeza, y me puse algo de ropa con rapidez. Iba a llevarla al trabajo. En parte porque no quería separarme de ella todavía, y en parte porque quería traerla aquí de nuevo el domingo, cuando su

agotador turno acabara. Iba a cuidar de ella, a mimar aquellos doloridos pies, a relajar esos agotados músculos, y luego a dormir abrazado a ella. Quería eso, e iba a conseguirlo, aunque tuviese que utilizar las tretas más sucias para conseguirlo.

Capítulo 34

Decir que recuerdo mucho del domingo, después de salir del trabajo, sería mentir. No recuerdo ninguna guardia más destroza—cuerpos que la de la noche del sábado, y la del domingo por la mañana no fue mejor. Cuando el reloj marcó las 5 de la tarde, fue la señal de cierre para las hormonas que me mantenían en pie. Como por arte de magia, toda mi energía se esfumó de mi cuerpo. ¿Cambiar de ropa?, imposible. Mis dedos no tenían fuerza ni para sujetar un bolígrafo, mucho menos para quitar ropa. Me sentía como esa masa de carne golpeada con la que los chinos hacen sus albóndigas (un trozo de carne roja que golpean con barras de metal, hasta convertirla en una masa gomosa e informe). Es una manera rebuscada de decir que me sentía como una mierda, pero soy así, me gusta dejar las cosas realmente claras.

Cuando conseguí arrastrar mi cuerpo hacia la salida, la imagen sonriente de Marco me levantó el ánimo nada más verlo, pero cuando su expresión cambió a preocupada, ese poco ánimo, se evaporó. Sí, debía de verme realmente hecha una piltrafa.

—Te ves cansada.

—Me siento cansada.

—Bueno, entonces deja que me encargue de ti. —Noté como retiraba el bolso de mis hombros, y se lo colocaba en el suyo. Guapo, bien conjuntado, oliendo tan bien, y con aquel bolso al hombro, tenía que ser un reclamo gay a la fuerza. Pero, incluso así, era más viril y masculino que un anuncio de Marlboro.

Su brazo se enrolló en mi cintura (o eso sentí yo) y tomó todo el peso que me aplastaba. Casi parecía que mis pies flotaban sobre el suelo. Me llevó hasta el coche, y creo que ya tenía los ojos cerrados en el momento que cerró mi puerta.

Después, tengo varios flashes con recuerdos dispersos y difusos. Unas manos tirando de mí, luego unos brazos seguros apretándome contra algo duro y calentito (seguro que su pecho, porque olía como él), luego unas pequeñas sacudidas (como si subiera escaleras conmigo a cuestas), el frío

sobre mi piel cuando me quitó la ropa... Un golpe le lucidez me despertó cuando sentí el agua caliente golpeando mi cuerpo, hecho que me despertó, aunque no por mucho tiempo. Porque después de secarme, ponerme una enorme camiseta verde de no sé qué equipo (Green Bay algo, con un casco amarillo impreso), me trajo una bandeja de comida que me obligó a terminar, aunque no recuerdo si lo hice, porque estar masticando es lo último que recuerdo. Bueno, eso, y los dedos mágicos de Marco deslizándose por mis pies. Aquello era el Nirvana.

Me desperté como si hubiese dormido 10 horas seguidas, descansada y relajada. Noté el cuerpo cálido de Marco envuelto sobre mí, y no pude evitar sonreír. Sí, el hombre era una joya, y por cosas como esas estaba dispuesta a atraparlo. Se podía ir a la mierda eso de “mientras dure”, quería que me mimaran y se preocuparan de mí de esa manera el resto de mi vida. Tenía que poner mi intelecto superior a trabajar en ello. Pero de momento, un ligero roce a mi espalda me dio una idea. El pequeño “amigo” de Marco estaba firme, como el de la mayoría de los hombres antes de despertarse. ¿Podía resistirme a no saciar esa parte de mi cuerpo que no pudo ser complacida (porque estaba fuera de servicio)? ¿Le importaría a Marco que me aprovechara de él mientras dormía? Oh, mierda, sabía que tenía esa maliciosa sonrisa en mi cara antes de girarme hacia Marco. Iba a ser una chica mala, muy mala. Pero era culpa suya, así que más le valía no enfadarse por ello.

Marco

Oh, mierda. Aquello era el paraíso. Manos suaves y atrevidas, acariciando todas y cada una de las partes en las que un hombre con sangre caliente quiere que le toquen. Unos labios húmedos sobre mi piel, con una lengua descarada, y unos pequeños destellos de dientes aquí y allí que.... Ummmm, no podía ser... ¡oh, Dios! Mis manos volaron libres, atrapando algo con cabellos largos y sedosos, algo redondo, ¿una cabeza?, palpé el contorno, uno de mis pulgares topando con unos dientes salvajes. La pequeña punzada corrió hasta llegar a la base de... abrí los ojos, tenía que hacerlo. Entre mis manos, asomaba la sonrisa traviesa de Susan, y antes de que las palabras estropearan aquello, me precipité sobre sus labios. Ahora que había encendido el horno, tenía que ponerlo a trabajar. ¿Había mejor manera de empezar el día? Para este italiano no.

Lo bueno del sexo mañanero, es que no tienes mucha ropa que quitar, y

que ya estás en el campo de juego. Colocarse entre las piernas de Susan, y profundizar en su carne, era un deleite al que no me importaría acostumbrarme a disfrutar cada mañana. Con ella estaba descubriendo otro tipo de sexo, y eso que creía que lo conocía casi todo.

Capítulo 35

Quería ver mis zapatos allí, otra vez. Solos, majestuosos, imponentes. Abrí el vestidor de la habitación, y entré en aquel paraíso. A mi izquierda, toda la ropa perfectamente ordenada y planchada de Marco, al fondo sus zapatos, a la derecha de la estantería, dominando el lugar, mis zapatos de tacón. Algo llamó mi atención a mi derecha, algo que asomaba por el rabillo del ojo. Me giré, y lo vi. Era mi ropa de ayer, lavada, planchada y perfectamente colgada en sus perchas. Dos prendas solitarias, pero... parecían pertenecer a aquel lugar. ¿Por qué las había colgado allí dentro?, ¿por qué no sobre la silla junto a la ventana, como otras veces? ¿Era una señal de algo, un mensaje subliminal?

Sentí los cálidos brazos envolverme, su pecho apretándose a mi espalda. Dejé mi cabeza caer sobre su clavícula, dejando mi nariz juguetona deslizándose hacia arriba por su cuello.

—Tienes que traer más. —Vaya con los mensajes subliminales, la sutileza se acabó.

—¿Más zapatos?

—Más de todo. —Me giré entre sus brazos. Quería verle la cara cuando contestara a mis preguntas, quería ver lo que había en sus ojos cuando lo hiciera.

—¿Más ropa interior sexy?

—Más. —pidió.

—¿Más ropa de calle?

—Más.

—¿Más pijamas?

—Más.

—¿Qué quieres que traiga?

—Todo.

—¿Todo? —Sentí una banda de acero cerrarse a mi alrededor, apretándome más a él.

—Ven a vivir conmigo, Susan. —me pidió.

—¿Por qué?

—Porque quiero despertar contigo a mi lado, cada mañana. —¿Había un pequeño brillo de vulnerabilidad en sus ojos?, ¿temía que dijera que sí o que no?

—No todas las mañanas van a ser como hoy.

—No es por el sexo mañanero, cariño. Es por ver tus ojos somnolientos mirarme por primera vez en la mañana, y verte sonreír después.

—Suenas a que quieres que me mude aquí contigo.

—Suenas a que quiero tomar de ti todo lo que tengas para darme, suena a que quiero darte todo lo que necesites en cualquier momento, quiero ser el que masajee tus pies cuando te duelan, el que sueñe despierto mientras enjabona tu ropa interior entre sus dedos, el que la coloque después en su cajón, para que después te la pongas, y sea yo el que te la quite de nuevo.

¿Le puede alguien decir que no a una exposición así?, yo no. Soy mujer, soy humana y estoy viva, todo lo que ese engatusador necesita para derretir mi cuerpo. Después de unas palabras como esas, sabe que no puedo decir que no. Pero, desde que despertó a la luchadora que llevo dentro, no puedo claudicar sin pelear.

—Es algo serio, tendremos que negociar.

—Sé que vas a venir, y tú sabes que te daré todo lo que pidas. Así que podemos ahorrarnos esa parte.

—Cuando pones tus técnicas de vendedor a trabajar, es imposible ganarte.

—Acabo de regalarte el coche, Susan. No tienes que negociar nada.

—Umm, no sé. ¿El coche está bien?, porque es raro que un vendedor regale coches.

—Bueno, es un modelo un poco antiguo, de segunda mano, pero tiene unos acabados con clase, es de buena marca, y tiene todas las garantías.

—¿Y si el color no me convence?

—Puedes pintarlo de rosa si te da la gana.

—¿Y si aun así sigue sin convencerme, puedo devolverlo?

—¡Eh!, conozco el producto. No vas a querer devolverlo.

—Tendré que confiar en ti, tú eres el experto.

—Es la primera vez que hago un trato así, pero creo que el riesgo merece la pena.

—En ese caso...—Lo besé suavemente en los labios. Nunca pensé que

firmaría un contrato de esa manera, pero estaba hecho.

Capítulo 36

Los lunes son el peor día de la semana, o eso se dice. Pero hoy no puedo estar de acuerdo con ello. Lewis me hizo llamar a media mañana, y tuve una reunión con la junta directiva del hospital. Querían que trabajara allí cuando terminara mi residencia, querían que firmara un contrato con ellos. Les dije que lo pensaría, y es lo que haría. ¿Sorprendidos porque no aceptara de inmediato?, no, pero si algo mosqueados. ¿Pensaban que tenía otras ofertas sobre la mesa?, seguramente. No es que fuera una estratagema para conseguir sacarle algunos extras más, tan solo era que me habían pillado un poco a destiempo. Aún faltaban algunos meses para finalizar mi período de prácticas, no pensé que moverían ficha tan pronto.

Estaba demasiado absorta en mis pensamientos, cuando una voz conocida llamó mi atención.

—¿Puedo invitarte a un café?

—Ah, hola Angie. Creo que tendría que ser yo la que te invitara.

—Tengo que agradecerte de alguna manera lo que hiciste con Ken.

—Sólo le puse en su sitio.

—Eres a la única que tiene respeto, a parte del personal que está por encima de él, claro.

—Está acostumbrado a que todos bailen a su ritmo, y a mí no me va ese tipo de baile.

—Es un petardo.

—Sí, lo es. Eh, espera un poco. ¿Puedes guardarme el sitio?

—Sí, claro. —Me levanté para ir a buscar un vaso de plástico, una cucharilla y unas bolsitas de azúcar. No iba a permitir que una auxiliar le pagara el café a un médico. Cuestión de sueldos. Cuando me giré de nuevo a la mesa, Angie soportaba con la cabeza baja el rapa—polvos de un médico. Podía reconocer ese pelo esmeradamente repeinado a 20 metros, así que me acerqué justo a tiempo de pillar algo de su monólogo.

—... sitio para una auxiliar. Esta cafetería es solo para médicos y enfermeras. Así que ya puedes ir moviendo tu culo fuera de ...

—Es mi invitada. —le interrumpí.

—¿Eh? —se giró hacia mí sorprendido.

—Qué es mi invitada, y esta es mi mesa. Así que el culo que sobra es el

tuyo. Ya puedes ir sacándolo de mi vista.

—No estaba hablando contigo.

—Yo sí, así que lárgate de aquí.

—Un día... un día voy a bajarte esos humos que te han salido.

—Sí, lo que digas. Pero para eso necesitas unas pelotas más grandes. — me mofé de él, delante de Angie, y ya puestos, de los ojos curiosos de la gente que estaba allí.

—Serás...

—Que te pires, Kenneth, molestas. Esta es una reunión de amigas. — Kenneth apretó los dientes, y salió de la cafetería echando chispas.

—Gracias. —La voz de Angie casi no se escuchó cuando me habló. Su mirada seguía perdida sobre la mesa, como si tuviese miedo de alzar la vista. No podía permitir que ese gilipollas le hiciera eso, ella no tenía la culpa de su idiotez congénita.

—Wow, vaya, ¿Qué me he perdido? —En ese momento, María posó una caja de cartón sobre la mesa, y me dio una mirada interrogante, a la vez que desplazaba su atención sobre la figura, aún encorvada, de Angie, y la puerta por la que desaparecía Kenneth.

—Ese gilipollas. Juro que un día de estos le marco la cara de arañazos.

—No sé qué ha hecho, pero seguro que se lo merecía. Ah, hola, soy María. —Le tendió a Angie una mano firme y segura, a la vez que la sonreía de aquella manera que decía “vamos, alégrate”.

—Angie. —respondió al saludo la otra.

—Hola, Angie. Nunca te había visto por aquí, ¿eres nueva?

—Uh, no. Llevo meses trabajando aquí. Lo que pasa es que... no soy enfermera, no suelo venir por aquí. —María se agachó para mirar de cerca su identificación, al tiempo que se sentaba en la silla libre a su lado.

—¿Auxiliar? Pues créeme, no te pierdes gran cosa. El café es algo menos que aceptable, y solo tienen galletas secas para acompañarlo.

—¿Entonces...?

—¿Por qué venimos nosotras?, porque es un lugar tranquilo, o lo era. Y no huele a desinfectante.

—Entonces mejor salir al aparcamiento de afuera. —sugirió Angie.

—Ya, pero allí no tienen mesas ni sillas para sentarse, y mis pies son unos gruñones egoístas. —Angie soltó una sonora carcajada, aunque intentó ocultarla con una mano.

—¿Has traído algo para mí? —Señalé la caja con la cabeza, y María esbozó esa sonrisa concedora que presagiaba algo interesante.

—Ya sabes que sí. Pero hoy será mejor que seas buena y lo compartas con las demás niñas. —Alcé el termo plateado que tenía escondido en mi bolsita, la que tenía bien protegida a los pies de la mesa. María sabía lo que había allí dentro, y gimió en respuesta.

—Yo comparto si tú lo haces. —propuse.

—Trae acá. —Llené tres tazas, mientras María abrió su caja de postres.

—Ummmm, madalenas. Me estás malcriando.

—¡Dios!, este café está riquísimo. —interrumpió Angie.

Es mi alijo personal, puro Colombia. Toma, prueba una de estas, a María la quedan de muerte. —Angie mordió una magdalena, y juro que sus ojos se voltearon lo suficiente para ver su cerebro.

—Esto es el cielo. —suspiró.

—La vida sería una mierda sin estos pequeños placeres. —añadió María.

—Bueno, y alguno que otra cosita más. —añadí.

—Sí, alguna cosita más. —Tuve que aceptarlo, cuando María me miraba con esa cara de “sé lo que mi cuñado y tú hacéis juntos”, no puedo rebatirla.

—Cuando sea enfermera, vendré a buscaros por aquí todos los días. —interrumpió Angie.

—Hemos creado un monstruo. —sentenció María.

—¿Cuándo seas enfermera? —pregunté.

—Eh, sí. Dentro de dos semanas me graduaré. Y cuando tenga mi título, haré mis prácticas aquí. Ese fue el acuerdo que firmé con el hospital. —La verdad, la vida puede ser buena, sobre todo si sacamos a un par de impresentables de la ecuación. Entonces, como si un rayo cósmico iluminara mis neuronas, tuve una idea. Saqué mi teléfono, y marqué.

—Hola, sí. ¿Podríamos reunirnos de nuevo? Tengo algunas sugerencias que hacer.

Capítulo 37

Estaba sentada frente a la junta, exponiendo los términos que necesitaba incluir en mi nuevo contrato. Si ellos me querían, tenían que darme lo que yo les pedía.

—¿Una enfermera?

—Sí. —me ratifiqué.

—¿Cómo exactamente?

—Bueno, a estas alturas, sabrán que el dinero no es algo que defina mis objetivos. Seguro que hay mejores ofertas esperando ahí afuera, siempre las hay. Por eso me ofrecieron la mejora de horarios, y cumplir la mitad de mi jornada en una cómoda consulta.

—Pensamos que la consulta sería una buena compensación.

—Y lo es. Pero me gustaría contar con una persona de confianza a mi lado, alguien con quien me sienta a gusto trabajando. En definitiva, el sentirse bien en el trabajo, es algo que determina el peso de la balanza a la hora de escoger, al menos en mi caso.

—Por lo que dice, suena como que tiene a alguien en mente para ese puesto.

—Sí. Quiero que me asista en las consultas, y que cumplimente su horario en la planta de neonatología, conmigo.

—¿Y en quién ha pensado?

—Angela Chasse.

—Oh, vaya, eso sí que no lo esperábamos. —Alguien se pone a teclear sobre un ordenador portátil. Seguro que pensaron en María. Todos sabían que éramos amigas. Pero yo nunca la apartaría de aquello que ama, ella es feliz en el lugar en el que está.

—Angela Chasse, es una auxiliar.

—Lo sé. Pero en breve tendrá el título de enfermería, y hará aquí sus prácticas, si no me equivoco.

—Eso es correcto.

—Bien, pues la quiero.

—Sí, creo que podemos hacer eso. Tendría que cumplimentar sus horas de urgencias en otra parte, porque no está cualificada, pero podríamos arreglar eso.

—Mientras no sea en la planta de oncología, me vale. —ni de broma iba a dejarla en las garras de Ken.

—¿Oncología?

—Ah, y otra cosa. No quiero a Kenneth Williams asomando el morro por mi planta sin que sea invitado.

—Eh, si, podemos comentárselo. —se les veía bastante conscientes del tema que arrastrábamos Ken y yo. Aunque no quisieran reconocerlo. La junta era así.

—Pues, creo que eso es todo. Si ustedes me dan esas compensaciones, aceptaré su oferta.

—Prepararemos los documentos, y la avisaremos cuando estén listos para firmar.

—Bien. Esperaré su llamada. —Creo que fue en ese momento cuando noté que todos se relajaban en sus sillones un poquito más. ¿Una negociación dura?, no lo creo. ¿Ansias por conseguir atraparme?, sí, creo que realmente me quieren en ese hospital.

Me gusta ese sitio, me gustan mis compañeros, me gusta mi equipo, tengo amigos. La vida me iba sonriendo cada vez más. ¿Qué hay de malo en ser yo la que saque a un impresentable de la vida de Angie? Pues eso, el karma no puede hacer el trabajo él solo.

El trabajo fue bien, como siempre. Alguna corrección en las medicaciones, algún pequeño susto que subsanamos y sobre todo mimo. Me gusta pensar que mis pequeños pacientes son tratados igual a como lo harían sus madres. No es lo mismo, lo sé, pero me gusta pensarlo. Soy una sentimental, que le voy a hacer. No puedo evitar deslizar la parte suave de mis dedos por sus manitas. Ellos merecen todo el esfuerzo, porque son seres puros, sin corromper, y demasiado jóvenes para estar sufriendo. Pero allí están, luchando.

Noté una pequeña vibración en mi teléfono, y busqué el mensaje que acababa de llegar.

—¿Paso a recogerte para empezar con la mudanza? —Vaya, eso sí que era estar impaciente. Pensé que tendría algo más de tiempo, no sé, para escoger las prendas que quería llevarme. Ni siquiera había podido pensar que iba a hacer con los muebles que tenía en mi apartamento, ni con el propio apartamento en sí. ¿Tenía que avisar al casero?, ¿seguiría pagando por él, aunque no lo usara? Eran tantas dudas... y el salto era tan grande. Lo de rápido, estaba empezando a acostumbrarme. Marco es de los que se lanza en picado, cuando ve algo que quiere. Y esta vez, la presa era yo. Bueno, estábamos a mediados de mes, tenía unos días para pensar en qué hacer con el apartamento, antes de pagar el alquiler del mes siguiente.

—Ni he pasado por casa aún. No tengo nada listo. —Esperé unos minutos, y la respuesta llegó.

—Puedo ayudar. Soy fuerte y la ropa es lo mío, ya sabes. —Sí, lo sabía. Seguro que Marco es de los que prepara una maleta bien doblada en menos

de lo que yo tardo en vestirme por la mañana. El hombre era insistente, tenía que reconocerlo.

—Tú no quieres dormir solo esta noche. —Las cosas claras, sí señor. Y directas.

—Me has echado a perder. —Sí, eso, tú encima dórame la píldora. Este tipo tiene respuestas para todo. Es el rey del regateo, así que mejor rendirse.

—Trae la cena y hay trato.

—Hecho. —Vale, ahora a esperar a que llegue la hora de salida. ¿Seis horas?, esto está chupado.

Capítulo 38

Mario

Llegué pronto y esperé con el culo apoyado en mi “coche de empresa”. La publicidad era buena. Había por lo menos una docena de médicos, mirando detrás de algún cristal. Con que sólo uno picara, me daba por satisfecho. Clavé los ojos en la salida, esperando ver a mi chica aparecer por allí, pero todavía nada. Mi chica, sonaba bien. Nada de esos escalofríos de antaño. No, cuando repetía esa frase en mi cabeza, lo que me entraban eran unos calores.... Brrrr. Era verdad cuando la dije que me había echado a perder.

Había un par de médicos dado vueltas por el hall de entrada, y ya tenía localizado a uno, que babeaba sobre su taza de café, cada vez que miraba hacia mi coche. Estaba claro que él no podía permitírselo, notaba esas cosas, pero, aun así, podía ser un cliente en el futuro. Ah, allí estaba Susan. El tipo se giró hacia ella, y empezó a hablarla. Podía ser una charla entre colegas, pero el lenguaje corporal de Susan era claro, no le gustaba aquel tipo, y lo que decía, aún menos. En otra ocasión la habría dejado librar sus propias batallas, pero el cuerpo de aquel tipo se acercaba cada vez más, y estaba claro que estaba muy tenso. No me gustaba nada su actitud, y... llámalo sexto sentido, pero algo me decía que no era una persona amable.

Caminé, casi corrí hasta ellos. La puerta se abrió a mi paso, y llegué a alcanzar a oír el final de una frase.

—... una perra tramposa. Al final has conseguido lo que perseguías.

—No me sorprende que pienses eso, al fin y al cabo, es lo que harías tú.

—Conmigo no te hagas la ofendida, sé a lo que juegas.

—¡Petulante misógino!, me importa una mierda lo que pienses,

entiéndelo de una vez. —Noté la mano del tipo alzarse, y mi brazo saltó a su encuentro. Quizás lo agarré con demasiada fuerza, tal vez le saldría moratón, pero no me importaba. Ese cretino iba a ponerle una mano encima a mi chica, y yo no iba a permitirlo.

—No te atrevas a tocar a mi novia.

—¿Qué? —Vaya, verle perder el color de la cara era reconfortante. Pero más aún el brillo en los ojos de Susan. ¿Héroe salvador, caballero de brillante armadura?, me valía cualquiera de las opciones.

—Esto no quedará así. —amenazó él.

—No, es verdad. Vas a disculparte. —le exigí.

—¡No voy a disculparme! ¡Y suélteme! —Lo hice, le solté, pero me puse más cerca de Susan, dejando bien claro, que ella era mi responsabilidad.

—No merece la pena, Marco. Que sea médico no quiere decir que sea inteligente, y mucho menos que tenga educación.

—Llamaré a seguridad. Este animal me ha agredido. —arremetió el medicucho.

—Eso, hazlo. A ver a quién de los dos creen. A ti o a mí. —le desafié.

—Yo trabajo aquí. Tu no. —chulo prepotente. Odio a estos tipos.

—Yo también trabajo aquí, Kenneth. Y hay cámaras de vigilancia. ¿A quién crees que harán caso?

—Esta... esta.... —era bueno dejarle sin palabras.

—Sí, chavalín. Esta, es mía. Tu vete a cambiarte el pañal. —El cretino me señaló con el índice con el que sostenía su vaso de plástico. ¿Ganas de doblárselo?, todas, pero no lo hice. Después, desapareció de allí.

—¿Estás bien? —y ella se preocupaba por mí.

—Eso tendría que preguntártelo yo.

—Oh, estoy acostumbrada a las peleas dialécticas con ese cretino. Pero tu... estás un poco rojo. —porque ardía de ganas de darle un par de golpes.

—Ah, nada que un beso no calme. —Y vaya que lo hizo, un besito corto, que alargué todo lo que pude, y el calor de mi rostro, se fue a otro lugar.

—Así que... tu novia. —atacó Susan.

—Sí, ¿algún problema con eso? —nada como reafirmarme para sentar unas buenas bases.

—No, pensaba que tendría que estar enterada de cuando llegamos a esa parte, pero creo que me lo perdí. ¿Podrías refrescarme la memoria?

—Nuestra relación no se ha regido por los cánones habituales, así que no tiene que sorprenderte esto tampoco.

—Pocas cosas me sorprenden, es tan sólo que esta...

—Susan, nos acostamos juntos, conozco a tus padres, y te vienes a vivir conmigo. Lo de novios... es sólo otra manera de llamarlo.

—Ah.

—Pero si te hacía ilusión que te lo pidiera.

—Sí, por favor.

—Eres mala.

—Ya sabes lo que dicen, una vez que empiezas.

—Susan Lettuce, ¿serás mi novia?

—Ves, ahora si me he enterado.

—Pues contesta. —La estrujé contra mí todo lo que pude. Una cosa era jugar conmigo, y otra hacerlo con mi cordura. No era momento de hacerme suplicar, ni de hacerme sudar.

—No podría evitarlo. Me tienes atrapada. —Iba a volver a estrujarla, porque esa boca suya no decía lo que quería escuchar. Pero sus dientes me ganaron por velocidad. Atraparon el lóbulo de mi oreja, y le dieron ese pequeño tirón que ella sabía me encendía. Sí, esa era mi respuesta.

Capítulo 39

La vida es buena. Tengo un trabajo que me gusta, han empezado a introducirme en mi nuevo horario; menos horas, mejor repartidas, y la mitad de ellas en consultas. Angie se ha acomodado perfectamente a su nuevo trabajo en la consulta, pero aún le queda una semana para conseguir su título de enfermera. Entonces, subirá a trabajar a mi planta, y podré alejarla totalmente de ese capullo. Sé que está soltando su mal humor con el personal de la planta, pero ahí no puedo entrar. Cada rey en su feudo, y Kenneth es el gran maharajá de la planta de oncología infantil. Es buen médico, lo sé, pero su actitud puede causarle muchos problemas. Creo que el hospital lo tolera porque de momento les compensa, pero cuando se vuelva intolerable... en fin, dejemos a los gilipollas fuera. De momento, mi mudanza más que ir bien, ha ido en jet supersónico. En una semana, he pasado de vivir en un apartamento de 60 metros cuadrados, a abandonar esa vida de estrechez (mentira, estaba bien, pero ahora, es que no sé qué hacer con tanto espacio vacío), para sentirme la reina de un nuevo país. El lunes, Marco me ayudó a

recoger lo “imprescindible”, lo que para él era vaciar mi armario y cajones de ropa, mis zapatos (todos), y sacar todas mis cosas del baño. El jueves lo pasé decidiendo que muebles quería llevarme a mi nuevo hogar, que al final resultaron ser algunas fotos, un par de cuadros (que es lo mismo que decir los dos únicos cuadros que tenía), mi mantita peluda y desgastada con la que me tapaba en mis siestas de sofá, un albornoz que había vivido mejores tiempos, y todos los recuerdos que había acumulado por años. Después de empacar todo, uno se da cuenta de que su vida cabe en una caja y una maleta pequeña. Triste. Tomasso, el padre de Marco, nos ayudó con esa mudanza. Tonny estaba de servicio en la estación, así que no pudo venir.

—Tienes un apartamento bonito. —dijo el padre de Marco.

—Sí. Me costó encontrarlo. —confesé.

—Ya, la zona también está bien. —Tomasso ojeaba el sitio muy interesado.

—¿Qué estás pensando, papá? —intervino Marco.

—Yo... me gustaría saber que vas a hacer con él. —finalmente preguntó

—Oh, pues le diré al casero que me voy, y supongo que volverá a alquilarlo.

—¿Qué te parece si me quedo yo con él? —ofreció.

—¿Qué?

—Con lo del divorcio... he puesto la casa en venta... y... estaba buscando algo más pequeño.

—Si es lo que necesitas... no creo que a Susan le importe, ¿verdad? —aseguró mi novio.

—No, claro. —convine con él.

—Pagaré el alquiler y me ocuparé de todo. No te preocupes. —prometió Tomasso.

—Bien, en ese caso, creo que acabo de subarrendar mi apartamento.

—Sí, lo has hecho. —Y así fue como me vi libre del apartamento. Yo dejaba de pagar el alquiler, y Tomasso encontraba un buen sitio para vivir. Creo que el hombre necesitaba ese cambio. Aunque intentaba sonreír, parecía que le faltaba la energía. No es que deambulara como un fantasma, no es eso, se movía con la energía de un hombre de 30. Era solo... como si fuera un autómatas, sin ninguna... motivación, esa era la palabra. Marco me contó que el divorcio estaba siendo algo duro, pero que no era más que algo inevitable.

El viernes, me pasé toda la mañana acomodando mis cosas en la nueva

casa, “mi casa”. Sonaba raro, pero como dijo ni “nuevo novio”, ahora si es una casa.

—Solo he colgado un par de cuadros, y puesto mi cafetera en tu cocina. No ha sido tanto cambio. —Marco me metió entre sus brazos (cosa que me había dado cuenta le gustaba hacer), y frotó la punta de su nariz contra la mía.

—No son los cuadros, no es la cafetera, eres tú.

—¿Yo?

—Verte aquí, preparando el café en esa cafetera tuya, es lo que lo convierte en un hogar. Hasta huele a hogar.

—No, huele a café recién hecho. Puro Colombia, para ser más exactos.

—¿Puro Colombia?, ¿puedo tomar un poco? —Ese era Marco. En un momento te suelta la frase más profunda y con más sentimiento que has escuchado nunca, y después la remata con otra puramente jovial y vacía, “cosquillosa” sería la palabra. Vaya, ahora me había dado por poner adjetivos surrealistas. Marco me estaba cambiando, y me gustaba, porque me hacía sonreír más, mucho más.

¿Qué nos traería este futuro juntos?, la verdad, me quedo con lo que sea. La vida no es un viaje fácil, pero hacerlo acompañado, te garantiza el tener a alguien en quien apoyarte cuando tropiezas. Y si de algo estoy segura, es que Marco estará allí. Y no, no me tenderá una mano, me agarrará por la cintura y cargará conmigo si fuese necesario. Lo sé.

Marco

Me desperté antes de que sonara la alarma. Tenía mi brazo encima de la cadera de Susan, podía sentir el calor que desprendía su cuerpo. Las primeras luces del amanecer entraban por la ventana, haciendo que un pequeño rayo atravesara sus suaves y enmarañados cabellos. Me acerqué un poco más, y me incliné para meter mi nariz en su cuello. Me había vuelto adicto a ese olor, su olor.

—Te quiero. —No sé cómo salieron esas dos palabras de mi boca, pero habría sido imposible luchar contra ellas. Era verdad. No sabía cómo pasó... mentira, si lo sabía. Ese cerebro suyo, esa mente ágil, ese sentido del humor refinado... todo me había atrapado. Me tenía esperando por la siguiente frase que saliera de su boca, su tentadora boca. Su cabeza era tan fuerte, como vulnerable era su corazón. Esa era su única debilidad, y estaba decidido a que nadie llegara hacerle daño. Por eso fui con ella a la boda de su hermana,

porque desde ese momento, no quería que la hicieran daño, y Dios sabe que esas dos víboras lo hubieran hecho.

Ella sólo necesitaba un punto de apoyo para luchar, porque es de las que libran sus propias peleas, no necesitan a nadie para hacerlo por ella. De eso me he dado cuenta. Susan es una guerrera con corazón de azúcar, como una italiana de pura sangre. Era lo que había estado esperando durante mucho tiempo, y había tenido la suerte de encontrarlo.

—Te quiero. —Ahora que lo había dicho por primera vez, me sentía mejor cada vez que lo hacía. Tal vez algún día podría decírselo cuando esté despierta, porque ahora... ¡oh, mierda!, se está moviendo. Su cara se giró completamente hacia mí, sus ojos abiertos, pero aún somnolientos.

—Eres malo.

—¿Por qué te he dicho que te quiero?

—Porque has hecho trampa.

—¿Trampa? —La giré totalmente hacia mí, reteniéndola con mi peso, obligándola a mirarme directamente a los ojos.

—Sé lo que has hecho. —me acusó.

—¿Y qué he hecho? —quise saber.

—Me has seducido con atenciones, mimos, y buen sexo. —eso era verdad.

—Culpable.

—Has jugado sucio. Me has echado a perder para otros hombres.

—Ese era el plan, sí.

—Te has aprovechado de una pobre mujer inexperta.

—Tu nunca serás una pobre mujer, Susan.

—No, por eso voy a vengarme de ti. —Sentí mi cuerpo tensarse, ¿Qué quería decir con eso?, ¿iba a dejarme?, ¿iba a castigarme?, ¿qué?

—¿Qué... qué quieres decir?

—Voy a destrozarte como tú has hecho conmigo. Cuando termine contigo, las demás no serán más que sucedáneos. —no estaba muy seguro de dónde quería llegar, pero ya lo vería.

—Ah, ¿sí? —Respiré, hondo y profundo, pero no del todo tranquilo.

—Ya te he hecho adicto al buen café de Colombia.

—Puro Colombia.

—Y recurriré a la lencería, pequeña y ...—La hice callar con un beso, si seguía por ahí, no nos levantaríamos de la cama en una semana. Pero la muy

“bicho” me separó, empujando mi agitado pecho. —Así que ese es tu punto débil, ¿eh? Pues... soy médico, y saqué muy buena nota en anatomía. —Sentí su mano deslizarse hacia... ¡oh, Santa Madonna!, sentí un excitante tironcillo allí que... ¿estaba gimiendo, o gruñendo, oh...? qué más daba, no podía evitarlo.

—Y, además, he leído un par de cosas interesantes en Internet.

—Mala.

—Lo sé. ¡Ah!, y Marco.

—¿Qué?

—Te quiero. —Decir que me quedé petrificado era bastante exacto. Pero ese fue mi cerebro, porque mi cuerpo era un ente aparte, que se puso a trabajar de manera autónoma. Mi cabeza se inclinó, mi boca devoró la suya, y mis manos la aferraron con fuerza para que no pudiese escapar de mí. Cuando mi cerebro recuperó el paso, tuve que demostrarle que la había escuchado.

—Cásate conmigo.

—¿Qué?

—Lo sé, es demasiado pronto, voy muy rápido, pero eh, conduzco un deportivo, yo siempre voy así. —Su silencio me puso nervioso. Para alguien que iba tan deprisa en todo, la espera es letal.

—No necesito un anillo en el dedo, ya me has dicho que me quieres, con eso me basta.

—No, no es para ti, es para mí.

—¿Para ti?

—Algún día volveré a llevarte a una de esas fiestas de gente rica y estirada, y algún chico joven, guapo y forrado de dinero se acercará a ti, porque estarás deslumbrante con un vestido de noche, y esos incómodos pero sexys zapatos de tacón infinito. Y yo llegaré, y le diré, fuera de aquí, ... ella está casada... conmigo. Y se irá con el rabo entre las piernas, pensando “Qué suerte tiene ese tío”. Y yo te besaré delante de todos, y me regocijaré feliz, como un cerdo revolcándose en el barro.

—Vaya, sí que has pensado en ello.

—Antes, cada vez que me dejabas solo. Pero ahora, pensaré en que tengo que dar gracias a Dios porque trabajes con niños.

—Ah, ¿sí?

—¡Dios, sí!, no dejaré de imaginar esas manos suaves y expertas

tocando a otros hombres de esa manera que... ¡oh, sí!, ... esa manera.

¿Mala?, puede ser conmigo todo lo mala que quiera. Y es totalmente cierto lo que decía. Menos mal que trabaja con niños, porque si no... Tendría que liarme a golpes con todo lo que llevara pantalones en ese hospital. ¡Eh!, soy italiano, los celos vienen en el paquete.

Epílogo

—¿Estás segura? —Miré a María directamente. Si tenía que hacerla repetir aquellas palabras lo haría. Era la primera vez que una amiga me pedía algo así. Tampoco es que antes hubiese tenido este tipo de amigas antes.

—Sé que hace poco que nos hemos convertido en amigas, pero soy de las que piensa como Albert Einstein, el tiempo es relativo. Y tengo mejores vibraciones con vosotras, de las que jamás tuve con Jane, y eso que fuimos amigas durante años. Así, que sí, quiero que seáis mis damas de honor. — Que me pusiera por encima de esa egoísta sabandija de Jane, ya era suficiente para mí. María me consideraba mejor amiga que ella, y eso inflaba mi ego como una bombona de helio. Y si encima quería que fuese una de sus damas de honor... pues, jugada completa, ¿cómo decía mi padre?, ah, sí, punto, set y partido.

—Me encantaría ser dama de honor en tu boda.

—A mí también me encantaría, pero... no sé, solo hace un par de semanas que nos conocemos, ¿no crees que te precipitas? —vaciló Angie.

—Si algo me ha enseñado Tonny, es a hacer lo que quieres cuando deseas hacerlo.

—Sí, te entiendo. Marco tampoco es de los que pierde el tiempo. —No necesitaba decir más, ella ya sabía la velocidad a la que habían ido las cosas con lo “nuestro”. Si Tonny es igual a su hermano, no me extrañaría que la dejara embarazada la misma noche de bodas.

—¿Ya tienes fecha para la boda? —preguntó Angie.

—Estamos tratando de ajustar nuestros permisos por matrimonio, pero es complicado con nuestros trabajos. En la estación tienen que encontrar sustituto, ajustar turnos.... Y yo, lo tengo más sencillo, pero acabo de empezar a trabajar como quien dice, y no quiero forzar las cosas.

—Te entiendo. —sí, era de locos. Si mis turnos eran demoledores, combinar los de ambos sería una odisea.

—Bueno, ¿vas a contratar a un asistente de bodas?, ¿Cómo quieres que

sea? —preguntó ilusionada Angie.

—¿Un asistente de bodas?, ni de broma. Familias cubana, escocesa e italiana, ¿recuerdas?, voy a tener asistentes de sobra.

—¿Ya tienes alguna idea de lo que quieres hacer? —pregunté mientras saboreaba mi café.

—He estado hablando con Tonny sobre ello, y... no sé cómo explicarlo, pero quiero que nuestra boda sea como una reunión familiar, una fiesta, como las que hacemos cuando es el cumpleaños de alguien de la familia.

—¿Cómo una barbacoa en el jardín trasero? —añadió Angie.

—Nuestras familias son más de llevar comida deliciosa y en cantidades industriales. Música con buen ritmo para bailar, alcohol por garrafas y alegría y descontrol en la misma cantidad que la comida.

—Suenan apetecible. —¿es que la única formal era yo?

—Apetecible es una palabra que no volverás a unir en la misma frase de “reunión familiar”, sobre todo cuando vayas a una melé de mi familia, o de la suya. Bueno, de la nuestra.

—Cuando lo dices así, suena más a fiesta salvaje de universidad. —al menos eso pensaba.

—Quita universidad, pon gente mayor y niños, y tienes una fiesta Castillo.

—Ostras, yo me apunto. —lo dicho, a Angie le gustaba divertirse.

—Ya habéis aceptado, no vais a poder escapar esta vez. —sentenció María.

—Ok. ¿Nos necesitas para buscar el vestido de novia, las flores o algo? —me ofrecí.

—Del vestido se encarga mi prima, ya conoces a Cari. Si estoy en sus manos, seguro que me dejará hecha una princesa. Ah, y vuestros vestidos... no quiero que os veáis obligadas a llevar nada que no os guste, así que poneos lo que queráis. Me da igual que cada una vista de un color diferente.

—Un poco hippy, me gusta. —convino Angie.

—Esa es mi idea, una explanada grande, con una carpa con mesas, también enorme, bufet para la comida, un lugar para bailar, barra libre de licor... —describió María.

—Para, para, que se me está haciendo la boca agua, y todavía no tienes fecha. —sí, me había contagiado las ganas de fiesta, ¿y qué?

—Pronto, será pronto. —Decir que me sentía feliz por María, era

quedarse corto. Ella merece toda la felicidad que ese italiano sexy pueda darle, y mucho más. Había mucho amor en aquella pareja. AMOR, que bonita palabra, sobre todo cuando puedes tocarla.

—¿Habéis oído el pronóstico del tiempo? Tengo a toda la planta de neonatología en estado de alerta. —las nubes grises que se veían por el ventanal de la cafetería, no presagiaban nada bueno.

—Dicen que lo gordo llegará esta noche o mañana. —informó Angie.

—Tendré que revisar los protocolos de emergencia con los de mantenimiento. No quiero encontrarme con algún respirador fuera de servicio. —un segundo podía ser la diferencia entre la vida o la muerte para mis pequeños.

—El generador de emergencia se encargará de ello, no te preocupes. Tus bebés están a salvo allí arriba. —me tranquilizó María.

—Lámame exagerada, pero cuando se trata de mis pequeños...

—Sí, lo sé. Te he visto con ellos. —Escuché un gemido lastimero a mi derecha. Angie sostenía la taza de café como si fuera a caerse.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Recordé que tengo que proteger las ventanas de casa.

—No creo que llegue a tanto, espero. —María cruzó los dedos mientras se santiguaba.

—Vivo a pie de acantilado. Tendré agua de mar entrando por cada agujero que olvide tapar. Al menos eso pasó la última vez. Olvidé cubrir el respiradero de la cocina, y se convirtió en una piscina para patos.

—Entonces te espera una tarde movidita. —vaticiné.

—¿Movida?, tengo una tarde de trabajo y tortura. El peor de los capataces estará encima de mi espalda a cada segundo. Adoro a mi abuela, pero a veces la amordazaría y la encerraría en la cocina.

—Pobre mujer, no puede ser tan mala. —quiso disculparla María.

—No es mala. Es que es mayor, y como a veces se le olvidan las cosas, está encima mío para que no se me olviden a mí. —pobre, sí que parecía agobiada.

—No te envidio. Cuando llegue a casa, todo el trabajo estará hecho, y me acurrucaré en una cama calentita a dormir como un bebé. —informó María. Nada como tener a un bombero previsor en casa.

—Yo también tengo ese plan. —Marco no era bombero, pero sabía que estaría todo cubierto.

—Te odio, os odio, a las dos. Y odio la temporada de huracanes, odio octubre, y odio tener que levantarme a media noche a buscar una manta. —se quejó frustrada Angie.

—Vaya, pues acuéstate con una de más, y solucionado. —María hacía que todo pareciese fácil.

—No es eso. La casa es vieja, y tiene alguna que otra corriente. A veces me he acostado sudando como una cincuentona menopáusica, y dos horas después, estoy titiritando como un chihuahua, del frío que hace.

—Todo apunta a que debes buscar esas corrientes y arreglarlas. —para mí la solución era obvia.

—Sí, eso es fácil decirlo. Pero lo haré, en cuanto ahorre un poco será lo primero que haga, o lo segundo, depende lo que aguantes las cañerías.

—Suenan a una casa casi en ruinas. —y recursos limitados para solucionar ese tipo de problemas.

—Es vieja, ya os lo he dicho.

—Bueno, entonces nada, a parchear todo lo que puedas. —apoyaba la sugerencia de María.

—Sí, esa es la historia de mi vida.

Adelanto ¡Préstame a tu hermano!

Alex estaba de espaldas a mí, apoyado en el porche trasero, viendo la lluvia caer sobre el océano. Había refrescado, pero parecía no haberlo notado. ¿Estaba en una de esas “epifanías” que decía su padre? A veces me daba miedo interrumpirle. Bueno, miedo no era la palabra. Era ese ligero temor a romper algo frágil, ese hilo de cristal que lo sostenía a ese mundo que a veces lo atrapaba.

Me acerqué a él, y pude escuchar la suave música que salía de su teléfono. Sé que no hice ruido, pero él me oyó, o me sintió, no lo sé seguro. A veces tengo la sensación de que tiene ese sexto sentido, como Spide-Man.

—Claro de Luna, de Debussy.

Subió el volumen, y entonces lo entendí. Aquella música, el océano al fondo, la suave lluvia golpeando las escaleras del porche... PAZ, total y absoluta paz. Alex tenía ese don. Podía saber que era lo que les faltaba a las cosas para hacerlas perfectas. Ahora lo entendía. Él ve el hueco que falta por rellenar, y encuentra la pieza que encaja ahí. Sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo, y no, no era por el frío. Estaba perdida mirando el horizonte,

cuando sentí su calor a mi lado, cerca, pero sin tocarme. Alcé la vista, y allí estaba él, sus ojos mirándome. No dijo nada, ni yo tampoco. Sentí como mis labios hormigueaban cuando los miró, de aquella manera que parecía buscar algo más allá. Aquel picor empezó a clamarse cuando noté la piel de su pulgar rozar, casi sin tocar, mi labio inferior, dejando un camino de llamas a su paso.

—Me he preguntado cientos de veces a qué sabrías.

En aquel momento, millones de mariposas decidieron echar a volar dentro de mi estómago. Deseaba esa probada, deseaba ese beso, más que respirar.